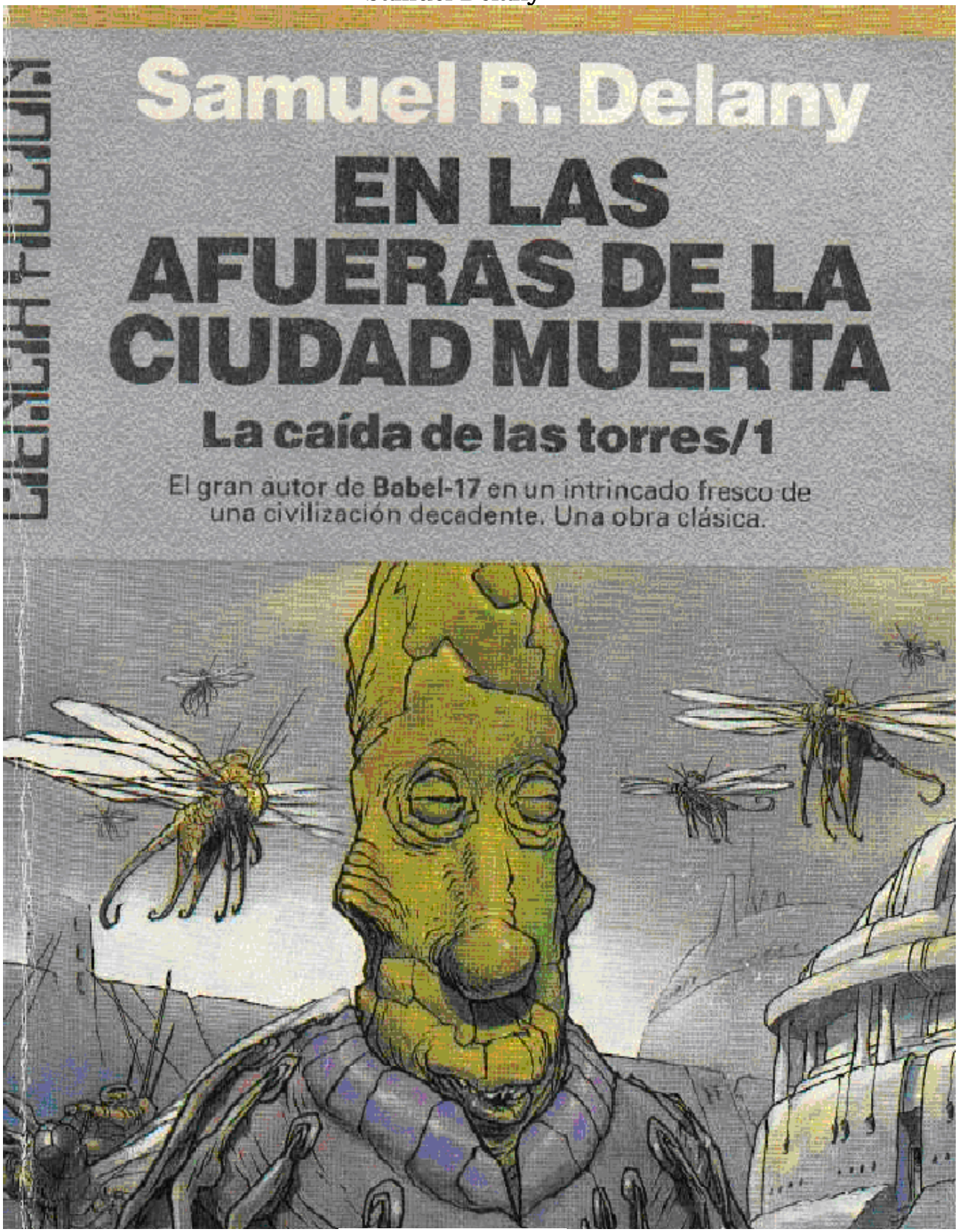
La Caída De Las Torres I
EN LAS AFUERAS DE LA CIUDAD MUERTA
Samuel Delany



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

Los tres volúmenes son para Marilyn, por supuesto
En las afueras de la ciudad muerta
Esta parte es para Peter Solaff

... El ávido risco, el sereno mar Los
chatos tejados del pueblo de pescadores
Aún duermen como gazapos, A pesar de que el aire
fresco y el sol aún no son amigos
Pero con las cosas en la mano, esta carne dispuesta Es
honesta sin igual, pero mi cómplice ahora
Mi asesino es, y mi nombre Perdurará por
el histórico aporte al cuidado
De una yaciente ciudad que se construyó sola;
Temeroso de nuestra labor de vivos, el moribundo
Con el tiempo que llega preguntará.

W. H. Auden / Horae Canonícete

PRÓLOGO

El verde de las alas de los escarabajos... el rojo del carbunclo pulido... una red de fuego de plata. La luz le hizo apartar la mirada, encoger violentamente el cuerpo. Sintió que los huesos se astillaban y se apretó la boca del estómago, por encima del overol, doblándose de dolor. Pero ya había desaparecido. Estaba cayendo a través de un humo azul, frío como hielo soplado.

Sacó las manos para agarrar...

Las palmas y las rodillas atravesaron algo caliente. Jon Koshar sacudió la cabeza, levantó la vista. La arena se alejaba. El. cabello negro le cubrió nuevamente los ojos; se lo apartó y se sentó otra vez sobre los talones.

El cielo era turquesa. El horizonte estaba demasiado cerrado. La arena parecía cal. Bajó la vista. Dos sombras en forma de abanico se alejaban de su cuerpo. A su izquierda, un diente de roca también proyectaba una sombra doble.

Se irguió tambaleando. Era demasiado liviano; no había gravedad. La arena le quemaba los dedos de los pies. Comenzó a sudar en la nuca, bajo los brazos. El aire le aguijoneó las fosas nasales. Jon entrecerró los ojos.

A lo lejos, donde terminaba la arena, había un lago; elevándose al lado, o quizá saliendo de él... ¿había una ciudad? Achicó más los ojos, mirando fijamente.

Arranque a un hombre de un universo; arrójelo en otro. Le llevará tanto tiempo darse cuenta de dónde está como recordar dónde ha estado. Cada ubicación define la otra.

Jon Koshar se adelantó un poco. La pierna izquierda del pantalón se aplastó húmeda contra la rodilla. Bajó nuevamente la vista. Tenía franjas de barro en un pie. ¿Durante la última hora habría tropezado con una ciénaga? Confundido, echó una nueva mirada al desierto, dio otro paso. El cabello le cayó nuevamente hacia adelante.

Mientras se lo tiraba para atrás, algo se deslizó bajo la palma. Cerró la mano. Se miró el puño. Prisionero entre los dedos callosos había un verde fragmento de helecho. Recientemente había estado tratando de abrirse paso, apartando más y más hojas. Torció la cara contra la reverberación del calor, mirando a derecha e izquierda. En las dunas no se veía verde por ninguna parte. Comenzó a caminar otra vez...

Cuando se detuvo fue porque su mano rozó con algo sobre los pantalones. Flexionó la cadera y miró hacia abajo, luego en el interior de la manga. Unidos por los extremos, verdes trozos de... ¿cochinillas? Atónito, alzó la

vista hacia el vacío sin árboles, luego la bajó. Sí, las cochinillas se habían apoderado de toda la tela rústica.

Cuando llegó al lago, jadeando (había respirado antes, pero bocanadas de aire húmedo, cargado de vegetación) reconoció la atmósfera penetrada de ozono. Miró el agua.

Su rostro sucio le devolvió un guiño. Tenía la camisa desgarrada a la altura del hombro. Se tocó un rasguño sobre la clavícula, provocado en la oscuridad por una rama ... pero el desierto era enceguecedoramente brillante; no había árboles.

Abrió y cerró los labios, en silenciosa lucha con las cifras de identificación que le cubrían el overol. Ese número había sido parte de su nombre durante los últimos cinco años; ahora hasta eso estaba mal.

¡Pero era un reflejo! Por supuesto, estaba tratando de leerlo al revés. Mientras alzaba los ojos y susurraba el número correctamente, las paredes de creosota de la barranca del penal volvieron a él, y los chirriantes eslabones de la cortadora que había conducido durante cinco años, corroyendo el mineral, y las hojas y matorrales que le habían azotado la cara y los hombros mientras huía a través de la oscuridad...

Y reconoció la ciudad.

Allí, del otro lado del lago, le golpeó los ojos con una familiaridad que le hizo retroceder; lo que había sido una abstracción, ahora se concretaba en las torres, en las sinuosas carreteras de Telphar. Así como la cabeza de una flecha indica dirección o la marquesina de un teatro significa entretenimiento, así las espiras de Telphar simbolizaban la muerte.

Se le secó la garganta con un nuevo jadeo. Apretó los dedos que resbalaron sobre palmas húmedas. Retrocedió mientras la piel que le cubría la columna vertebral se estremecía.

Con esfuerzo, su mente buscó hechos.

¡Soy Jon Koshar y quiero mi libertad! Esto era lo primero, por encima del miedo, primero a través de cinco años de prisión en las minas que habían culminado cuando tres de ellos escaparon... ¿hacía cuántas horas?

Pero eso era en la tierra. Él había estado en la tierra. Igual que la ciudad. Y la visión de ella desde el borde perforado de las junglas y de los campos de lava significaba muerte. Pero aquí estaba él mirando a Telphar en un mundo extraño, bajo un doble sol. Entonces el recuerdo se completó por sí mismo:

Exhausto, había visto la ciudad desde las rocas perforadas.

Al mismo tiempo había oído algo (¿o no lo había oído?): El Señor de las Llamas.

Y de pronto ya no había razón para seguir temiendo. Trató de desentrañar el recuerdo. Había entrado en la ciudad, había encontrado el escenario de las cintas de paso, la banda de metal que lo llevaría de regreso, por sobre las junglas, por sobre las cabezas de los guardias, por sobre el mar, de regreso a la segura ciudad de la isla de Toron.

Súbitamente frunció el entrecejo, luego el pliegue se confundió con una expresión frenética, desesperada, en tanto buscaba la cinta plateada que debería haberse remontado desde la ventana del edificio lejano de pirámide en pirámide, echando destellos a través de la arena.

La cinta de paso…

¡No!

¿Había desaparecido? ¿Estaba rota? Casi aulla por el nuevo miedo. No había pirámides, no había línea de metal. La ciudad yacía aislada sobre la arena extraña. ¡Por favor, que no esté rota! Por favor…

De pronto toda la escena desapareció de la vista. No había más que humo azul, frío como hielo soplado; giraba en su huso azul. La luz le resecó los ojos y la imagen consecutiva se agitó, cambió, se transformó en alas de escarabajo plateadas y rojas.

CAPÍTULO UNO

Y por encima del escenario vacío en el laboratorio de la torre de la ciudad muerta de Telphar, la esfera de cristal se oscureció. La habitación estaba silenciosa como lo había estado durante sesenta años. A partir del cristal la cinta de metal se remontaba desde el balcón, por encima de cenizas húmedas y carreteras barrosas. El sol acababa de rasgar el horizonte; el metal chorreante refulgía como el cuerpo de una serpiente dormida.

A millas de distancia, palidecía la oscuridad ante el amanecer. En los campos de lava, entre los helechos, las barracas se alineaban una tras otra, tan sin vida como papagayos dormidos en sus pértigas. La llovizna había cesado. El agua goteaba de la pirámide de soporte. La cinta era una banda negra en la noche que languidecía.

Seis personas llegaron desde la jungla a las barracas. Todos medían más de dos metros. Portaban los cuerpos de dos hombres de tamaño normal. Los dos de atrás se mostraron reacios a conversar.

-¿Qué pasó con el otro, Larta?

-¿Koshar? No llegará lejos -Larta se quitó de los hombros la capa de piel que la cubría; el nuevo sol golpeó sobre los anillos de bronce que le ceñían la parte más alta del brazo.

-Si lo hace -dijo el hombre- será el primero de nosotros en lograrlo en doce años.

-Si trata de regresar a la costa y de llegar a Toron -dijo Larta-. Si no lo alcanzamos, significa que está en tierra en dirección a la barrera de radiación. -Pasaron bajo la sombra de la cinta de paso. Los anillos, y los ojos de Larta, se oscurecieron. -Entonces, si va hacia Telphar, no tenemos de que preocuparnos, ¿eh, Ptorn?

El hombre alto tenía la cabeza afeitada.

-Creo que no estoy realmente preocupado por el que se escapó. -Ptorn echó una mirada a los que pasaban bajo el sol.- Pero el número creciente de intentos durante el año pasado...

Larta se encogió de hombros.

-Las ordenes de tetrón se han casi duplicado. -Mientras abandonaba la sombra, el sol iluminó tres cicatrices paralelas a un costado de la cara, desde la mandíbula hasta el cuello.

Ptorn deslizó la mano derecha bajo el brazo izquierdo.

-Me pregunto de qué clase de sanguijuelas viven esos miserables... -no terminó, pero señaló con la cabeza hacia adelante.

-Cultivos hidropónicos, los manufactureros del acuario en Toron -dijo Larta-. Ellos son los que reclaman el mineral. Así se preparan para la guerra.

-Ellos dicen -musitó Ptorn- que puesto que los acuarios han suministrado a Toron pescado de reserva, los pescadores de la costa no tienen dónde vender y van a morir de hambre. Y con la creciente demanda de tetrón, los prisioneros están muriendo como moscas aquí en las minas. A veces me preguntó como proporcionan mineros.

-No lo hacen -ahora Larta gritó a todos-. De acuerdo. Dejaremos el resto a los hombres (en la palabra "hombres" había un levísimo desprecio que la letra en bastardilla expresaría con demasiada fuerza) que los cuidan. Hemos hecho lo nuestro. Déjenlos allí, frente a la cabina. -La lluvia había embarrado el patio. -Quizás esto les sirva a los demás como lección.

Dos salpicaduras sordas.

-Quizá -dijo Ptorn.

Pero Larta había regresado a la jungla; las sombras de los árboles le rozaban la cara y la cicatriz triple.

Franjas de sol atravesaban como lanzas las nubes amarillas y se entremezclaban con las crestas hinchadas. Dardos amarillos se hundían en los bosques lozanos de Toromon más cercanos a la costa. La luz caía de las frondas húmedas y verdes, o ganaba las grietas de los peñascos. El alba chocaba con la cinta de metal que atravesaba los árboles: telas de sombra provenientes de las pirámides de abastecimiento caían sobre un lecho de lava.

Una formación de aeronaves resplandeció a través de las nubes rasgadas como un puñado de astillas de plata precipitadas. El zumbido de los motores de tetrón descendió a través de los árboles. Y Lug, que medía un metro veintiocho, con una frente alta como ancho era su pulgar, miró hacia arriba por debajo del entrecejo huesudo.

Los que lo rodeaban, de la misma altura y con hombros redondeados, gruñían entre sí. La palabra repetida con más frecuencia era "guerra". Lug puso a los demás en movimiento; se movieron otra vez, vacilando sobre el lecho de la jungla; las palmas de los pies tomaban la forma de las piedras, tallos y raíces. Los dedos grandes y semi-oponibles rozaban casi sin notarlo la textura del terreno, tal como uno podría hacerlo pasando las manos sobre diferencias de relieve.

Finalmente Lug se apoyó contra el tronco de un árbol.

-¿Quorl? -dijo-. ¿Quorl? -aulló.

Algo apareció bajo las hojas, detrás de ramas que habían sido cortadas y replantadas para formar un refugio informe. Desde afuera el colgadizo no tenía forma alguna, pero estaba limitado como el exterior de un arbusto. Sólo era posible estar realmente seguro de que era un refugio cuando alguien salía de su interior. Una mano asió fuertemente una rama y adentro alguien se incorporó.

Los hombres observaron, silbaron, observaron otra vez, Quorl apareció, emergiendo interminablemente del techo del refugio. Los amarillos ojos estaban despiertos, aunque los músculos de la cara se estaban colocando en su lugar, después de lo que debía de haber sido un inmenso bostezo. El aroma de la mañana le dilató las fosas nasales. Entonces sonrió.

Desde su estatura achaparrada, los hombres hicieron un guiño a la inmensidad de dos metros de altura. Sólo uno contempló la sorprendente maravilla de la mano que colgaba del pulgar enganchado en el cinturón; los otros no miraron por encima del nudoso engranaje de la rodilla. Para los neanderthales ambos expresaban tanta maravilla como el rostro.

-¿Quorl? -dijo Lug.

-¿Qué pasa, Lug?

-Alrededor de la cima de la montaña, junto al lago. Ya llegaron. No son tan grandes como tú, pero son más altos que nosotros. Se parecen a los que están en las minas, los prisioneros. Pero estos no son prisioneros, Quorl. Están construyendo.

Quorl asintió con la cabeza.

-Bueno, ya era hora de que vinieran. Hora de que construyeran.

-¿Los has visto?

-No.

-¿Alguien vino antes y te lo dijo?

-No. -La sonrisa de Quorl era de un humor sutil, más aún, de lamento sutil.- Era hora de que vinieran.

Es simple -para Lug esto no era más que una sonrisa.

Susurraron entre ellos, admirados por las cosas que sabían los más altos; y lo devolvieron la sonrisa.

-Vamos -dijo Quorl-. Lléveme a ver.

Lug miró a los otros.

-Sí -dijo Quorl, saliendo de su refugio-. Adelante, vamos.

-¿Por qué? -preguntó Lug-. ¿Quieres hablar con ellos?

Quorl se estiró, arrancó dos frutos de kharba y ofreció uno a un muchacho y el otro a una chica. Arrancó dos más, y las hojas temblaron nuevamente.

-No -dijo-. Vayamos simplemente a ver. -Entregó los otros dos melones.- Compartan éstos.

Lug se encogió de hombros y todos se pusieron en marcha a través del bosque. Partieron los frutos entre ellos. Dos muchachos revoltosos comenzaron a tirarse semillas entre sí, en medio de risas y peleas. Quorl miró atrás, pero los muchachos ya estaban alcanzándolo.

-¿Por qué vamos? -preguntó Lug otra vez. Tales peleas y tales risas le eran tan cercanas que no miraba, no veía-. Ya saben ustedes que esos hombres (y había una ligera admiración en la palabra "hombres" que las letras de imprenta no podrían sugerir totalmente) están allí, saben que están haciendo ¿Qué quieren ver? ¿Les ayudaremos a construir? ¿Lo que ellos construyen tiene algo que ver con la guerra?

Quorl introdujo la mano en la cabellera de Lug y arqueó los dedos una y otra vez.

-Esta mañana llovió -dijo. Lug inclinó el cuello mientras Quorl le rascaba la cabeza-. ¿Sabes qué aspecto tiene el lago con la bruma después de la lluvia?

Lug estiró los hombros, tensando los músculos con placer.

-Sí -los labios se abrieron sobre unos dientes amarillos-. Sí, lo sé.

-Es por eso que vamos a ver -dijo Quorl. Dejó caer la mano sobre el hombro de Lug.

Detrás de ellos, la cinta atravesaba la cima de la pirámide de tres mil metros de altura, apenas visible a través de los árboles.

Mientras la aurora se deslizaba por la jungla, la cinta resplandecía cada vez más desde las sombras en retiro, hasta que finalmente se alzó por sobre la arena que limitaba al mar.

A cuatro mil quinientos metros de la última pirámide de suministro, cuya base todavía se apoyaba sobre arena seca, Cithon, el pescador, emergió de su cabaña.

-¿Tel? -llamó. Era un hombre nervudo, de altura media. Tenía la cara agrietada por la arena y el viento-. ¿Tel? -llamó nuevamente. Ahora se volvió hacia la casita- ¿Adonde se fue el muchacho?

Grella ya se había instalado ante el telar y sus fuertes manos comenzaron a mover la lanzadera de adelante hacia atrás mientras los pies apretaban la careóla.

-¿A dónde fue? -preguntó Cithon.

-Salió de mañana temprano -dijo Grella tranquilamente. No miró a su esposo. Miraba la lanzadera que se movía de adelante para atrás, una y otra vez, entre los hilos verdes.

-Ya veo que salió. -Cithon dio un respingo- Pero, ¿a dónde? El sol está alto. Tendría que estar conmigo en el bote. ¿Cuándo regresará?

Grella no respondió.

-¿Cuándo regresará? -preguntó Cithon.

-No sé.

Afuera se oyó un ruido y Cithon se volvió bruscamente en dirección a un costado de la cabaña.

El muchacho estaba inclinado sobre la batea de agua, lavándose la cara.

-¡Tel!

El muchacho alzó rápidamente la vista hasta su padre. Tendría unos catorce años, era un chico delgado, de cabellos negros y revueltos, aunque con ojos verdes como el mar. El miedo los había agrandado.

- ¿Dónde estabas?

-En ninguna parte -fue la respuesta tranquila, a la defensiva, del muchacho-. No estaba haciendo nada.

-¿Dónde estabas?

-En ninguna parte -balbuceó nuevamente Tel-. Simplemente caminando y recogiendo caracoles...

Súbitamente la mano de Cithon, que había estado en la cintura, se agitó hacia arriba y luego hacia abajo, y la correa tachonada que había sido el cinturón azotó una y otra vez el hombro huesudo del muchacho.

El único sonido eran los sollozos de Tel.

-Ahora baja al bote.

En el interior de la cabaña, la lanzadera se detuvo en la mano de Grella por espacio de un profundo
suspiro. Luego atravesó nuevamente el tejido.

Playa abajo, la cinta de paso brincaba del otro lado del agua. La luz golpeaba como mica la superficie del mar y la cinta, en comparación, se veía opaca.

La aurora se extendió por el agua hasta que finalmente la luz de la mañana cayó sobre la orilla de una isla. Alta en el aire, la cinta se remontaba por sobre los muelles bulliciosos y el tráfico temprano del desembarcadero. Detrás de los muelles, las torres de la ciudad recibían saetas de oro, y mientras el sol salía, una luz dorada caía sobre la fachada de los edificios.

Junto al dique, dos comerciantes hablaban por sobre el rugido de las máquinas impulsadas por el tetrón.

-Parece que su barco trae un cargamento de pescado -dijo el más fornido.

-Podría ser pescado. Podría ser otra cosa -respondió el otro.

-Dígame, amigo -preguntó el rollizo, cuyo abrigo era de un corte y una tela suficientemente caros como para sugerir que sus intuiciones comerciales eran normalmente acertadas-, ¿por qué se complica en mandar su bote a tierra para comprarle a los pequeños pescadores de allí? Mis acuarios pueden abastecer a la ciudad con todo el alimento que necesite.

El otro comerciante miró un anotador con tiras de inventario.

-Quizá mi clientela sea algo diferente de la suya.

El primer comerciante se rió.

-Usted le vende a esas familias de la isla que todavía insisten en la dudosa superioridad de sus manjares importados. ¿Sabía usted, mi amigo, que yo soy superior en todo? Alimento a más gente, por lo cual lo que yo produzco es superior a lo que usted produce. Les cobro menos, por lo cual soy financieramente más benevolente que usted. Hago más dinero que usted, por lo cual soy financieramente superior. Además, dentro de un rato mi hija regresa de la isla University y a la noche le haré una fiesta tan grande y dispendiosa que ella me querrá más de lo que cualquier hija ha querido jamás a su padre.

El auto satisfecho comerciante rió nuevamente y se alejó muelle abajo para inspeccionar una carga de mineral de tetrón que llegaba desde tierra.

Mientras el comerciante de pescado importado levantaba otra tira de inventario, se le acercó un tercer hombre.

- ¿De qué se reía el viejo Koshar? -preguntó.

-Se estaba jactando de su buena fortuna al respaldar esa descabellada idea, del acuario. Además estaba tratando de hacerme sentir celos de su hija. Esta noche le hará una fiesta a la cual estoy sin duda invitado, pero la invitación llegará por la tarde, sin tiempo para que yo responda adecuadamente.

El otro sacudió la cabeza.

-Es un hombre orgulloso. Pero usted puede ponerlo en su lugar. La próxima vez que mencione a su hija, pregúntele por el hijo y observe la vergüenza en su cara.

-Él puede ser orgulloso -dijo el otro-, pero yo no soy cruel. ¿Por qué tendría que dañarlo? El tiempo se hace cargo de todo. Veremos con la próxima guerra.

- Tal vez -dijo el otro comerciante-. Tal vez.

Una vez por encima de la isla de Toron, ciudad capital de Toromon, la cinta de paso rompe su curso parejo, se comba entre las torres, ondula entre las carreteras elevadas, hasta que finalmente cruza cerca del cemento desnudo, rodeado de hangares de granito. Acababan de llegar varias aeronaves. La gente que esperaba a los pasajeros se agolpaba junto a los molinetes de llegada.

Entre ellos había un hombre joven, con uniforme militar. Cabello rojo enmarañado, ojos que parecían doblemente oscuros en la cara pálida, junto con una fuerza taurina en piernas, espaldas y hombros; esto era lo que impresionaba en un primer golpe de vista. Una mirada más de cerca ofrecía la incongruencia entre la insignia mayor y su juventud.

Observaba a los pasajeros que atravesaban el molinete ansiosamente.

Alguien llamó:

-¡Tomar!

Una sonrisa le asaltó el rostro.

-¡Tomar! -gritó ella otra vez-. ¡Ya estoy aquí!

Con arrogancia, Tomar atravesó corriendo la multitud hasta chocar con ella. Entonces se detuvo, atontado y feliz.

-Eh, me alegro de que hayas venido -dijo ella-. Vamos, puedes llevarme a casa de papá.

El cabello negro le caía sobre pómulos anchos, casi orientales.

Tomar sacudió la cabeza; pasaron, del brazo, entre la gente que caminaba de un lado a otro de la pista.

-¿No? -preguntó ella-. ¿Por qué no?

-No tengo tiempo, Clea -contestó él-. Tuve que escabullirme una hora antes para llegar aquí. Se supone que tengo que estar de regreso en el Ministerio de Guerra en cuarenta minutos. ¿Tienes que llevar valijas?

Clea levantó una regla de cálculo y un anotador.

-Viajo con poco equipaje.

- ¿Qué es eso? -Tomar señaló un dibujo pegado entre la regla y la cubierta del libro.

-Oh, esto -ella le entregó el papel plegado. En la cubierta estaba el dibujo. Tomar frunció el entrecejo, tratando de interpretar las formas de su significado. Adentro había un poema. Esto lo hizo fruncir más aún el ceño.

-No sé mucho sobre esta clase de...

-Míralo -insistió ella-. Léelo. El poema fue escrito por un chico de la escuela, Vol Nonik. Yo no lo conocía, pero publicó unos pocos poemas como éste. -Tomar miró nuevamente el poema, lo leyó lentamente. Luego se encogió de hombros.

-No lo entiendo -dijo-. No entiendo estas cosas. Pero es... extraño. Eso sobre el ojo en la lengua del muchacho, me intriga.

-A mi también -asintió Clea-. Es por eso que me gusta.

Tomar miró nuevamente el dibujo. Veía un extraño paisaje y desde atrás los dientes y labios contorsionados en un grito.

-No ... lo entiendo -repitió inquieto y lo devolvió rápidamente y descubrió que sentía muchos deseos de mirar otra vez el dibujo, de releer las palabras.

Pero Clea puso el manuscrito dentro de su anotador.

-Es curioso -dijo-; inmediatamente antes de irme de la isla University escuché que lo habían expulsado, por hacer trampas en un examen. De todos modos, uno no sabe qué hacer con dos informaciones como éstas.

-¿Dos?

-Una, su poema. Dos, la expulsión. Parecen piezas sueltas de un rompecabezas, y no se puede ver dónde coinciden.

-Esta época en que vivimos es de una bonita confusión y desorden -dijo Tomar, tomándola del brazo-. La gente comienza a trasladarse y a emigrar por todo Toromon. Y todos esos preparativos para la guerra. Bueno, si no tienes valijas, es mejor que regrese al Ministerio. Estoy terriblemente ocupado.

-La próxima vez me aseguraré de traer un portafolio -dijo Clea-. Me imaginé que volvería a la Universidad para los cursos de verano, de modo que no me traje nada a casa -se detuvo-. Espera un momento, ¿no vas a estar terriblemente ocupado para la fiesta que Papá me da esta noche, verdad?

Tomar se encogió de hombros.

Clea iba a pronunciar una palabra, pero apretó con fuerza la lengua contra el paladar.

-¿Tomar? -preguntó al cabo de un momento.

- ¿Sí? -Tomar tenía una voz áspera, la cual, cuando estaba triste, adquiría los tonos graves del gruñido de un oso.

-¿Habrá de verdad una guerra?

Nuevamente se encogió de hombros.

-Más soldados, más aviones, y en el Ministerio hay más y más trabajo para hacer. Esta mañana me levanté antes del amanecer para despachar una flota de aviones de reconocimiento hacia tierra, para inspeccionar la barrera de radiación. Si regresan esta tarde, estaré toda la noche ocupado con los informes.

-Oh -dijo Clea-. ¿Tomar?

-¿Sí, Clea Koshar?

-Oh, a veces resultas tan formal. Has estado en la ciudad tiempo suficiente como para distenderte conmigo. Tomar, si viene la guerra, ¿piensas que en el ejército reclutarán a los prisioneros de las minas de tetrón?

-Hablan de eso.

-Porque mi hermano...

-Ya sé.

-Pero si un prisionero de las minas se destacara como soldado, ¿estaría libre al terminar la guerra? ¿No lo enviarían otra vez a las minas, verdad?

-La guerra aún no ha comenzado -dijo Tomar-. Nadie sabe cómo terminará.

-Tienes razón -dijo Clea-. Como siempre -llegaron al molinete-. Mira, Tomar, no quiero retenerte si estás ocupado. Pero me prometiste que vendrías a

verme y que pasaríamos al menos una tarde juntos antes que regrese a la escuela.

-Si empieza la guerra no regresarás a la escuela.

-¿Por qué no? -Clea se detuvo.

-Ya tienes tu título en física teórica. Ahora sólo cumples tareas de perfeccionamiento. No sólo reclutarán prisioneros de las minas sino que todos los científicos, ingenieros y matemáticos también tendrán que prestar sus esfuerzos a la causa.

-Lo temía -dijo Clea-. Tú crees que llegará de verdad la guerra, ¿no es así, Tomar?

-Se preparan para ella noche y día -dijo Tomar-. ¿Qué puede detenerla? Cuando yo era un muchacho y vivía en la granja de mi padre, en el continente, había demasiado trabajo y nada de comida. Yo era un muchacho fuerte y tenía el estómago de un muchacho fuerte. Vine a la ciudad y dediqué mi fuerza al ejército. Ahora tengo un trabajo que me gusta. No paso hambre. Con la guerra habrá trabajo para mucha más gente. Tu padre será más rico. Tu hermano puede regresar e incluso los ladrones y mendigos de la Olla del Diablo tendrán ocasión de hacer algún trabajo honesto.

-Tal vez -dijo Clea-. Mira, como te dije, no quiero retenerte... quiero decir que... Bueno, ¿cuándo tendrás algo de tiempo?

-Probablemente mañana a la tarde.

-Bien -dijo Clea-. Entonces haremos un pic-nic. ¿Está bien?

Tomar sonrió.

-Sí -dijo. Le tomó las manos y ella le devolvió la sonrisa. Luego él desapareció entre la multitud.

Clea lo observó un momento, luego se dirigió hacia la parada de taxis. El sol comenzaba a entibiar el aire cuando Clea penetró en la sombra de la gran cinta de paso que se remontaba entre las torres.

Los edificios dejaban caer bandas de sombra a través de la cinta mientras ésta penetraba en la ciudad como una herida, aunque franjas ocasionales de luz provenientes de una calle del este todavía la rodeaban con medios anillos de plata. En el centro de la ciudad se alzaba un tramo final de sesenta metros y entraba por la ventana de la torre laboratorio en el ala oeste del real palacio de Toron.

La habitación en la cual terminaba la cinta de paso estaba desierta. Al final de la banda de metal y por encima de la plataforma de recepción había una esfera de cristal transparente, de cuatro metros y medio de diámetro. Una docena de pequeñas unidades de tetrón de variados tamaños estaba

distribuida alrededor de la habitación. Las pantallas visoras eran de un gris mortecino. Sobre un panel de control ubicado junto a una ventana ornamentada, una hilera de cuarenta y nueve abultadas perillas escarlata indicaba "cerrado". Las aceras sobre la plataforma de recepción estaban vacías.

En otra habitación del palacio alguien gritaba:

-¡Tetrón!

-...si Su Alteza, esperara tan sólo un momento para oír el informe -comenzó el anciano ministro-. Yo creo...

-¡Tetrón!

-... que usted comprenderá la necesidad -continuó con calma- de molestarlo a hora tan desventurada...

-¡No quiero oír más la palabra "Tetrón"!

-... de la mañana.

-Vete, Chargill. ¡Estoy durmiendo! -El Rey Uske, que acaba de cumplir los veintiún años, a pesar de que había sido el soberano oficial de Toromón desde los diecinueve, aplastó la rubia cabeza bajo las hinchadas almohadas que yacían sobre las mantas púrpuras. Con una mano demasiado frágil tanteó débilmente la colcha para esconderse.

El viejo ministro alzó tranquilamente el borde del cubrecama de armiño y lo mantuvo alejado. Después de varios golpes sin fuerza, la cabeza pálida surgió una vez más y preguntó con voz fría:

-Chargill, ¿por qué se han construido caminos, se han indultado prisioneros y se han desvicerado
traidores durante el día y la noche sin que nadie expresara la menor preocupación por lo que yo pensaba? Ahora, de pronto... -Uske espió el cronómetro con incrustaciones que estaba junto a su cama, en el cual una brillante luz de oro marcaba la hora.- ¡Mi Dios, las siete de la mañana! ¿Por qué tienen que consultarme súbitamente a cada vaivén del imperio?

-Primero -explicó Chargill-, porque ahora es mayor de edad. Segundo, porque estamos por iniciar una guerra. En épocas de tensión, se hace pasar la responsabilidad a la cabeza, y usted está en esa desafortunada posición.

-¿Por qué no podemos tener una guerra y salir adelante? -preguntó Uske, rodando sobre sí mismo para enfrentar a Chargill, algo más amistoso-. Estoy cansado de esta idiotez. Tú crees que no soy un buen rey, ¿verdad? -el joven se incorporó, plantando los frágiles pies sobre una piel de setenta y cinco milímetros de espesor-. Bueno, si tenemos una guerra -se rascó el estómago a través del piyama rosado- me alistaré en la primera línea de fuego, con el uniforme más espléndido imaginable y conduciré a mis soldados a una victoria arrasadora -con la palabra arrasadora se arrojó bajo las cobijas.

-Loable sentimiento -dijo Chargill secamente-. Ya que ve que puede haber una guerra antes de la tarde, ¿por qué no escucha el informe?; apenas dice que han destruido otra flota de aviones de inspección mientras trataban de observar al enemigo justo más allá de las minas de tetrón, por encima de la barrera de radiación.

-Déjame continuar por tí. Nadie sabe cómo han destruido a los aviones, pero la eficacia de sus métodos ha llevado al Concejo a sugerir que consideremos con más fuerza la posibilidad de una guerra abierta. ¿Durante semanas los informes no han sido más o menos así?

-Así es -replicó Chargill.

-¿Entonces, por qué molestarme? A propósito, ¿realmente debemos asistir a esa fiesta imbécil de la hija del mercachifle de pescado? Y hablemos del tetrón lo menos posible, por favor.

-No necesito recordarle -continuó Chargill con paciencia- que ese mercachifle de pescado ha amasado una fortuna casi tan grande como la del tesoro real (aunque dudo si tiene conciencia de la comparación) a través de la adecuada explotación del inmencionable metal. Si hay una guerra y tenemos que "pedir prestados" fondos, esto deberá hacerse con todo el crédito posible. Por lo tanto, usted asistirá a esa fiesta a la cuál él lo ha invitado tan gentilmente.

-Escucha un minuto, Chargill -dijo Uske-, y ahora voy a hablar en serio. Este asunto de la guerra es ridículo, y si esperas que yo lo tome seriamente, entonces el Concejo va a tener que tomarlo seriamente. ¿Cómo podemos tener una guerra con lo que sea que haya más allá de la barrera de radiación? No sabemos nada de eso. ¿Es un país? ¿una ciudad? ¿un imperio? ni siquiera sabemos si tiene nombre. No sabemos de que manera han destruido nuestros aviones de reconocimiento. No podemos monitorizar ninguna radio-comunicación. Ni siquiera sabemos si es humano. Uno de nuestros tontos aviones les tiró abajo el dispositivo de tetrón (perdóname, si tú no puedes decirlo yo tampoco debería decirlo) y un misil lo alcanzó. ¡Bang! El Concejo dice guerra. Bien, me niego a tomarlo seriamente. ¿Por qué seguimos desperdiciando aviones? ¿Por qué no enviar a unas pocas personas a través de la cinta de paso para hacer algo de espionaje?

Chargill estaba azorado.

-Antes de que instituyéramos el penal de las minas e inmediatamente después que anexamos la gente del monte se construyó la cinta de paso, ¿correcto? ¿A dónde va ahora?

-A la ciudad muerta de Telphar respondió Chargill.

-Exactamente. Y Telphar no estaba en absoluto muerta cuando la construimos, hace sesenta años. La radiación no había progresado tanto. Bueno, ¿por qué no enviar espías a Telphar y desde allí a través de la barrera de radiación y dentro del territorio enemigo? Luego pueden regresar y contarnos todo -Uske sonrió.

-Por supuesto que Su Majestad está bromeando -sonrió Chargill-. ¿Puedo recordarle a Su Majestad que el nivel de radiación de Telphar es hoy fatal para los seres humanos? Fatal. Parece que el enemigo está bien del otro lado de la barrera. Sólo desde hace poco, con la gran cantidad de tetrón... oh, perdóneme... de las minas, hemos podido lograr aviones que pueden sobrevolarla. Y eso, siempre y cuando podamos hacerlo, es el único camino.

Uske había comenzado con una sonrisa. Luego se convirtió en una risita tonta. Luego en una carcajada. De pronto lanzó un grito y se arrojó sobre la cama.

-¡Nadie me escucha! ¡Nadie hace caso a mis sugerencias! -gemía y clavaba la cabeza bajo las almohadas-. ¡Nadie hace otra cosa que contradecirme! ¡Vete! ¡Fuera! ¡Déjame dormir!

Chargill suspiró y se retiró de la recámara real.

CAPITULO DOS

Había habido silencio durante sesenta años. Ahora, sobre el. escenario de recepción en el laboratorio de la torre del palacio real de Toron, el cristal ardía.

Sobre el escenario titilaba un haz azul. Una llama roja atravesaba la bruma, una red de escarlata, contrayendo, pulsando, subrayando el reconocible diseño de venas y arterias. Entre los fuegos precipitados, la sombra de huesos formaba un esqueleto humano en el azul, hasta que de pronto la forma se engalonaba con plata súbita, la red de nervios que mantenían las sensaciones del cuerpo. El azul se puso opaco. Jon Koshar avanzó tambaleando hasta la barandilla y se detuvo un momento. Arriba el cristal palideció.

Parpadeó una y otra vez con fuerza antes de alzar la vista. Miró a su alrededor.

-Está bien -dijo en voz alta-, ¿dónde diablos están? -se detuvo-. Bien, ya sé. Se supone que no necesito ayuda. Me imagino que estoy bien, ¿verdad? -otra pausa-. Me siento bien. -Soltó la baranda y se miró las manos, el dorso y las palmas. -Sucias como el diablo -murmuró-. ¿Dónde puedo lavarme? -alzó la vista-. Seguro. ¿Por qué no? -se zambulló por debajo de las barandillas y llegó al piso con una voltereta. Una vez más miró a su alrededor-. Así que estoy realmente dentro del castillo. Después de todos estos años. Nunca pensé que vería esto otra vez. Imagino que estoy aquí realmente.

Avanzó, pero mientras pasaba bajo la sombra del final de la cinta, algo ocurrió.

Palideció.

Por lo menos palidecieron las partes expuestas del cuerpo, cabeza, manos y pies. A través de un pie descalzo podía ver las cabezas de clavos remachados en el piso de metal. Puso cara de disgusto y siguió en dirección a la puerta. Una vez a la luz del sol, se puso nuevamente opaco.

En la sala no había nadie. Siguió su camino ignorando el tríptico de particiones de plata que indicaban la cámara del Concejo. Una ventana con vitrales sometidos a la rotación de una máquina silenciosa le arrojaba

colores sobre la cara. Un discronómetro dorado fijo en el techo detrás de un cuadrante de cristal tallado decía siete y diez.

Se detuvo frente a una biblioteca y abrió la puerta de vidrio.

-Aquí está -dijo otra vez en voz alta-. Sí, ya sé que no hemos tenido tiempo, pero ustedes vienen de un mundo desierto con un sol doble. Esto se los explicará mejor que yo -tomó un volumen de la hilera de libros-. En la escuela lo usábamos -dijo-. Hace mucho tiempo.

El libro era La Historia Revisada de Toromon, de Catham. Abrió la cubierta de piel de tiburón e hizo pasar algunas hojas del texto.

"... de las pocas bibliotecas y textos que sobrevivieron al Gran Fuego (a partir del cual fecharemos todos los sucesos siguientes). La civilización se redujo más allá de la barbarie. Pero unos pocos de nosotros, sobrevivientes de la isla de Toron, hicimos un emplazamiento, una villa, una ciudad. Nos impulsamos hacia el continente y la costa se convirtió en la principal fuente de alimentos para la población de la isla, que ahora se dedicó a las manufacturas. Sobre la orilla florecieron granjas y villas pesqueras. En la isla, la ciencia y la industria se convirtieron de pronto en factores de la vida de Toromon, ahora un imperio.

"Más allá de la planicie que bordeaba la costa, los exploradores descubrieron a la gente del monte, que vivía en la franja de jungla que limitaba la extensión semicircular del continente. Constituían una raza mutante, algunos de estatura gigantesca, otros achaparrados como neanderthales, ambas tribus pacíficas. Pronto se convirtieron en parte del imperio de Toromon, sin resistencia.

"Más allá de la jungla se extendían los estriados campos de lava y tierra muerta, y fue aquí donde se descubrió el extraño metal de tetrón. Un gran imperio tiene una gran proporción de crimen. Nuestro sistema penal se utilizaba para abastecer de mineros de tetrón. La tecnología dio un salto hacia adelante y desarrollamos varios usos para la energía que liberaba el tetrón.

"Entonces, más allá de los campos de lava, descubrimos qué era lo que había agrandado y achicado el cuerpo de la gente del monte, lo que había matado todo lo verde más allá de la jungla. Consumiéndose desde los días del Gran Fuego, una inmensa franja de tierra radioactiva todavía ardía alrededor de los campos de lava, impidiéndonos una futura expansión.

"Marchando hacia ese campo de muerte, las plantas se convertían en nudosas y distorsionadas caricaturas de sí mismas. Luego sólo roca. La muerte era larga si un hombre se atrevía y regresaba. Primero, una sed inmensa, luego la piel que se reseca; ceguera, fiebre, locura, finalmente muerte; eso es lo que aguardaba al transgresor.

"Fue en el margen de la barrera de radiación, en desafío a la muerte, que se estableció Telphar. Estaba suficientemente lejos para estar a salvo y, sin embargo, suficientemente cerca como para ver el resplandor en el horizonte

por encima de las colinas quebradas. Al mismo tiempo, se llevaban a cabo experimentos con un elemental material de transmisión. Como una señal de esa nueva dirección de la ciencia, se destinó a la cinta de paso para unir las dos ciudades. Era más un gesto de solidaridad del imperio de Toromon que una aplicación práctica. Sólo podían enviarse por vez trescientas o cuatrocientas libras de material, o dos o tres personas. El transporte era instantáneo y pronosticaba un futuro de grandes exploraciones para cualquier parte del mundo, con viajes teóricos a las estrellas.

"Entonces, a las siete y treinta y dos de una tarde de agosto, unos setenta años atrás, los ciudadanos de Telphar observaron un súbito aumento en la pálida luz del oeste saturado por las radiaciones. Siete horas después el cielo que cubría a Telphar resplandecía en franjas con destellos azules y amarillos. Ya había comenzado la evacuación. Pero en tres días Telphar estaba muerta. En teoría, el súbito aumento de radiaciones había sido atribuido a muchas causas pero durante casi medio siglo se ha esperado una explicación irrefutable.

"La radiación creciente se detuvo mucho antes de las minas de tetrón, pero Toron había perdido a Telphar para siempre..."

Jon cerró el libro repentinamente:

-¿Ven? -dijo-. Es por eso que tenía miedo cuando vi la ciudad muerta. Es por eso que... -se detuvo-. No están escuchando -dijo, y colocó nuevamente el libro sobre el estante.

A quince metros en el corredor de abajo, se abrían a izquierda y derecha dos tramos de escalera ornamentada. Koshar hundió las manos en los bolsillos, mirando con aire ausente hacia otra ventana, como una persona que espera que cualquier otro tome una decisión. Pero la decisión no se tomaba. Con actitud beligerante comenzó a subir por la escalera de la izquierda. A mitad de camino se hizo más cauto, pisaba suavemente con los pies desnudos y la ancha mano lo precedía con cautela sobre la balaustrada.

Dobló por otro corredor con paredes cubiertas por nichos con bustos tallados y estatuas, iluminados por atrás con luz azul los de la izquierda, con luz amarilla los de la derecha. Un sonido proveniente de un rincón lo impulsó detrás de una sirena de piedra que jugaba con algas marinas.

El anciano que pasaba caminando llevaba una carpeta. Parecía seriamente preocupado.

Jon esperó sin respirar por el lapso de tres inspiraciones. Luego se escabulló hacia la sala en carrera rápida y corta. Finalmente se detuvo ante un grupo de puertas. ¿Cuál? se preguntó.

Esta vez obtuvo respuesta porque se dirigió hacia una, la abrió y se deslizo en el interior.

Cuando Chargill se fue, Uske se cubrió la cabeza con las sábanas. Entonces excuchó varios sonidos metálicos y ruiditos sordos, pero los escuchó a través de la niebla del sueño que lo había inundado otra vez. El primer sonido suficientemente claro para despertarlo fue el del agua contra una baldosa. Durante casi dos minutos lo escuchó a través del velo de la fatiga. Recién cuando cesó frunció el ceño, retiró la sábana y se puso de pie. La puerta de su baño privado estaba abierta. La luz estaba apagada. Pero alguien, o algo, aparentemente acababa de ducharse. Las ventanas de su habitación estaban cubiertas con paneles de brocado, pero dudó en apretar el botón que las haría correr y descubrir el sol.

En el baño, los anillos de la cortina del duchador corrían en el riel; el toallero rechinaba; silencio; algunos silbidos. Luego: manchas oscuras sobre el felpudo de piel se prolongaban en la piedra negra. Una tras otra... ¡pisadas! Huellas incorpóreas que se acercaban a él.

Cuando llegaron a poco más de un metro de su cama, Uske golpeó con la palma de la mano el botón que corría las cortinas. La luz del sol inundó la habitación como agua.

Parado sobre el último par de pisadas había un nombre desnudo. El hombre saltó sobre Uske mientras el rey se arrojaba boca abajo en el montón de almohadas y trataba de gritar al mismo tiempo. Lo agarraron, lo alzaron y el dorso de una mano le tapó la boca abierta, de modo que cuando hincó los dientes se mordió la parte de adentro de las mejillas.

-Te vas a quedar quieto, estúpido -susurró una voz por detrás. Se aflojó. -Así, un segundo.

Una mano pasó junto al hombro de Uske, presionó el botón que estaba sobre la mesa de luz, las cortinas cubrieron nuevamente las ventanas. La mano desapareció como si hubiese sido una llama.

-Ahora quédate quieto y en silencio.

La presión aflojó y el rey sintió que la cama cedía. Por un momento se mantuvo quieto. Luego giró sobre sí mismo. No había nadie.

- ¿Dónde guardas la ropa? Tienes casi mi tamaño.

-Por allí... en aquel cuarto.

Las pisadas incorpóreas se deslizaron sobre el felpudo y las puertas del cuarto de vestir se abrieron.
Las perchas colgaban en el travesaño. Se abrió el cajón de una cómoda ubicada al fondo del cuarto de vestir.

-Esto servirá. Nunca pensé que me pondría otra vez ropas decentes. Un segundo nada más.

Se oyó el ruido de una tela desgarrada.

-Esto me servirá cuando le saque las hombreras.

Algo surgió del cuarto, ahora vestido: una figura humana, sólo que sin cabeza ni manos.

-Ahora que estoy decente, abre aquellas cortinas para que entre algo de luz -el manojo de ropas esperaba-. Vamos, corre las cortinas.

Uske oprimió el botón lentamente. Un joven recién afeitado y de cabello negro estaba de pie bajo la luz del sol, examinándose los puños de la camisa. Un chaleco abierto de brocado con filigranas de metal cubría una camisa de seda blanca desabrochada. Un ancho cinturón de cuero tachonado, con un disco de metal como cierre, sujetaba unos ceñidos pantalones grises. Las botas, con la puntera y los talones abiertos, estaban coronadas por discos similares. Jon Koshar miró a su alrededor.

-Es bueno estar de regreso.

- ¿Quién... quién eres? -susurró Uské.

-Un individuo leal a la corona -dijo Jon-. Necio.

Uske tragó saliva.

-Piensa en unos cinco años atrás cuando tú y yo íbamos juntos a la escuela.

Un destello de reconocimiento en la cara rubia.

-Recuerda a un muchacho un par de años mayor que tú, quien te libró de una paliza cuando los chicos de la clase de mecánica iban a colgarte porque habías aplastado a propósito un rollo de cables de alta frecuencia. ¿Y recuerdas que desafiaste al mismo muchacho a entrar por la fuerza en el castillo y robar el heraldo real de la sala del trono? En realidad, también le diste la espada flamígera para que lo hiciera. Sólo que eso no se mencionó en el juicio. ¿También alertaste de mi llegada a los guardias? Nunca estuve del todo seguro de esa parte.

-Oye... -comenzó Uske-. Estás loco.

-En aquella época podría haber estado un poco loco. Pero cinco años en las minas de tetrón me han devuelto muy bien a mis cabales.

-Eres un asesino...

-Fue en defensa personal y tú lo sabes. Esos guardias que se lanzaron sobre mí no estaban jugando. Yo no maté a propósito. Simplemente no quería que me arrancaran la cabeza.

-De modo que tú arrancaste una de las cabezas primero. Jon Koshar, creo que estás loco. ¿Qué
estabas haciendo aquí, de todos modos?

-Sería muy largo de explicar. Pero créeme, la última razón por la que vine es la de verte otra vez

-Así que entraste, me robaste la ropa... -de pronto lanzó una carcajada-. Oh, por supuesto. Todo esto es un sueño. Qué tonto soy. Debo de estar soñando.

Jon frunció el entrecejo.

-Tengo que estar sintiéndome culpable -continuó Uske- por todo ese asunto de cuando éramos chicos. Continúas desapareciendo y apareciendo. Tal vez no seas más que un producto de mi imaginación. ¡Koshar! ¡El nombre! Por supuesto. Ese es el nombre de la gente que da la fiesta a la que voy a ir una vez que me despierte. ¡Ese es el por qué de todo!

- ¿Qué fiesta? -preguntó Jon.

-La que tu padre le ofrece a tu hermana esta noche. Tienes una hermana muy bonita. Ahora voy a dormirme otra vez y cuando me despierte habrás desaparecido, sabes. Qué sueño tan tonto.

-Un momento. ¿Por qué vas a la fiesta?

Uske se cubrió la cabeza con la almohada.

-Aparentemente, tu padre ha logrado amasar una buena fortuna. Chargill dice que debo tratarlo con amabilidad para que más adelante podamos pedirle dinero prestado. A menos que esto también sea un sueño.

-No estás soñando.

Uske abrió un ojo, lo cerró otra vez y rodó sobre la almohada.

-Dile esto a mi prima, la Duquesa de Petra. La arrancaron de la propiedad que tiene en la isla para llegar a esto. Los únicos que se están salvando son mi madre y mi hermanito. Afortunada estrella de mar.

-Vuelve a dormir -dijo Jon.

-Vete -dijo Uske. Abrió una vez más los ojos y vio que Jon apretaba el botón que cerraba el cortinado. Y entonces la figura sin cabeza, sin manos, se dirigió hacia la puerta y salió. Uske se estremeció y se cubrió nuevamente con las sábanas.

Jon bajó a la sala.

Detrás de una puerta por la que no entró, la Duquesa de Petra permanecía junto a la ventana de su departamento de palacio, observando los techos de la ciudad, las casas de los prósperos comerciantes y fabricantes, los edificios como colmenas que albergaban a los artesanos, empleados, funcionarios y comerciantes de la ciudad, abajo, en las ennegrecidas callejuelas de la Olla del Diablo.

El sol de la mañana ponía una llama en el rojo cabello y le blanqueaba el rostro. Abrió apenas la ventana y una brisa le agitó la bata, mientras la duquesa, con aire ausente, jugueteaba con una piedra ahumada que pendía de una cadena de plata que le rodeaba el cuello.

Jon avanzó por la sala.

A tres puertas de distancia, la anciana reina yacía sobre una hilera de almohadones que anidaban en el centro de una inmensa cama-caracol. Tenía el cabello blanco enrollado en rodetes a uno y otro lado de la cabeza, la boca ligeramente abierta, y un silbido de respiración atravesaba los labios resecos. Sobre la pared de la cama colgaba un retrato del último rey, Alsen, con cetro, majestuoso y benevolente. Sobre la mesa de luz había un cuadro barato, del tamaño de la palma de la mano, pobremente pintado, de su hijo, el Rey Uske. Extendió la mano hacia él, dormida, lo volteó, dejó caer la mano sobre el borde de la cama. Nuevamente el silbido de la respiración.

En la habitación que estaba junto al lado de la cámara de la reina madre, Let, Príncipe de Sangre Real, Heredero Aparente y Pretendiente del Imperio de Toromon, puesta la parte superior del piyama, estaba sentado en el borde de la cama, restregándose los ojos con los nudillos.

Las delgadas extremidades del adolescente de catorce años colgaban de la cama con la natural torpeza del sueño. Como su hermano, también era rubio y delicado. Todavía bizqueando, se calzó la ropa interior y los pantalones, haciendo una pausa para controlar el reloj. Se abrochó la camisa, se volvió hacia el intercomunicador y apretó un botón.

-Me quedé dormido, Petra -se disculpó Let-. Ya estoy levantado.

-Debes aprender a ser puntual. Recuerda, eres heredero del trono de Toromon. No debes olvidarlo. -Ojalá pudiera -dijo Let-. A veces.

-No lo repitas -llegó la orden a través del receptor-. ¿Me escuchas? Nunca te permitas pensar en eso ni un momento.

-Lo siento, Petra -dijo Let. Su prima, la duquesa, había estado actuando de un modo extraño desde que llegara de su finca en la isla, dos días atrás. Quince años mayor seguía siendo el miembro de la familia al cual se sentía más próximo. Por lo general, con ella podía olvidar la corona que pendía sobre su cabeza, como lo señalaban todos. Su hermano no tenía muy buena salud, ni siquiera (según algunos rumores) estaba en sus cabales. Y ahora era la propia Petra quien le señalaba el anillo dorado del reino de Toromon. Parecía una traición-. De todos modos -continuó, aquí estoy. ¿Qué querías?

-Decirte buenos días -la sonrisa que había en la voz puso una sonrisa en el rostro de Let-. ¿Recuerdas esa historia que te conté anoche, sobre los prisioneros de las minas de tetrón?

- ¡Seguro! -se había quedado dormido pensando en eso-. Los que estaban planeando escapar. -Había permanecido una hora junto a él en el jardín,

deleitándolo con los detalles del intento de tres prisioneros de escapar de las minas. Había terminado en la cima del suspenso con los tres hombres bajando las escaleras agazapados en la oscuridad, bajo la llovizna, esperando para huir al monte. - Me dijiste que ibas a seguir esta mañana.

- ¿Realmente quieres oír el final de la historia?

-Por supuesto que quiero. No pude dormir durante horas pensando eso.

-Bien -dijo Petra-; cuando cambiaron los guardias y la soga lo alzaba mientras bajaba las escaleras, el de la retaguardia dio una vuelta por los alrededores, como estaba planeado. Se arrojaron hacia el chorro de luz, hacia el monte y... -hizo una pausa-. Uno de ellos lo logró. A los otros dos los apresaron. Y los mataron.

-¿Y? -dijo Let-. Eso es todo?

-Algo así -dijo Petra.

-¿Qué quieres decir? -preguntó Let. La versión de la noche anterior contenía detalle más detalle acerca del trato dado a los prisioneros, de sus esfuerzos para cavar un túnel, de las precauciones que tomaron, juntamente con vividas descripciones de la prisión que lo habían hecho estremecer como si él mismo hubiese estado en las cabañas inundadas-. No puedes darlo por terminado así -exclamó-. ¿Cómo lograron apresarlos? ¿Cuál se escapó? ¿Fue el gordito pecoso? ¿Cómo murieron?

-De forma desagradable -respondió Petra-. No, el gordito pecoso no lo logró. Los llevaron de regreso, bajo la lluvia, a él y al que cojeaba, y los tiraron en el barro, afuera de las cabañas, para desalentar a los que quisieran intentar una nueva fuga.

-Oh -dijo Let-. ¿Qué pasó con el que pudo escapar? -preguntó al cabo de un momento.

En vez de escuchar, ella dijo:

-Let, quiero advertirte algo. -El príncipe se puso tenso, pero ella continuó de un modo diferente al esperado por él.- Dentro de muy poco puede ser que inicies una aventura, y que quieras olvidar algunas cosas, porque va a ser más fácil. Como por ejemplo, ser príncipe de Toromon. Pero no lo olvides, Let. No lo olvides.

-¿Qué clase de aventura, Petra?

Nuevamente no respondió a la pregunta.

-Let, ¿recuerdas cómo te describí la prisión? Qué harías si fueras rey y esos prisioneros estuvieran bajo tu poder, con la comida podrida, las ratas, sus catorce horas de trabajo diario en las minas...

-Bueno, no sé, Petra -se sentía como si se le pidiera algo que no estaba decidido a dar. Era como cuando en la clase de historia se esperaba que él supiera la respuesta a una pregunta sobre el gobierno sólo porque él había nacido dentro-. Supongo que tendría que consultar con el Concejo y ver qué dice Chargill. Dependería de cada uno de los prisioneros y de lo que han hecho; y por supuesto, de lo que siente la gente. Chargill siempre dice que uno no debería hacer las cosas demasiado rápido.

-Ya sé lo que dice Chargill -dijo la duquesa serenamente-. Solamente recuerda lo que te he dicho. ¿Lo recordarás?

-¿Qué ocurrió con el tercer hombre, el que escapó?

-Regresó a... Toron.

-Debe de haber tenido muchas aventuras más. ¿Qué le pasó, Petra? Vamos, dime.

-En realidad -dijo Petra-, consiguió esquivar la mayor parte de las aventuras. Llegó muy rápido. Déjame ver; luego de chocar contra los chorros de luz se agazaparon en la jungla. Casi inmediatamente se separaron. El de cabello negro se perdió y caminó en dirección equivocada hasta que pasó las minas, salió del monte y atravesó una buena franja de cinco millas de terreno. Cuando hubo luz suficiente, se dio cuenta de que había estado caminando en dirección a la barrera de radiación; a la distancia, como una garra negra que apretaba el horizonte, estaban las ruinas de Telphar, la Ciudad Muerta.

-¿No podría haberlo matado la radiación?

-Eso es exactamente lo que pensó. En realidad, se dio cuenta de que si estaba lo suficientemente cerca como para ver el lugar, hubiera muerto unas pocas millas atrás. Estaba cansado. Pero con vida. Finalmente decidió que muy bien podría caminar en dirección a la ciudad. Dio dos pasos más y escuchó algo.

En el intercomunicador se hizo silencio.

Después de permitir que pasara tiempo suficiente para una pausa dramática, Let preguntó:

-¿Qué era? ¿Qué escuchó?

-Cuando lo escuches -dijo Petra-, lo sabrás.

-Vamos, Petra. ¿Qué era?

-Hablo en serio -dijo Petra-. Esto es todo cuanto sé de la historia. Es todo lo que necesitas saber. Quizá pueda terminarla esta noche cuando regrese de la fiesta.

-Por favor, Petra...

-Así es.

Hizo un minuto de pausa.

-Petra, ¿se supone que la aventura que voy a tener es la guerra? ¿Es por eso que estás recordándome no olvidar?

-Ojalá fuera así de simple. Let. Digamos que es una parte.

-Oh -dijo Let.

-Sólo prométeme recordar la historia y lo que he dicho.

-Lo haré -dijo Let, asombrado-. Lo haré.

Jon bajó una escalera en espiral, hizo un gesto con cabeza al guardia que estaba al pie, entró en el jardín del castillo, entrecerró los ojos por el sol, atravesó el cerco y entró en la ciudad.

CAPITULO TRES

En La Olla del Diablo toda la basura gelatinosa del mar se corrompe, en el límite de la ciudad. En las viejas callejuelas se alineaban casas de piedra, muchas de ellas en ruinas, reconstruidas y nuevamente destruidas. Esas eran las estructuras más viejas de la olla. Cargada de gente y de basura, se extendía desde la orilla hasta el borde de los edificios colmena en la que vivían los empleados y profesionales de Toron.

Los edificios de madera de chilla alternaban con otros construidos precipitadamente con láminas de
metal, sin espacio entre sí. El metal estaba enmohecido, la madera vencida. La orilla albergaba las oficinas de emigración y el servicio de lanchas que iba al acuario y a las plantas hidropónicas que flotaban sobre vastos pontones en el mar.

En el dique había aparecido un casco lleno de hollín hacía casi una hora. Pero recién ahora se permitía que los pasajeros bajaran a la costa y eso después de haber mostrado sus papeles a la inspección de los oficiales sentados detrás de mesas de madera. Un cerco débil, que les llegaba hasta la cintura, separaba a los pasajeros de la gente que se hallaba en el desembarcadero. Los pasajeros se arremolinaban.

Unos pocos tenían bultos. Muchos no tenían nada. Permanecían quietos o deambulaban. En la calle de la orilla, el ruido era atronador: el pregón de los mercachifles, las carretillas que rodaban, el zumbido de la discusión. Algunos pasajeros echaban una mirada al villorrio a través del cerco. La mayoría no. Mientras formaban una fila para pasar junto a los oficiales y llegar al muelle, una mujer con una caja de chucherías y una marca de nacimiento marrón-rojiza estampada en el lado izquierdo se abrió paso entre los recién llegados. Cerca de los cincuenta, el vestido y la cabeza harapientos eran de un gris lavado.

-¿Quisiera comprar un par de cordones para los zapatos, buenos y fuertes? -Se acercó amablemente a un joven que le devolvió una sonrisa confundida.

-Yo... yo no tengo dinero. -Se sentía lisonjeado por la atención.

Rara le echó una mirada a los pies.

-Aparentemente, tampoco tienes zapatos. Buena suerte en este Nuevo Mundo, la Isla de la Oportunidad. -Pasó rozándolo y se dirigió hacia una

pareja que llevaba un bulto compuesto por un azadón, un rastrillo, una pala y un bebé.- Un cuadro -dijo, escarbando en la caja-, de nuestra ilustre majestad, el Rey Uske, con marco de metal, miniatura pintada a mano en honor a su cumpleaños. Ningún patriota cosmopolita puede carecer de uno.

La mujer del bebé se inclinó para ver el retrato de un joven pálido con una corona en la melena rubia.

-¿Realmente es el rey?

-Por supuesto que sí -declaró la vendedora que tenía la marca de nacimiento-. Posó en persona. Mire la nobleza de esta cara. Serviría de inspiración para ese pequeño, siempre y cuando crezca.

-¿Cuánto cuesta? -preguntó la mujer.

El esposo frunció la frente.

-Para ser un cuadro pintado a mano -dijo Rara-, es muy barato. ¿Digamos, media unidad?

-Es bonito -dijo la mujer y entonces vio el entrecejo fruncido de su esposo. Bajó la vista y sacudió la cabeza.

Súbitamente el hombre arrojó una moneda de media unidad en la mano de Rara.

-Ya está -tomó el cuadro y se lo entregó a su esposa. Mientras ella lo miraba fijamente, él asintió con un gesto-. Es bonito -dijo-, sí, es bonito.

-Buena suerte en este Nuevo Mundo -dijo Rara-. Bienvenidos a la Isla de la Oportunidad -dándose vuelta, sacó un nuevo objeto, lo miró el tiempo suficiente como para ver qué era y le dijo al hombre a quien nuevamente miraba-. Veo que usted podría darle buen uso a un carrete de hilo de calidad -señaló un agujero en la manga del hombre-, allí. -A través de la camisa asomaba un hombro marrón, más arriba.- Y allí.

-También podría usar una aguja -respondió el hombre- y podría usar una camisa nueva y un balde de oro -escupió-. Con lo que tengo en el bolsillo seguro que puedo conseguir tanto una cosa como la otra.

-Oh, seguramente un carrete de hilo bueno, fuerte...

De pronto alguien la empujó por atrás.

-Ya está bien. Muévase, vieja. Aquí no puede pregonar.

-Seguró que puedo -exclamó Rara, girando sobre sí misma-. Aquí mismo tengo mi licencia. Déjeme encontrarla...

-Nadie tiene licencia para pregonar frente al edificio de inmigración. Ahora muévase.

-Buena suerte en la Nueva Tierra -gritó por encima del hombro mientras el oficial la empujaba-. Bienvenidos a la Isla de la Oportunidad.

Detrás del cerco se produjo una conmoción. Alguien tenía problemas con los papeles. Entonces un muchacho descalzo abandonó su lugar en la fila, corrió hacia la valla y la saltó. La estructura era débil. Mientras el muchacho tocaba tierra, corriendo, el cerco se derrumbó.

Los pasajeros vacilaban como una ola sin romper. La ola rompió. Los oficiales que estaban en la mesa se pusieron de pie, agitaron las manos, gritaron, luego se pararon en los bancos y gritaron más. El oficial que había empujado a Rara desapareció entre la manada de cuerpos.

Rara apretó con fuerza su caja de chucherías y se escurrió hasta una esquina, luego se mezcló con la multitud durante dos cuadras y llegó a los barrios bajos.

-¡Rara!

Se detuvo y miró a su alrededor.

-Oh, estás aquí -dijo, uniéndose a una muchacha que se apartaba de la multitud, sosteniendo una caja como la de la mujer.

-Rara, qué pasó?

Cuando la mujer reía, la marca de nacimiento se arrugaba.

-Estás observando el comienzo de la transformación. Miedo, hambre, un poco más de miedo, falta de trabajo, más miedo y cada una de esas pobres almas será un ciudadano de primera clase de la Olla del Diablo. ¿Cuánto vendiste?

-Nada más que un par de unidades -respondió la muchacha. Tendría unos dieciséis años, cabello
blanco, ojos azules y una piel rápida e intensamente bronceada-. ¿Por qué corren?

-Un muchacho inició el pánico. El cerco cedió y los demás lo siguieron -un segundo aluvión de gente dio vuelta la esquina-. ¡Bienvenidos a la Nueva Tierra, a la Isla de la Oportunidad! -gritó Rara. Luego rió.

- ¿A dónde van a ir todos? -preguntó Alter.

-A los agujeros de la tierra, a las grietas de la calle. Los hombres afortunados entrarán en el ejército. Pero ni siquiera esto los absorberá a todos. Las mujeres, los niños... -se encogió de hombros.

En ese momento llegó desde el fondo de una cuadra la voz aguda de un muchacho joven.

-¡Eh!

Se volvieron.

-¡Es el muchacho que rompió el cerco! -exclamó Rara-. ¿Qué quiere?

-No sé. Nunca lo había visto en toda mi vida antes de esta tarde.

Era moreno, de cabello negro, pero cuando se acercó vieron que tenia los ojos color verde agua.

-¿Usted es la mujer que vendía cosas?

Rara asintió:

-¿Qué quieres comprar?

-No quiero comprar nada -dijo el muchacho-. ¡Quiero venderle! -Estaba descalzo, tenía los pantalones deshilachados a mitad de la pantorrilla y la camisa sin mangas no tenía abotonadura.

-¿Qué quieres vender? -preguntó Rara, enronquecida la voz por el escepticismo.

El muchacho buscó en los bolsillo, sacó una franela verde y la desplegó en la mano.

Habían sido lustradas hasta obtener tonalidades lechosas: algunas tenían franjas de oro, otras cálidos marrones y amarillos. Dos habían sido pulidas como madre-perlas puras, con sus mudas superficies de plata nubladas con pasteles. Sobre el verde se agitaban hasta lanzar destellos.

-¡No son más que conchas marinas! -dijo Rara. Pero Alter extendió el dedo índice para tocar una pervinca.

-Son adorables -le dijo-. ¿Dónde las conseguiste? -se extendían en tamaño desde la unión del pulgar hasta la uña rosada.

-Por tu madre muerta, mi propia hermana, no estamos en condiciones darle un céntimo, Alter. Apenas vendí una cosa antes que ese oficial bruto me sacara a empujones.

-Las encontré en la playa -exclamó el muchacho-. Estaba escondido en el bote y no tenía nada que hacer. Entonces las lustré.

-¿Por qué te escondías? -preguntó Rara con voz dura-. ¿No querrás decir que eres un polizón?

-Humm, humm -asintió el muchacho.

-¿Cuánto quieres por ellas? -preguntó Alter.

-¿Cuánto... cuánto costaría conseguir comida y alojamiento?

-Mucho más de lo que podemos pagar -interrumpió Rara-. Alter, ven conmigo. Este muchacho va a convencerte para que le pagues una y hasta dos unidades, si es que sigues escuchándolo.

-Miren -dijo el muchacho señalando las conchillas-. Ya les hice agujeros. Pueden colgarlas alrededor del cuello.

-Si quieres conseguir comida y un lugar para dormir -djjo Alter-, no necesitas dinero. Necesitas amigos. ¿Cómo te llamas? ¿Y de dónde eres?

El muchacho levantó la vista del puñado de conchillas, sorprendido.

-Mi nombre es Tel -dijo al cabo de un momento-. Vengo de la costa. Y soy hijo de un pescador. Cuando llegué aquí pensé que podría conseguir un trabajo en los acuarios. Eso es lo único que se oye en la costa.

Alter sonrió.

-Primero que nada, eres algo joven...

-Pero soy buen pescador.

-... y además es muy diferente de pescar sobre un bote. Sé que dirás que hay mucho trabajo en los acuarios y en los jardines hidropónicos. Pero con todos los inmigrantes, hay tres personas para cada tarea.

Tel se encogió de hombros.

-Bueno, puedo intentarlo.

-Está bien -dijo Alter-. Vamos, ven con nosotros.

Rara resopló.

-Lo llevaremos a casa de Geryn y veremos si podemos conseguirle comida. Si Geryn le toma cariño probablemente pueda quedarse allí por un tiempo.

-No puedes llevar a lo de Geryn a cada escaramujo sin casa que encuentres por allí. Se arrastrará por la Caldera con todos los langostinos. Y supon que Geryn no le toma cariño. Supon que decide echarnos a la calle de un puntapié -la marca de nacimiento se oscureció.

-Tía Rara, por favor -dijo Alter-. Yo me encargaré de Geryn.

Rara resopló una vez más.

-Como ocurre cuando nos atrasamos dos semanas con la renta y no puedes encontrar ni una palabra cuando el viejo nos amenaza con arrojarnos a la calle. Y sin embargo, por un puñado de caracoles...

-Por favor…

Una brisa se coló por la calle angosta, levantó un mechón del blanco cabello de Alter y lo impulsó hacia atrás por encima del hombro.

-De todos modos, Geryn puede darle ocupación. Si Tel es un polizón, significa que no tiene papeles.

Tel estaba azorado.

Rara frunció el ceño, con una mirada de castigo.

-Se supone que no dirás eso, jamás.

-No seas tonta -dijo Alter-. No es más que una fantasía de Geryn. No ocurrirá nunca. Y sin papeles, Tel no puede conseguir un trabajo en los acuarios, aunque ellos lo quisieran. De modo que si Geryn piensa que lo puede hacer encajar en su plan enloquecido, Tel saldrá mucho mejor que si tuviera trabajo en una fábrica por diez unidades a la semana. Mira, Rara, de qué manera podría Geryn secuestrar...

-Cállate -Rara dio un respingo.

-Y aunque lo hiciera, ¿de qué va a servir? No es como si fuera el propio rey.

-No entiendo -dijo Tel.

-Eso es bueno -dijo Rara-. Y si quieres seguir con nosotras, no trates de averiguar.

-Sólo podemos decirte esto -dijo Alter-. El dueño de la posada donde vivimos quiere hacer algo. Pero está medio loco. Siempre está hablando solo. Y necesita a alguien que no tenga identificación registrada en la ciudad. Si cree que puede usarte, tendrás comida gratis y un lugar para dormir. Antes era jardinero en la finca de la isla de la Duquesa de Petra. Pero tomaba demasiado o algo así y supongo que finalmente lo hizo ir. El dice que la duquesa todavía le envía mensajes acerca de su plan. Pero…

-No tienes que seguir adelante -dijo Rara, cortante.

-Él te lo contará -dijo Alter-. ¿Por qué te escapaste?

-Estaba harto de vivir en casa. Teníamos que trabajar todo el día para conseguir el pescado y luego teníamos que dejarlo que se pudriera en la playa porque sólo podíamos vender la quinta parte, y a veces nada. Algunas personas se dieron por vencidas, otras sólo consiguieron meterse en la cabeza que tenían que trabajar más fuerte. Creo que mi padre era así. Pensaba que si trabajaba lo suficiente, alguien tendría que comprar. Pero nadie lo hacía. Mi madre hacía algunos trabajos de tejido a mano y vivíamos casi de eso. Finalmente, pensé que comia más de lo que me merecía. Entonces me fui.

-¿Así no más? ¿Y sin dinero? -preguntó Rara.

-Así no más -dijo Tel.

-Pobre muchacho -dijo Rara y en un súbito arrebato de afecto maternal le rodeó los hombros con el brazo.

-¡Ay! -gritó Tel y retrocedió.

Rara quitó rápidamente la mano.

-¿Qué pasa?

-Me... me lastimé -el muchacho se frotaba el hombro suavemente.

-¿Te lastimaste? ¿Cómo?

-Mi padre... me golpeó.

-Ah -dijo Rara-. Ya veo. Cualesquiera que sean los motivos por los que te fuiste, es asunto tuyo. Todavía no conocí a nadie que hiciera algo sólo por un motivo. No te quedes atrás. Llegaremos a lo de Geryn justo a la hora de almorzar.

-Pensé que si podía arrastrarme a bordo -continuó Tel- tendrían que dejarme bajar en la ciudad, aunque no tuviera dinero. No sabía de los papeles. Y cuando estaba en la fila, pensé que les explicaría a los hombres que estaban en el escritorio. O quizá les daría mis caracoles. Y ellos me conseguirían los papeles. Pero el chico de adelante tenía los papeles equivocados. Estaba mal una fecha y ellos le dijeron que iban a enviarlo otra vez al continente y que no podía abandonar el barco. Él les dijo que les daría dinero de verdad e incluso lo sacó del bolsillo. Pero ellos lo hicieron
apartarse. Fue cuando abandoné la fila corriendo y salté el cerco. No sabía que los demás también correrían.

-Probablemente la mitad de sus papeles tampoco estaban en orden. O eran falsos. Es por eso que
corrieron.

-Eres cínica, tía Rara.

-Soy una mujer práctica.

Mientras doblaban otra esquina, los ojos verdes del muchacho saltaron a las torres azul-bruma del palacio, detrás de los techos de las mansiones de los mercaderes, detrás de las casas colmena y de la profusión de edificios. Trató de memorizar la calle por la que iban. Fracasó.

Luchaban dos impresiones contradictorias: primero, la estrechez de esas callejuelas, algunas tan pequeñas que no podían pasar dos hombres a la vez; segundo, lo interminable de la ciudad. Trató de decirle a Alter lo que sentía,

pero después de unas pocas frases entrecortadas ella sonrió y sacudió la cabeza.

-No, no entiendo. Intenta decírmelo otra vez.

Y la costa saltó a su recuerdo. La playa amarilla le azotó la mente y los ojos le ardieron. Vio las arenillas desintegrándose con las incrustaciones de pervinca.

Las lágrimas arrasaron la valla rota, las paredes agrietadas, el mohoso quicio de las ventanas, brillantes y límpidas.

-Quiere decir que extraña mucho su hogar -interpretó Rara-. No, muchacho -dijo-, la nostalgia no se irá nunca. Pero la sentirás menos.

La calle duplicó bruscamente su tamaño.

-Bien -dijo Alter-. Ya llegamos.

En la puerta del edificio de piedra colgaba una placa roja. El edificio tenía dos pisos, dos veces la altura de las otras construcciones. Entraron.

El techo bajo estaba atravesado por vigas. Junto a una de las paredes había un mostrador. En el medio había una mesa grande y una escalera en forma de V bajaba a la habitación. De entre los hombres y mujeres sentados en el salón, uno llamó la atención de Tel. Medía algo más de dos metros y estaba a horcajadas en un banco. Tenía cara equina y un trío de cicatrices comenzaba sobre la mejilla, descendía con un viraje hasta el cuello y desaparecía debajo de la chaqueta. Mientras Tel miraba, el hombre se volvió hacia un plato de comida y las cicatrices desaparecieron. Tel recordó a los hombres altos del monte que a veces iban a la villa de pescadores; y a los pequeños, que iban y bebían demasiado. Ya había visto antes las cicatrices en los guardias altos.

En lo alto de la escalera apareció un viejo derecho como un arpón. Bajó corriendo, despeinándose el cabello blanco. Al llegar abajo, giró sobre sí mismo y clavó los ojos negros en el salón.

-¡Está bien! -gritó-. He recibido el mensaje. ¡Y ya es hora!

-Ese es Geryn -Alter susurró a Tel.

-¿Estamos todos aquí? -preguntó el viejo-. ¿Estamos todos aquí?

Una mujer junto al mostrador lanzó una risita. Geryn se volvió hacia Tel, Alter y Rara.

-¡Tú! -exclamó. El dedo se agitaba de manera que no podían saber a cuál de los tres señalaba.

-¿Te refieres a él? -preguntó Alter, señalando a Tel. Geryn asintió con vigor.

-¿Qué haces aquí? ¿Eres un espía?

-No, señor -dijo Tel.

Geryn dio vuelta a la mesa y lo miró de cerca. Los ojos negros eran dos manchas intensas en un rostro desteñido como una cubierta sin pintar durante dos inviernos.

-Geryn -dijo Alter-. Geryn, no es un espía. Viene del continente. Y no tiene papeles. Huyó como polizón.

-¿No eres un espía? -preguntó Geryn nuevamente.

-No, señor -repitió Tel.

-¿Eres un mali?

-¿Eh? -preguntó Tel-. ¿Qué es eso?

-Un agitador. ¡Nosotros somos malis! ¿Sabes lo que eso significa, verdad?

-¿Eh? -dijo Tel nuevamente. Las preguntas que el viejo ladraba le asustaban. Y también lo fascinaban, así como la magnífica confusión de la ciudad era atemorizante y fascinante.

-Significa que no te gusta el lugar donde has estado, el lugar en donde estás es horrendo y el único lugar donde ves que vas a ir no es progreso respecto de lo que ha sido antes.

-Bueno, no me gusta donde... -Tel se detuvo el tiempo que llevaría en romper una ola. Luego alzó el brazo y se frotó el hombro dolorido. -No me gusta el lugar donde he estado.

-Entonces no te quedes chillando en el camino. Haz algo. ¡Sigue mi plan! Ven con nosotros.

-Pero no sé...

-¿...a dónde vas? ¡Ven de todos modos! -Geryn se alejaba-. Me gustas -dijo-. Confío en tí -se volvió lentamente. Luego giró-. No puedo elegir, ya ves. Es demasiado tarde. El mensaje ha llegado. De modo que te necesito -se rió. Luego la risa se interrumpió, como cortada por una navaja. Se puso las manos sobre los ojos, luego deslizó lentamente los dedos hacia abajo-. Estoy cansado -dijo-. Rara, me debes la renta. Págala de una vez o los echaré a todos de un puntapié. Estoy cansado. -Caminó pesadamente hacia la barra.- Denme algo para tomar. En mi propia taberna bien pueden darme algo para tomar.

Alguien rió nuevamente. Tel miró a Alter.

-Bien -dijo ella-. Le gustas.

-¿Si?

-Hummm, humm -asintió Alter.

-Oh -dijo Tel.

En la barra, Geryn vació una copita de licor verde, golpeó la madera con la copa vacía y gritó:

-¡La guerra! ¡Sí, la guerra!

-Aquí vamos -susurró Alter.

Geryn acarició el borde de la copa con el dedo.

-La guerra -dijo- otra vez. Se volvió súbitamente-: ¡Ya llega! ¿Y saben por qué llega? ¿Saben cómo llega? No podemos detenerla, ni ahora ni nunca. He recibido la señal, de modo que ya no queda esperanza. Debemos avanzar, tratar de salvar algo, algo para recomenzar y reconstruir a partir de ello -Geryn miró directamente a Tel- ¿Muchacho, sabes lo que es una guerra?

-No, señor -dijo Tel, lo cual no era exactamente cierto. Había oído la palabra.

-Eh -gritó alguien desde la barra-. ¿Vamos a oír cuentos sobre grandes fuegos y destrucciones?

Geryn ignoró el grito.

- ¿Sabes lo que fue el Gran Fuego?

Tel sacudió la cabeza.

-En una época el mundo era mucho más grande de lo que es ahora -dijo Geryn-. En una época el hombre no sólo volaba entre isla y continente, entre isla e isla, sino que bordeaba el globo entero de la tierra. En una época el hombre volaba a la luna, hasta las luces en movimiento del cielo. Había imperios, como Toromon, pero más grandes. Y había muchos. A menudo luchaban unos con otros, y eso se llamaba guerra. Y el fin de la última guerra fue el Gran Fuego. Eso fue quinientos años atrás. La mayor parte del mundo, de la cual hoy día sabemos muy poco, tiene como cicatrices, franjas de tierra intransitable; al mar lo recorren corrientes mortales. Por lo que sabemos, Toromon puede ser el único fragmento que soporta vida. Y ahora tendremos otra guerra.

Alguien desde la barra gritó:

-¿Y qué, si viene? Podría tener algo de excitante.

Geryn giró sobre sí mismo.

-¡Ustedes no entienden! -se pasó una mano por el cabello revuelto-. ¿Con qué estamos peleando? No lo sabemos. Del otro lado de la barrera de radiación hay algo innominable. ¿Por qué estamos peleando?

-Porque... -comenzó una voz aburrida en la barra.

-Porque -interrumpió Geryn, señalando la cara de Tel- tenemos que pelear. Toromon está en una situación en la que hay que canalizar sus excesos hacia algo externo. Nuestra ciencia ha avanzado más que nuestra economía. Nuestras leyes son más estrictas y decimos que es para detener la creciente ilegalidad. Pero las leyes son más firmes para proveer de trabajadores a las minas, trabajadores que extraerán más tetrón, más ciudadanos quedarán sin trabajo y por lo tanto se llegará a la ilegalidad para sobrevivir. Diez años atrás, antes de los acuarios, el pescado costaba cinco veces su precio actual. En Toron había quizás un cuatro por ciento de desempleo. Hoy los precios del pescado son la quinta parte de lo que eran y el desempleo ha alcanzado al veinte por ciento de la población de la ciudad. La cuarta parte de nuestra gente se muere de hambre. Cada día llegan más. ¿Qué haremos con ellos? Los usaremos para pelear en una guerra. La Universidad produce científicos cuya ciencia no podemos usar por temor a que se prive de trabajo a más gente. ¿Qué haremos con ellos? Los usaremos para luchar en una guerra. Eventualmente las minas nos inundarán con tetrón, demasiado incluso para los acuarios y los jardines hidropónicos. Se lo usará para la guerra.

-¿Entonces qué? -preguntó Tel.

-No sabemos con quién o con qué estamos luchando -repitió Geryn-. Lucharemos con nosotros mismos, pero no lo sabremos. De acuerdo con la historia, es costumbre que en la guerra cada bando ignore al otro. O decirles mentiras como las que empleamos para asustar a los niños en vez de decirles la verdad. Pero aquí la verdad puede ser... -la voz se apagó.

-¿Cual es su plan? -preguntó Tel.

En la barra hubo otra risa.

-De todos modos -la voz era más grave-, de todos modos debemos salvar algo, rescatar algún fragmento de la destrucción que se producirá. Sólo unos pocos de nosotros conocemos todo esto, lo comprendemos, sabemos qué... qué debe hacerse.

-¿Qué es? -preguntó Tel nuevamente.

Geryn se volvió súbitamente.

-¡Tragos! -gritó-. ¡Tragos para todos! -La diversión fue en aumento y mientras la gente se dirigía al bar desapareció el letargo. - ¡Beban, amigos, compañeros míos! -gritó Geryn.

-¿Su plan?-pregunto nuevamente Tel, confundido.

-Te lo diré -respondió el viejo casi en un susurro-.Te lo diré. Pero todavía no. Todavía... -se volvió otra vez-. ¡Beban! -tres hombres que ya tenían sus vasos dieron vítores.

-¿Ustedes están conmigo, amigos? -preguntó Geryn.

-¡Estamos contigo! -gritaron seis más, golpeando con fuerza el vidrio sobre la superficie de la mesa, mientras Tel pasaba la vista de Alter a Rara y de Rara a Alter.

-Mi plan... -comenzó Geryn-. ¿Todos tienen una copa? ¿Todos? Otra vuelta para todos. ¡Sí, una segunda vuelta!

Los vítores fueron más fuertes. El fondo de los vasos se alzó hacia el cielo raso, luego golpearon nuevamente sobre el mostrador.

-Mi plan es... ustedes saben que no es exactamente mi plan, sino sólo una pequeña parte de un grandioso plan, un plan para salvarnos a todos nosotros... mi plan es secuestrar del palacio al Príncipe Let. Esa es la parte que nosotros debemos realizar. ¿Están conmigo, amigos? -se alzó un grito. Alguien había iniciado un fuego al final de la barra. La voz de Geryn se abrió paso a través del sonido, en un susurro áspero que los hizo permanecer en silencio unos segundos-. ¡Porque ustedes tienen que estar conmigo! ¡El momento es esta noche! Lo tengo... lo tengo planeado -las voces vacilaron, luego prorrumpieron en un rugido-. Esta noche -repitió Geryn. Ahora casi nadie lo oía. Lo tengo planeado. Sólo ustedes tienen que estar... que estar conmigo.

Tel frunció el ceño y Alter sacudió la cabeza. El viejo había cerrado los ojos. Rara estaba junto a él, apoyándole una mano sobre el hombro.

-Con todos esos gritos se va a descomponer. Déjeme que lo suba hasta su habitación.

Mientras ella lo conducía hacia la escalera, el gigante de las cicatrices, a quien le habían dado un trago, se levantó de la mesa, miró directamente a Geryn y vació su copa.

Geryn asintió con la cabeza, suspiró entre dientes y permitió a Rara que lo guiara escaleras arriba mientras Tel y Alter observaban.

El ruido se dispersó entre los hombres y mujeres en copas.

CAPÍTULO CUATRO

Escribió algo en el anotador, dejó la regla de cálculo y tomó un broche de perlas con el que sujetó los pliegues del hombro de su vestido blanco.

-Señorita, ¿puedo arreglarle el cabello? -dijo la criada.

-Un segundo -dijo Clea. Pasó las hojas de las tablas integrales hasta llegar a la página 328, controló el aumento del sub-coseno A más B por encima de la enésima raíz de A a la enésima más B a la enésima y lo pasó a su cuaderno.

-¿Señorita? -dijo la criada. Era una mujer delgada, de unos treinta años. Le faltaba el dedo meñique de la mano izquierda.

-Puedes empezar -Clea se echó hacia atrás en la mecedora y se levantó la oscura masa de cabello. La criada tomó el abundante ébano con una mano y con la otra un hilo de cadena de plata enhebrado con perlas de treinta y ocho milímetros cada una.

-¿Señorita? -preguntó nuevamente la criada- ¿Qué está calculando?

-Estoy tratando de determinar las funciones trigonométricas inversas. Mi profesor de matemática de la Universidad descubrió las funciones regulares, pero todavía nadie determinó las inversas.

-Oh -dijo la criada. Por un momento dejó de trenzar el hilo enjoyado, tomó un peine y lo deslizó por la cascada de cabello que caía sobre los hombros de Clea-. Y... ¿qué va a hacer con ellas una vez que las encuentre?

-En realidad -dijo Clea-... ¡Ay!

-Oh, perdóneme, lo siento, por favor...

-...en realidad -continuó Clea-, serán perfectamente inútiles. Al menos por lo que se sabe hasta ahora. Existen, por así decir, en un mundo que tiene muy poco que ver con el nuestro. Como el mundo de los números imaginarios, la raíz cuadrada de menos uno. Eventualmente podremos encontrarle una aplicación, quizá de la misma manera en que usamos números imaginarios para encontrar las raíces de ecuaciones de un orden más alto que dos; si el coseno theta más i sin theta es igual a e a la i sin theta entonces....

-¿Señorita...?

-Bueno, tampoco han podido hacer nada así con las funciones trigonométricas. Pero son divertidas.

-Incline un poco la cabeza hacia la izquierda, señorita -fue el comentario de la criada.

Clea la inclinó.

-Va a quedar hermosa -cuatro o cinco dedos entretejían el cabello con destreza-. Simplemente hermosa.

-Espero que Tomar pueda venir. Sin él no va a haber diversión.

-¿Pero no viene el rey? -preguntó la criada-. Yo misma vi su nota de aceptación. Usted sabe que era una tarjeta muy simple. Muy elegante.

-Mi padre va a disfrutar de todo mucho más que yo. Mi hermano fue a la escuela con el rey antes... antes de la coronación de Su Majestad.

-Eso es sorprendente -dijo la criada-. ¿Eran amigos? ¿O se dice? ¿Usted sabe si eran amigos o no?

Clea se encogió de hombros.

-Oh, sí -continuó la doncella-. ¿Ha visto el salón de baile? Todos los hors d'oeuvres son de pescado importado. Es fácil decirlo, porque son más pequeños que los que cría su padre.

-Lo sé -sonrió Clea-. Creo que en mi vida he comido algo del pescado de Papá. Es terrible, en realidad. Se supone que son muy buenos.

-Oh, lo son, señorita. Lo son. Su padre es un hombre muy hábil para criar esos pescados tan grandiosos, tan buenos. Pero hay que admitirlo. Los de la costa tienen algo especial. Probé uno cuando subí a la despensa. Por eso lo sé.

-¿Qué es exactamente? -preguntó Clea, volviéndose.

La criada frunció el ceño.

-Oh, se nota. Sí, uno nota la diferencia.

La cerradura de la puerta del frente de la casa de su padre le había recordado la huella del pulgar.

En ese momento, Jon decía

-"Hasta aquí vas bien". -Parecía estar más o menos de pie (la habitación estaba en penumbras, de modo que la cabeza y las manos eran invisibles) más o menos solo.

-Sí, confío en ti. No tengo mucho para elegir -añadió en la alacena de la mansión de su padre. De pronto la voz tuvo un tono diferente-. Mira, voy a

confiar en ti; con una parte de mí, sin embargo. He estado enjaulado durante casi cinco años, por algo estúpido que hice, y por algo que, por más que me empeñe, no puedo convencerme de que fue culpa mía. No quiero decir que haya que culpar a Uske. Pero una circunstancia al azar, y todo lo demás... Lo que quiero decir es que me hace desear mucho más estar afuera. Quiero ser libre. Casi me matan al tratar de escapar de las minas. Y un par de personas puede haber muerto ayudándonos. De acuerdo, ustedes me sacaron de esa tumba de acero inoxidable de la barrera de radiación. Por eso, gracias. De verdad. Pero todavía no soy libre. Y todavía quiero salir, más que cualquier otra cosa en el mundo. Seguro, ya sé que ustedes quieren que yo haga algo, pero no entiendo. Dicen que me lo dirán pronto. De acuerdo. Pero todavía me están molestando, de modo que todavía no soy libre. Si lo que tengo que hacer es obedecerlos, lo haré. Pero les advierto. Si veo otra grieta en la pared, otra luz, sacaré las garras y me abriré paso y al diablo con ustedes. Porque mientras están allí, todavía soy un prisionero.

De pronto se hizo la luz en la despensa. La expresión del rostro de Jon pasó de la burla de sus últimas palabras al miedo. Estaba de pie detrás de un armario alto en el que se guardaba la porcelana. Saltó contra la pared. Quienquiera que fuese que hubiese entrado, mayordomo o proveedor, estaba oculto del otro lado. Una mano rodeó el borde del armario, buscando el picaporte. La mano era ancha, con pelos negros y ostentaba un anillo de bronce con una incrustación irregular de vidrio azul. Cuando la puerta se abrió, la mano desapareció de la vista. Se oía ruido de fuentes, la vajilla deslizándose por estantes de plástico y una voz; "Ya está bien. Lleven ésta". Luego un gruñido y el ruido de la traba al cerrarse la puerta.

Un momento después la luz y la cabeza y las manos de Jon Koshar desaparecieron. Cuando dio un paso adelante miró la alacena, las puertas, los armarios. La familiaridad le hizo daño. Había una puerta que llevaba a la cocina principal. (En una ocasión había arrebatado una fruta de kharba de la mesa de la cocina y echado a correr, mientras detrás de él caía contra el piso una ensaladera de madera. El sonido lo hizo girar sobre sí mismo, a tiempo para sorprender el ceño fruncido del cocinero y para ver las pálidas migajas de lechuga esparcidas sobre la baldosa. La ensaladera seguía dando vueltas. Tenía 9 años de edad). Se dirigió lentamente por el corredor en dirección al comedor. En la sala había una mesa de madera roja con una escultura de formas libres, con varillas
de aluminio y esferas de vidrio. Eso no le resultaba familiar. No la mesa, la escultura. (Y un ligero reflejo a lo largo de la curva de cristal le trajo a la memoria el recuerdo de un florero de cerámica azul. La superficie lustrosa tenía una miríada de resquebrajaduras. Era cilíndrico, derecho y viraba hacia una boca pequeña, ligeramente descentrada. La madera roja pulida detrás del turquesa formaba una combinación que resultaba casi demasiado opulenta, demasiado sensual. Él había roto el florero. Lo había roto en un momento de sorpresa, cuando su hermanita se precipitó sobre él, la niña con el cabello negro como el suyo, sólo que más, diciendo: "¿Qué estás haciendo, Jon?" y él se había dado vuelta de un salto, y allí estaban los fragmentos del florero sobre el piso, como un montón de hojas quebradizas y brillantes. Recordaba que, extrañamente, su primera reacción había sido de sorpresa al descubrir que el barniz cubría sólo el exterior de la cerámica. Tenia catorce años.) Se dirigió al comedor de la familia y entró. Al estar

habilitado el salón de baile, nadie vendría aquí. Entrar en la habitación era como penetrar en un refugio de grillos, el sutil tsk-tsk de cientos de relojes, repetido una y otra vez, sobreponiéndose, mezclándose, sin ritmo claro ni discernible. Todas las repisas estaban llenas con la colección de cronómetros de su padre. Miró los relojes de la repisa que estaba al nivel de sus ojos. La última vez que había estado en esa habitación estaban en la repica de abajo. La luz que llegaba desde la puerta ponía semicírculos en las esferas, algunos del tamaño de la uña de su dedo meñique, otros más grandes que su cabeza. Las manecillas eran invisibles, los engastes (en su recuerdo iban desde el oro simple hasta la plata trabajada. Uno estaba engastado en una glorieta submarina en miniatura con conchillas de pedrería y ramas de coral) estaban en penumbras. Debe de haber muchos relojes nuevos después de cinco años, pensó. Cuántos reconocería si prendía la luz. (Cuando tenía dieciocho años, había estado en esa habitación y había examinado la punta delgada y doble de una espada flamígera. La luz de la habitación estaba apagada, y cuando él apretó el botón de la empuñadura y saltaron las chispas, en los relojes que estaban en la pared se habían encendido lunas crecientes de luminosidad. Mas tarde en el palacio real, con la misma hoja, el mismo miedo sordo y súbito del descubrimiento se había coagulado en pánico, el pánico en una embolia de confusión, la confusión nuevamente en una metástasis del miedo. El miedo lo había entumecido, así que cuando trató de correr por la sala abovedada, tenía los pies demasiado pesados; ya que cuando tropezó contra la estatua, cuando esquivó al guardia que lo perseguía, cuando hizo oscilar la aguja blanca y la carne del guardia se desintegró con un silbido -un momento de sangre que brotaba a chorros bajo una llama pálida-, casi inmediatamente se sintió exhausto. Se lo llevaron fácilmente.) Torpe, pensó. No con los dedos (él había arreglado muchos de esos relojes que su padre adquiriera en distintos grados de reparación) sino con la mente. Sus emociones no eran claras y definidas, sino graciosos dardos de enojo o miedo que caían sobre él sin un objetivo o una causa claros. Disgusto e incluso amor, cuando lo había sentido (la escuela era algo grande; la profesora de historia muy buena... la escuela era ruidosa; los chicos eran traviesos y no se preocupaban por nada. Su cotorrita azul era delicada y hermosa; le había enseñado a silbar... desde entonces siempre había migajas en el fondo de la jaula; cambiar el papel era un fastidio) eran difusos, prontos a metamorfosearse el uno en el otro.

Luego había pasado cinco años en prisión. Y la primera sensación punzante le atravesó la mente, tan punzante como el resorte desenrrollado de un reloj, tan punzante como las joyas en un aro de veneno. La libertad era deseo, dolor, agonía. Los planes para escapar habían sido intricados, aunque sutiles como las grietas sobre el barniz azul de la cerámica. El hambre de evasión era una mano contra su estómago y mientras tres de ellos, finalmente, esperaban bajo la lluvia junto a los escalones, la mano había apretado insoportablemente. Luego...

Luego, con esa punzada, ¿qué lo había hecho perder a los demás? ¿Por qué había caminado en dirección equivocada? ¡Torpe! ¡Y él había querido librarse de eso! Ahora se preguntaba si era de eso que había querido librarse mientras farfullaba con los guardias de la prisión, se ahogaba con la comida y no podía comunicar el escarnio. Luego, en el horizonte, el reflejo de algo más pálido que la aurora, más mortífero que el mar, una gasa vacilante

detrás de las colinas. Cerca de él había esqueletos de árboles antiguos. Parecía como si a la tierra le hubieran arrojado desprolijos puñados de suciedad negra, sin respetar arbustos ni pisadas. Junto a un peñasco y bajo un leño caído corría un hilo de agua que atrapaba la luz. Alzó la vista. Sobre el horizonte, contra las líneas de luz, como cortada., no, como arrancada de papel carbónico, se veía la silueta de una ciudad. Contra la bruma perlada se alzaba torre tras torre. Una red de caminos atravesaba las espiras. ¡Telphar!

Entonces descubrió el hilo de metal que partía desde la ciudad, en su misma dirección pero virando a la derecha. Pasaba a media milla de distancia de donde se encontraba él y desaparecía en el borde de la jungla que se extendía por detrás. ¡Telphar! Había recordado el nombre como si fuera una señal adherida a su conciencia con resortes. ¡La radiación! Fue la segunda cosa en la que pensó. Una vez más el nombre de la ciudad se agitó en su mente. ¡Telphar! La muerte segura, absolutamente segura por la que había pasado, le apretó las entrañas como un puño. Era como si el nombre resonara dentro de su cráneo. Entonces se detuvo. Porque se dio cuenta de que había escuchado algo. ¡Una... una voz!: El Señor de las Llamas. Lo escuchó con total nitidez...

Había comenzado la música. La oía llegar desde el salón de baile. Por entonces la fiesta ya habría empezado. Miró para afuera, hacia la sala. Un individuo con delantal y una bandeja vacía que no contenía más que migajas se acercó a él.

-Discúlpeme, señor -dijo el hombre con delantal-. Los invitados no deben estar en esta parte de la casa.

-Estaba tratando de encontrar el... -Jon tosió.

-Oh. Por supuesto. Entre en el salón de baile y tome por la izquierda de la sala. Es la tercera puerta.

-Gracias -Jon sonrió y caminó hacia el corredor. En la entrada del salón de baile había una glorieta alta, en arco, con pequeñas mesas blancas repletas de bandejas con huevas de pescado sobre anillos de pan tostado, carne blanca, carne roja, carne oscura de pescado convertida en pastelillos, cortada como estrellas, tiras de filet trabajadas como conchas marinas, langostinos dorados y crías de mero rellenas.

Una orquesta de diez instrumentos de viento -tres radiolines, un theremin y seis caracolas trompeta de variados tamaños- tocaba desde el tablado música lenta. Los escasos invitados parecían perdidos en el salón. Jon pasó entre ellos.

Por todas partes había fuentes de acero que vomitaban líquido azul o rosado sobre montones de hielo molido. En el borde de cada fuerte había una pequeña repisa con vasos. Jon tomó uno, lo llenó y siguió caminando mientras bebía.

El altoparlante anunció la llegada del señor Quelor Da y su comitiva. Todas las cabezas se volvieron y un momento después el brillo, la seda verde y una red azul en lo alto de la escalera de anchos peldaños de mármol se resolvieron en cuatro damas y sus escoltas.

Jon echó una mirada al balcón que rodeaba el segundo piso. Un caballero de baja estatura, con un severo traje azul se dirigía a lo alto de la escaleras que se extendían hacia el salón de baile con la gracia y la forma aproximada del ala de un cisne. El caballero bajó precipitadamente por la pálida cascada.

Jon bebió el contenido de su vaso. Era dulce por la combinación de los sabores de doce frutos, pero detrás de la lengua le quedó un regusto amargo de alcohol. El caballero pasó apresuradamente.

¡Padre! El impacto fue igual al reconocimiento de Telphar. El cabello era mucho menos espeso de lo que había sido cinco años atrás. Él estaba mucho más pesado. Su... padre... estaba ya del otro lado del salón controlando a los mozos. Jon irguió los hombros y soltó la respiración. Era la familiaridad, no el cambio, lo que hacía daño.

Pasó algún tiempo antes de que la habitación se llenará. Un huésped que llamó la atención de Jon fue un joven pelirrojo con uniforme militar y un aspecto taurino que normalmente se asocia a hombres mayores. Sobre el hombro tenía una insignia de mayor. Jon lo observó durante un rato, simpatizando con las miradas ocasionales que le decían qué fuera de lugar se sentía el joven. No bebía ni comía, sino que se paseaba junto a los peldaños del balcón. Esperando, pensó Jon.

Cuando el salón estuvo respetablemente concurrido, Jon ya había intercambiado unas pocas palabras con el soldado (Jon: -Una hermosa fiesta, no le parece? / Soldado, confundido: -Sí, señor./ Jon: -Creo que la guerra nos preocupa a todos./ Soldado: -¿La guerra? Sí./ Entonces apartó la mirada sin deseos de seguir hablando). Ahora Jon estaba cerca de la puerta. De pronto el
altoparlante anunció: "La Comitiva de Su Majestad Real, el Rey".

Los trajes de fiesta se rozaron, se alzaron las voces, la gente se volvió y se apartó de la entrada. La comitiva del rey, él mismo y una mujer alta, eléctrica, pelirroja, obviamente mayor que él en unos cuantos años, aparecieron en lo alto de los seis escalones de mármol. Mientras bajaban, la gente se inclinaba. Jon bajó la cabeza, pero no antes de darse cuenta de que la escolta del rey le había dirigido una mirada muy directa. Alzó nuevamente la vista, pero ahora la cola de esmeraldas del vestido barría el espacio descubierto que habían dejado los invitados. La insignia de la capa le dijo a Jon que se trataba de una duquesa.

El viejo Koshar se acercaba a la nave entre la multitud que hacía reverencias. Se inclinó. El joven pálido lo hizo erguir y se dieron la mano. Koshar comenzó con calidez:

-Su Majestad...

-Señor -respondió el rey.

-No lo veo desde que era un niño que iba a la escuela.

El rey sonrió un poco débil. Koshar se apresuró.

-Quisiera presentarle a mi hija, ya que la fiesta es para ella. Se llama Clea -el anciano se volvió a los escalones del balcón y los ojos de la gente siguieron la misma dirección.

Estaba de pie en el peldaño más alto, con un vestido de seda blanca de paños superpuestos, sostenidos con broches de perlas. El cabello negro caía como una cascada sobre un hombro, trenzado y entretejido con una cadena de plata y perlas enhebradas. Las manos a los costados del cuerpo, bajó las escaleras. La gente retrocedió; ella sonrió y siguió avanzando. Mientras su hermana llegaba al lado de su padre, Jon observaba.

-Mi hija, Clea -dijo el viejo Koshar.

Koshar alzó la mano izquierda y los músicos comenzaron con la introducción a la danza en la que se cambia de pareja. Jon vio que el rey tomaba a Clea en sus brazos. Vio que el soldado se acercaba a ellos, luego se detenía. Una mujer con un vestido gris humo le obstruyó de pronto la visión, le sonrió y dijo: "¿Baila?". Él le devolvió la sonrisa para evitar otra expresión y se encontró en sus brazos. Aparentemente el soldado tuvo una experiencia similar porque al primer cambio de música vio que éste también estaba bailando. A unas pocas parejas de distancia, Clea y el rey giraban y giraban, blanco y blanco, castaño y rubio. Los pasos de baile regresaron a Jon como los versos de un poema: una vuelta, inclinación, separarse y unirse otra vez. Cuando la muchacha hace ese paso extraño y su compañero se inclina por un momento, ella está fuera de la vista, entonces el vestido de fiesta se desplaza. Sí, exactamente así. El día entero había sido de recuerdos, cinco años olvidados y reaprendidos con una intensidad que lo golpeaba. La música indicó que debían cambiar de compañera. Los vestidos de fiesta giraron convertidos en flores momentáneas y Jon se encontró bailando con la mujer de pelo castaño que había bailado con el soldado un momento antes. Al mirar a la izquierda, vio que el soldado se las había ingeniado de alguna manera para bailar con Clea. Acercándose, pudo oír:

-No pensé que fueras a venir. Estoy tan contenta -decía Clea.

-Pude haber venido antes -dijo Tomar-. Pero estarías ocupada.

-Podrías haberte dejado ver.

-Cuando llegué aquí no pensé que tendríamos ocasión de conversar.

-Bueno, ahora tenemos una. Pero en un momento cambiaremos de pareja ¿Qué pasó con los aviones de reconocimiento?

-Todos destruidos. No se divisaba nada. Esta mañana regresaron a la base casi antes que yo. El informe era nada. ¿Qué pasa con el picnic, Clea?

-Podemos hacerlo el...

Un estallido de música indicó el cambio. Jon no escucho el día, pero esperaba ver girar a su hermana entre sus brazos. En cambio (vio que el vestido blanco pasaba junto a él como un destello) una iridiscencia esmeralda le atrapó la vista y luego una llamarada de caoba. Estaba bailando con la duquesa. Era casi de su altura y lo observaba con una sonrisa que oscilaba entre la amistad y un conocimiento cínico. Se desplazaba con facilidad y él acababa de recordar que tendría que devolver una sonrisa de educación cuando la música indicara el cambio. En el instante anterior a que se alejara girando, escuchó que ella decía, muy claramente:

- Buena suerte, Jon Koshar.

Su nombre lo hizo detenerse y se quedó observándola. Cuando regresó a su nueva compañera, con la sorpresa en el rostro, tenía la mirada en blanco. Era Clea. Tendría que haber bailado, pero permanecía quieto. Cuando ella lo miró para descubrir el porqué, inmediatamente contuvo la respiración. Al principio Jon pensó que su cabeza había desaparecido nuevamente. Luego, cuando el impacto y la sorpresa fueron tan reales como los ojos desorbitados, la boca abierta, Jon susurró:

-¡Clea! -y ella se tapó la boca con la mano.

¡Torpe! pensó, y la palabra fue un dolor súbito en el pecho y en las manos. Abrazarla. Bailar. Cuando extendía las manos la música cesó y por el altoparlante se oyó la lánguida voz del rey.

-Damas y caballeros, ciudadanos de Toromon, acabo de recibir un mensaje del Concejo que requiere que os lo anuncie como a amigos y a individuos leales. El Concejo ha requerido mi consentimiento para hacer la declaración oficial de guerra. Una reunión de emergencia a causa de súbitos acontecimientos ha hecho imperativo que comencemos una acción inmediata contra nuestros enemigos más hostiles del otro lado de la barrera. ¡Por lo tanto, ante todos ustedes, declaro que el imperio de Toromon está en guerra!

En el silencio, Jon buscó a su hermana, pero había desaparecido. Alguien cerca del micrófono gritó:

-¡Que viva el Rey!

El grito se repitió. Los músicos comenzaron a tocar otra vez, las parejas se encontraron y la conversación y las risas se alzaron en los oídos de Jon como olas, como rocas despeñadas, como los dientes de la cortadora atrapando la superficie de la piedra...

Jon sacudió la cabeza. Estaba en su propia casa. Sí, su habitación estaba en el segundo piso y podía subir y acostarse. Y junto a la cama estaría la mesa

de luz de cobre y el ejemplar de Delcord el ballenero, que había estado leyendo la noche anterior...

Había abandonado el salón de baile y estaba a mitad de camino del corredor cuando recordó que esa habitación quizá ya no era más la suya. Y la noche anterior eran cinco años atrás. Estaba de pie frente a la puerta de uno de los salones que se abrían a la sala. La puerta estaba entreabierta y desde ella se oía la voz de una mujer:

-¿No puedes hacer nada respecto de su índice de refracción? Si va a hacer algún trabajo de noche, no puedes tenerlo apagándose y encendiéndose como una luz intermitente -se produjo un silencio. Luego-: ¿Bueno, no crees por lo menos que deberían haberle enseñado algo más de lo que sabe? De acuerdo. Yo pienso lo mismo, especialmente ahora que la guerra ha sido declarada oficialmente.

Jon respiró hondo y entró.

Cuando ella se volvió, la cola del vestido esmeralda giró sobre el verde más apagado de la alfombra. El brillante cabello, suelto con excepción de dos peinetas de coral, le cubría los hombros. La sonrisa mostraba una ligera sorpresa. Muy ligera.

-¿Con quién estabas hablando? -preguntó Jon Koshar.

-Amigos comunes -dijo la duquesa. Estaban solos en la habitación.

Al cabo de un momento, Jon dijo:

-¿Qué quieren que hagamos? Es traición, ¿verdad?

Los ojos de la duquesa se achicaron.

-¿Hablas en serio? -preguntó-. Llamas traición a esto, evitar que esos idiotas se destruyan a sí mismos, que se consuman en una guerra con un enemigo sin nombre, algo tan poderoso que si se considerara la posibilidad de una lucha real podríamos resultar destruidos con un pensamiento. ¿Recuerdas quién es el enemigo? Has oído su nombre. En Toromon hay sólo tres personas que lo han oído, Jon Koshar. De modo que somos los únicos que podemos decir que somos totalmente responsables. Esta responsabilidad es para Toromon. ¿Tienes idea del estado en que se encuentra la economía? Tu propio padre es responsable de una buena parte de ella, hasta el punto de que si cierra los acuarios el pánico que causaría sería igual a la destrucción que causa el hecho de estar abiertos. El imperio se precipita como una bola de nieve hacia el caos y en la guerra lo recibiremos como pago. ¿A tratar de evitarlo le llamas traición?

-Como sea que lo llamemos, no tenemos mucho para elegir, ¿verdad?

-Con gente como tú alrededor, no estoy segura de que no sea una mala idea.

-Mira -dijo Jon-. Estuve enjaulado en la prisión de la mina hasta no sé qué punto durante cinco años. Todo cuanto quería era salir. Todo cuanto quería era ser libre. Ahora, estoy de regreso en Toron y todavía no soy libre. Pero todavía quiero serlo.

-Primero de todo -dijo la duquesa-, si no fuera por ellos no serías todo lo libre que eres ahora. Después de un día de ropas limpias y de caminar al aire puro, si no te pones en el camino de lo que deseas, será mejor que yo cambie algunas de mis ideas. Yo también quiero algo, Jon Koshar. Cuando tenía diecisiete años trabajé un verano en el acuario de tu padre. Pasaba nueve horas de mi día con una cuchara de metal del tamaño de tu cabeza raspando el fondo de los tanques. Yo sacaba los residuos que ni siquiera los filtros de vidrio más delicados podían sacar. Después de eso estaba demasiado cansada como para hacer algo más que leer. Y leía. La mayor parte era sobre la historia de Toromon. Leí muchísimo sobre las primeras expediciones al continente. Luego, en el primer invierno que pasé fuera de la escuela, viví en una villa pesquera en la orilla del bosque, estudiando lo que podía sobre las costumbres de la gente del monte. Hacía bosquejos de sus templos, registraba en mapas sus movimientos nómadas. Incluso escribí un artículo sobre la arquitectura de sus refugios temporarios que se publicó en el periódico de la Universidad. Jon Koshar, lo que le deseo a Toromon es que sea libre, libre de sus propias ataduras. Quizás al provenir de una familia real, yo tenga más posibilidad de acceder emocionalmente a la historia de Toromon. Incluso en sus mejores momentos, esto es todo para lo que sirve la aristocracia. Pero yo quería algo más que emociones, quería saber cuánto valía. Entonces salí y miré. Y descubrí, descubrí que valía mucho. De alguna manera Toromon debe agarrarse de la nuca y darse un sacudón. Si yo tengo que ser la parte que da el sacudón, lo haré. Eso es lo que quiero, Jon Koshar, y lo quiero tan ardientemente como tú quieres tu libertad.

Jon permaneció un momento en silencio. Luego dijo:

-Para conseguir lo que queremos, tenemos que hacer más o menos lo mismo. De acuerdo. Cooperaré. Pero tienes que explicarme algunas cosas. Hay muchas que todavía no entiendo.

-Muchas que ambos no entendemos -dijo la duquesa-. Pero sabemos esto: no son de la tierra, no son humanos y vienen desde muy lejos. Inconcebiblemente lejos.

-¿Qué harán?

-Nos ayudarán a ayudar a Toromon si los ayudamos. Cómo, no lo tengo claro. Ya hemos arreglado el secuestro del Príncipe Let...

-¿Secuestro? ¿Pero por qué...?

-Porque si salimos de esta, Toromon va a necesitar un rey fuerte. Y creo que estarás de acuerdo en que mi sobrino Uske nunca va a ser eso. Además, está enfermo y bajo una gran tensión... quien sabe qué podría ocurrir. Incluso, los grupos subterráneos de malis están apareciendo por todas partes para minar cualquier cosa que el gobierno decida hacer una vez que la guerra se

ponga en marcha. Ahora estoy preparando algo. Let está llegando a un lugar en el que puede convertirse en un hombre fuerte, con un entrenamiento adecuado, de modo que si a Uske le ocurre algo, él puede regresar y habrá alguien para guiar al gobierno a través de sus crisis. Después de eso, cómo vamos a ayudarlos, no estoy segura.

-Ya veo -dijo Jon-. De todas maneras, ¿cómo te agarraron? Y además, ¿cómo me agarraron a mí?

-¿A ti? Se pusieron en contacto contigo justo en las afueras de Telphar, ¿no es verdad? Tenían que reacomodar la estructura molecular de algunas de tus proteínas más delicadas y hacer un registro general de tu estructura sub-cristalina de modo que la radiación no pudiera matarte. Eso, desafortunadamente, tuvo el desagradable efecto colateral de disminuir tu índice de refracción un par de puntos, que es la razón de que sigas palideciendo en la penumbra. En realidad, conseguí que
ellos me dieran una acabada descripción de tu fuga. Me mantuvo en vilo durante toda la noche. ¿Cómo se pusieron en contacto conmigo? De la misma manera que contigo, súbitamente y con aquellas palabras: El Señor de las Llamas. Ahora, tu primera asignación será...

En otra habitación, Clea estaba sentada en una banqueta de terciopelo azul con las manos sobre la falda. Súbitamente éstas se separaron como resortes, se sacudieron junto a la cabeza y se unieron otra vez.

-Tomar -dijo-. Por favor, discúlpame, pero estoy descompuesta. Fue tan extraño. Cuando estaba bailando con el rey me dijo que esta mañana había soñado con mi hermano. No pensé nada. No era más que una conversación sin importancia. Luego, después de cambiar de pareja por tercera vez, ahí estaba yo, contemplando una cara que hubiera jurada era la de Jon. Y el hombre no estaba bailando. Sólo estaba observándome. Luego dijo mi nombre. Tomar, era la misma voz que Jon solía usar cuando yo me lastimaba y él quería ayudar. Oh, no pudo haber sido él, porque era demasiado alto y demasiado delgado y la voz era demasiado profunda. Pero era muy parecido a lo que Jon podría haber sido. En ese momento fue cuando el rey hizo el anuncio. Me di vuelta y corrí. ¡Todo el asunto parecía... psicótico! Oh, no te preocupes. Estoy perfectamente bien, pero aunque sé que realmente no hubiera podido ser él, me hizo enervar. Y eso, más lo que estuvimos hablando esta mañana...

- ¿Qué? -preguntó Tomar. Estaba de pie junto a la banqueta, en el invernadero azul, las manos en los bolsillos, escuchando con paciencia animal.

-Guiar a todos los estudiantes de ciencia para la causa de la guerra. Quizá la guerra sea buena, Tomar, pero yo estoy trabajando en mi propio proyecto. De una vez por todas, lo que más quiero en el mundo es que me dejen sola para trabajar en él. Y te quiero a ti, y quiero ir de picnic. Estoy cerca de la solución y tener que dejar y trabajar en blancos de bombas y trayectoria de misiles... Tomar, las matemáticas abstractas tienen una belleza que no debería empañarse con esta clase de cosas. Además, quizá tú te vayas o yo

me vaya. Eso tampoco parece justo. Tomar, ¿alguna vez tuviste cosas que deseabas, las tuviste en tus manos y de pronto se produjo una situación que hizo que pareciera que podrían volar de tus manos para siempre?

Tomar se frotó el cabello y sacudió la cabeza.

-Hubo una época, una vez, cuando yo quería cosas. Cuando era un muchacho y estaba en el continente quería comida, trabajo y una cama de la cual las cuatro patas tocaran el piso. Entonces vine a Toron. Y las conseguí. Y te conseguí a ti, y entonces creo que ya no hay nada más que querer, no con tanta intensidad -sonrió y la sonrisa hizo que ella sonriera.

-Supongo... -comenzó-. Creo que era porque se parecía muchísimo a mi hermano.

-Clea -dijo Tomar-, en cuanto a tu hermano, no iba a decirte esto hasta más tarde. Quizá no debería decirlo ahora. Pero tú estabas preguntando si enviarían o no al ejército a los prisioneros; y si al final del servicio, quedarían libres. Bueno, hice algunas averiguaciones. Van a hacerlo, y yo envié una recomendación para que tomaran a tu hermano entre los primeros. En tres horas tuve un memorándum del comisionado del penal. Tu hermano está muerto.

Lo miró con fuerza, tratando de mantener los ojos abiertos y de evitar que el nudo que le oprimía la garganta se resolviera en un sollozo incontenible.

-Ocurrió anoche -continuó Tomar-. Él y dos más intentaron escaparse. Han devuelto dos de los cuerpos. Y no hay posibilidad de que el tercero haya podido escapar con vida.

El nudo se transformó en un sollozo involuntario. Se sentó un momento. Luego dijo:

-Regresemos a la fiesta. -Se puso de pie y se dirigieron a la puerta. Clea sacudió la cabeza y abrió la boca. Luego la cerró y siguió adelante.- Sí, estoy contenta de que lo hayas dicho. No sé. Tal vez era una señal... una señal de que estaba muerto. Tal vez era una señal... -se detuvo-. No, no lo era. No era nada. No. -Bajaron los escalones que llevaban al salón de baile una vez más. La música era muy, muy alegre.

CAPÍTULO CINCO

Unas pocas horas antes, Geryn le dio a Tel un fruto de kharba. El muchacho se llevó el fruto manchado alrededor de la posada, buscando a Alter. Al no poder encontrarla, se encaminó a la calle y comenzó a subir la cuadra. Un gato con una mueca de rabia en los dientes grises se le atravesó en el camino. Más adelante vio una lata de basura sobrecargada con una filigrana de huesos de pescado que adornaban la pila multicolor. Por encima de los techos las torres de Toromon palidecían en azul, con súbitos rectángulos de luz amarilla proveniente de las ventanas.

Al caminar una cuadra más, vio a Rara parada en una esquina deteniendo a los ocasionales transeúntes. Tel empezó a acercarse, pero ella lo vio y le hizo señas para que se alejara. Confundido, se acercó al umbral de una puerta y se sentó a observar. Mientras rasgaba con la uña del pulgar la cascara de la naranja y el jugo manaba del tajo, oyó que Rara le decía a un desconocido:

-Su fortuna, señor. Le exhibiré su futuro como reflejado en un espejo de plata... -el desconocido pasó. Rara se volvió hacia una mujer que pasaba

junto a ella-. Señora, un fragmento de una unidad le desplegará su vida como un tapiz dibujado en el cual podrá trazar los designios de su destino. Sólo un cuarto de unidad... -La mujer sonrió, pero sacudió la cabeza.- Parece que viniera del continente -gritó Rara detrás de ella-. Bueno, buena suerte en este Nuevo Mundo, hermana, la Isla de la Oportunidad. - Inmediatamente se volvió hacia otro hombre, éste con uniforme verde oscuro.- Señor, -la oyó comenzar Tel. Luego hizo una pausa mientras le inspeccionaba el traje-. Señor -continuó-, por sólo una unidad le destejeré los hilos de su destino del telar de la eternidad. ¿Le gustaría conocer la prosperidad que le aguarda en el camino? ¿Cuántos hijos...?

-Vamos, señora -dijo el hombre de uniforme-. Decir aquí la fortuna es ilegal.

-¡Pero yo tengo mi licencia! -declaró Rara-. Soy una genuina clarividente. Un segundo... -hundió las manos en las costuras y bolsillos de sus harapos grises.

-No interesa, señora. Vayase -le dio un empujón. Rara se movió.

Tel arrancó la tira de cáscara de la naranja, chupó el jugo de la herida amarilla y siguió a Rara.

-Hijo de una anguila eléctrica -dijo Rara cuando Tel la alcanzó-. Intenta vivir decentemente, inténtalo y verás.

-¿Quiere un mordisco?

Rara sacudió la cabeza,

-Estoy demasiado enojada. -Regresaron a la posada.

-¿Sabe dónde está Alter? -preguntó Tel-. Estuve buscándola.

-¿No está en la posada?

-No pude encontrarla.

-¿Miraste sobre el techo? -preguntó Rara.

-Oh -dijo Tel-. No. -Entraron en la taberna y Tel subió las escaleras. Fue recién cuando estuvo a mitad de camino del segundo piso y luego de haber destrabado la puerta del cielo raso que se preguntó por qué Alter estaba en el techo. Cerró nuevamente la portezuela y se lanzó sobre el borde polvoriento.

La cabellera blanca de Alter colgaba hacia abajo de un caño que iba desde una chimenea de piedra hasta otro caño sujeto firmemente al techo por un aro de metal.

-¿Qué estás haciendo? -preguntó Alter.

-Hola -le sonrió desde abajo-. Estoy practicando.

-¿Practicando qué?

Estaba doblada sobre el caño. Se agarró de una barra próxima a la cintura y dio un salto hacia adelante; los pies se apoyaron suavemente sobre el piso, las piernas perfectamente derechas.

-Mis ejercicios -dijo-. Soy acróbata. -No se soltó de la barra, pero llevó las piernas hacia arriba, de modo que los tobillos casi le tocaban las manos, y luego les dio nuevamente un envión hacia abajo, terminando la pirueta parada sobre la barra. Entonces revoleo nuevamente las piernas (Tel saltó porque parecía que iba a caerse) y se movió hacia arriba y hacia abajo, hacia adelante y hacia atrás, se arqueó y finalmente descendió en un círculo gigante. Describió un nuevo círculo, se dobló, se tomó una rodilla, cambió de dirección y de pronto se sentó sobre la varilla.

-¡Ey! -dijo Tel-. ¿Cómo lo hiciste?

-No es más que. ritmo -dijo Alter. Súbitamente arrojó la cabeza hacia atrás y describió otro círculo alrededor de la barra, agarrada de las manos y de una rodilla. La rodilla se aflojó y los pies saltaron a tierra-. Sólo tienes que tener fuerza suficiente para sostener tu propio peso. Quizás un poco más fuerte. Pero el resto es sólo ritmo.

-¿Quieres decir que yo podría hacer eso?

-¿Quieres intentar algo?

-¿Qué, por ejemplo?

-Ven. Agárrate de la barra.

Tel se acercó y lo hizo. Apenas podía mantenerse firme sobre el techo alquitranado.

-De acuerdo -dijo.

-Ahora impúlsate hacia arriba y engancha la rodilla izquierda en la barra.

-¿Así? -dio un salto, fracasó, intentó otra vez.

-Cuando muevas las piernas, arroja la cabeza hacia atrás -fueron las instrucciones de Alter-, Mantendrás mejor el equilibrio.

Lo hizo, se impulsó hacia arriba, pasó el pie entre los brazos y de pronto sintió que la barra se deslizaba por la curva de la rodilla. Se sostenía de la rodilla izquierda y de las manos.

- ¿Ahora qué hago? -preguntó, balanceándose de un lado al otro.

Alter le apoyó la mano en la espalda para detenerlo.

-Ahora estira la pierna derecha y deja los brazos medianamente rígidos. -Tel obedeció.- Ahora balancea la pierna derecha arriba y abajo, tres veces, y luego hazlo con verdadera fuerza. -Tel levantó la pierna, la dejó caer y comenzó a hacerla oscilar por debajo de la viga.- Manten derecha la pierna -dijo Alter-. No la dobles o perderás el impulso.

Al tercer impulso se dejó ir (con los músculos de los muslos, no con las manos) y repentinamente el cielo se deslizó por encima de él mientras el cuerpo se alejaba del punto en que había balanceado la pierna.

-Uuuuhhh -dijo y sintió la muñeca firme. Estaba sentado en la barra con una pierna arriba. Miró a Alter desde lo alto-. ¿Es esto lo que tenía que ocurrir?

-Seguro -dijo ella-. Esa es la forma de montar la barra. Se llama montar con la rodilla.

-Me parece que es más fácil que escalar una montaña. ¿Ahora qué hago?

-Prueba esto. Estira los brazos. Y asegúrate de que permanezcan estirados. Ahora estira la pierna hacia atrás -mientras Tel probaba sintió la mano de Alter sobre su rodilla, ayudándolo

-Eh... -dijo-. Pierdo el equilibrio.

-No te aflijas -dijo Alter-, yo te sostengo. Deja esos brazos derechos. Si no obedeces mis instrucciones se te llenarán los sesos de alquitrán. Dos metros no es mucha altura, pero la cabeza primero es algo molesto.

Tel apretó los codos.

-Ahora, cuando cuente tres, impulsa la pierna que te estoy sosteniendo hacia adelante y arroja la cabeza hacia atrás con toda la fuerza posible. Uno...

-¿Qué se supone que va a pasar? -preguntó Tel.

-Sigue las instrucciones -replicó Alter-. Dos...¡tres!

Tel impulsó la pierna y sintió que Alter le daba un empujón extra. Había planeado cerrar los ojos, pero lo que vio era demasiado interesante. El cielo y el techo se le acercaban, veloces. Luego iban desapareciendo, junto con el rostro de Alter (del revés), hasta que un instante después las torres azul pálido, todas apuntando en dirección contraria, le hirieron la vista. Enderezándose, salieron bruscamente de su campo de visión y Tel se encontró mirando derecho al cielo (había una estrella, la notó antes que se convirtiera en un meteoro fugaz), hasta que el cielo fue reemplazado por el techo y por la cara de Alter (ahora riendo) y una vez más todas las cosas recuperaron su lugar apropiado.

Con las manos se aferró de la barra. Cuando estuvo seguro de haberse detenido, se agachó y cerró los ojos.

-Mmmmm -dijo. La mano de Alter le sostenía la muñeca, con fuerza, y nuevamente estaba sentado encima de la barra.

-Acabas de hacer un doble círculo con la rodilla -dijo Alter-. También lo hiciste muy bien -entonces se rió-. Sólo que no tenía que ser doble. Te llevó el envión.

-¿Cómo bajo? -preguntó Tel.

-Con los brazos derechos -dijo Alter.

Tel estiró los brazos.

-Apoya esa mano aquí -palmeó la barra del otro lado de la pierna de Tel. Tel cambió la mano de lugar-. Ahora saca la pierna de la barra. -Tel llevó la pierna hacia atrás de modo que sólo se sostenía con las manos.- Ahora inclínate hacia adelante y rueda, si puedes, lentamente. -Tel rodó, sintió que la presión de la barra sobre la cintura cedía y un momento después los pies rozaban el alquitrán. Se soltó y se frotó las manos.

-¿Por qué no me dijiste lo que iba a suceder?.

-Porque entonces no lo hubieras hecho. Ahora que sabes que puedes, el resto será más fácil. En menos de tres minutos has aprendido tres ejercicios. Montar con la rodilla, doble círculo hacia atrás y desmontar hacia adelante. Está bien para un primer intento.

-Gracias -dijo Tel. Miró la barra horizontal-. Sabes, hacer estas cosas es realmente divertido. Quiero decir, en realidad uno no las hace. Uno hace cosas y luego ocurren solas.

-Tienes razón -dijo Alter-. No había pensado en eso. Quizás esa sea la razón de que un buen acróbata tiene que ser una persona que pueda relajarse y dejar que las cosas ocurran simplemente. Tienes que confiar tanto en la mente como en el cuerpo.

-Oh -dijo Tel-. Cuando subí aquí te estaba buscando. Quería darte algo.

-Gracias -sonrió ella apartándose de la frente un mechón de cabello blanco.

-Espero que no se hayan roto. -Tel buscó en los bolsillos y sacó un puñado de algo: había enhebrado caracoles en correas de cuero. Había tres abrazaderas, una más larga que la otra, y las conchillas estaban separadas entre sí por nudos diminutos.- Geryn me dio la correa y yo las junté esta tarde. Es un collar, ¿ves?

Alter se volvió mientras Tel le anudaba los extremos sobre la nuca. Luego se puso de frente, tocando el brillo anaranjado de una frágil cornucopia para pasar al azul pálido de otra.

-Gracias -dijo-. Muchas gracias, Tel.

-¿Quieres una fruta? -dijo Tel, mientras pelaba el resto de la esfera.

-Bueno -dijo Alter. Tel la partió y le dio la mitad, fueron hasta el borde del techo y se reclinaron sobre la balaustrada, mirando hacia la calle, abajo, y luego arriba, a los techos de las otras casas de la Olla del Diablo y a las torres que se oscurecían.

-¿Sabes? -dijo Tel-. Tengo un problema.

-Sin papeles de identificación, sin lugar a dónde ir. Debo decir que lo tienes.

-No es eso -dijo él-. Pero es una parte. Supongo que es una gran parte. Pero no es todo.

-¿Entonces qué es?

-Tengo que resolver qué quiero. Estoy aquí, en un lugar nuevo, sin forma de obtener algo por mí mismo. Tengo que fijarme una meta.

-Mira -dijo Alter, asumiendo la responsabilidad de la edad y de sus hábitos ciudadanos-. Tengo un año más que tú y todavía no sé dónde voy a ir. Pero cuando tenía tu edad, se me ocurrió que todo podía arreglarse por sí mismo. Lo único que debía hacer yo era esquivar la tormenta. Y eso es lo que estoy haciendo, y no he sido demasiado infeliz. Quizá sea la diferencia entre vivir aquí o en la costa. Pero aquí tienes que pasar mucho tiempo para encontrar la próxima comida. Al menos eso le pasa a la gente como tú y como yo. Si prestas atención a esto, muy pronto te encontrarás en la dirección correcta. Serás lo que tengas que ser, siempre que te des aunque sea media oportunidad.

-Como un gran salto acrobático, ¿eh? -dijo Tel-. Simplemente haces las cosas adecuadas y luego ocurren.

-Así es -dijo Alter-. Yo pienso así.

-Quizá -dijo Tel. La fruta de kharba estaba fresca, dulce como la miel, como la naranja y la pifia.

Un minuto después alguien los llamaba. Se alejaron de la balaustrada y vieron la cabeza blanca de Geryn que surgía de la puerta del techo.

-Bajen -ordenó-. He estado buscándolos por todas partes. Ya es hora.

Lo siguieron de regreso al primer piso. Tel vio que el gigante de las cicatrices seguía sentado a la mesa, las manos anudadas como martillos en reposo.

-Ahora, todos -llamó Geryn mientras se sentaba a la mesa. La gente se alejó de la barra con algo de renuencia. Geryn dejó caer sobre la mesa un manojo de hojas-. Acerqúense, todos -la primera hoja estaba cubierta por una elegante escritura y por un cuidado dibujo arquitectónico-. Este es el plan -las otras hojas eran iguales-. Los dividiré en grupos.

Miró al gigante que estaba del otro lado de la mesa.

-Arkor, tú tomas el primer grupo. -Eligió seis hombres más y tres mujeres. Se volvió hacia la acróbata de cabello blanco.- Alter, tú irás con el grupo especial -nombró a seis personas más. Tel estaba entre ellas. Se formó un tercer grupo que iba a ser dirigido por el propio Geryn. El grupo de Arkor era para trabajos de fuerza física. El de Geryn era de guardia y para mantener el camino libre mientras se llevaba al príncipe a la posada-. La gente del grupo especial ya sabe qué hacer.

-Señor -dijo Tel-, todavía no me lo ha dicho.

Geryn lo miró.

-Tienen que tomarte preso.

-¿Señor?

-Pasarás junto a los guardias y harás suficiente ruido para que te agarren. Luego, cuando estén ocupados contigo, entraremos por la fuerza. Como no tienes papeles, no podrán seguirte el rastro.

- ¿Debo permanecer prisionero?

-Por supuesto que no. Cuando los distraigamos te escaparás.

-Oh -dijo Tel. Geryn volvió a sus papeles.Mientras se revisaba el plan, Tel vio dos cosas: primero, la vastedad de investigaciones, información y atención a los detalles (hábitos de cada guardia: uno se iba al primer toque de la señal de cambio; otro esperaba un momento para intercambiar saludos con su reemplazante, un amigo de la época de la academia militar). Segúndo, vio la complejidad del plan. Había tantas entradas y salidas, engranajes que había que empalmar, movimientos a realizar en segundos, que Tel se preguntaba si todo podría salir bien.

Mientras se lo preguntaba, se encontró de pronto en camino, cada uno con un fragmento del plan fijo en la mente, nadie con un panorama demasiado claro de todo el conjunto. Los grupos iban a dividirse en subgrupos de dos o tres que luego se reencontrarían en lugares señalados alrededor del castillo. Tel y Alter se encontraron atravesando la ciudad con el gigante. Ocasionales luces callejeras rielaban sus sombras sobre el pavimento.

-¿Eres del bosque, verdad? -finalmente Tel le preguntó al gigante.

Éste asintió.

-¿Por qué has venido aquí? -preguntó Tel, tratando de entablar conversación mientras caminaban.

-Quería ver la ciudad -dijo Arkor, llevándose la mano a las cicatrices. Emitió un chasquido. Después de eso, nada.

El Primer Ministro Chargill daba su acostumbrado paseo vespertino por la normalmente desierta Avenida Oysture aproximadamente a la misma hora. Siempre llevaba con él un juego completo de llaves de las habitaciones privadas de la familia real. Esa noche, sin embargo, desde una calle lateral apareció un borracho haciendo eses y chocó con el anciano ministro. Un momento después, con profusión de disculpas, retrocedió, agachando la cabeza, las manos detrás del cuerpo. Cuando el borracho regresó a la calle lateral, dejó de tambalearse, sacó la mano de la espalda y en ella apareció un juego completo de llaves de las habitaciones privadas de la familia real.

El guardia que estaba encargado de controlar el sistema de alarma amaba las flores. Se lo podía ver (y se lo había visto) yendo al florista al menos una vez por semana en su tiempo libre. De modo que cuando la anciana con una bandeja de anémonas escarlatas se acercó a él y se las ofreció para que las observara detenidamente, no es de sorprender que el guardia inclinara la cabeza sobre la bandeja y se llenara los pulmones con ese aroma extraño, acre, mezcla de cáscara de naranja y viento marino. Cuarenta y siete segundos después, bostezaba. Catorce segundos después de esto, estaba sentado contra la pared, la cabeza colgando hacia adelante, roncando. A través del cerco podían verse dos figuras en la caja de alarma... y no había nadie para mirar.

En otra entrada al castillo, dos hombres convergieron sobre un muchacho con cabello negro y ojos verdes que estaba tratando de escalar el cerco.

-Eh, bájate de allí. Está bien, vamos. ¿Dónde están tus papeles? ¿Qué quieres decir con que no tienes ninguno? Ven con nosotros. Saca la cámara, Jo. Tendremos que fotografiarlo y mandar la fotografía a los Archivos Generales. Ellos nos dirán quién eres, muchacho. Ahora quédate quieto.

Detrás de ellos, una muchacha de pelo blanco salía de las sombras y trepaba el cerco en un momento. Los guardias no la vieron.

-Ahora quédate quieto, muchacho, mientras obtengo tu modelo retiniano.

Un grupo de agitadores, conducidos por un gigante, había comenzado a alborotar alrededor del palacio. Todavía no habían llegado a la casilla del guardia, pero el muchacho había escapado en la confusión. Un guardia, que usaba un uniforme talle diecisiete, quedó inconsciente por un golpe, pero nadie más resultó herido. Dispersaron a los agitadores, llevaron al guardia a la enfermería y se fueron. El doctor Wental lo vio en la sala de espera, luego lo dejó momentáneamente para buscar un talonario de informes de accidentes en la pieza de depósito que estaba del otro lado del edificio. (Hubiera podido jurar que diez minutos antes, cuando salió a comer un bocado, había visto una pila de formularios sobre el escritorio.) Cuando el médico regresó con el talonario, el soldado todavía estaba allí, sólo que completamente desnudo.

Un minuto después, un guardia desconocido, vestido con un uniforme talle diecisiete, saludaba al guardia que estaba junto al cerco y entraba.

Detrás del cerco, dos hombres desconocidos arrojaron una soga con un peso en uno de los extremos por encima de la cornisa de un tercer piso. Fallaron una vez, la aseguraron a la segunda y la dejaron colgando.

Un guardia con un uniforme talle diecisiete llegó a la sala del ala oeste del castillo, se detuvo ante una gran puerta doble con una corona de plata que indicaba la habitación de la Reina Madre; sacó de su capa un juego completo de llaves de las habitaciones privadas de la familia real y encerró a su majestad en su propia habitación. Hizo lo mismo en la puerta contigua con el Príncipe Let. Luego siguió su camino rápidamente.

Tel corrió hasta llegar a la esquina, dio vuelta y verificó el cartel de la calle. Era correcto. Se dirigió a una puerta y se sentó a esperar.

Al mismo tiempo, el Príncipe Let, preparándose para ir a dormir, y sin nada más que la camiseta, se
asomó a la ventana y vio a una muchacha de cabello blanco que colgaba cabeza abajo del otro lado de la persiana. La cara dada vuelta le sonrió. Luego las manos se unieron en el picaporte, hicieron algo, y los dos paneles de vidrio quedaron abiertos. La muchacha dio una vuelta rápida y súbitamente apareció agazapada sobre el borde de la ventana.

Let dio primero un manotón a la parte de abajo de su piyama y luego corrió hacia la puerta. Al no poder abrirla, giró rápidamente y se puso el pantalón piyama.

Cuando entró en la habitación, Alter se apoyó un dedo sobre la boca.

-Quédate quieto -susurró - . Y aflójate -añadió-. Me envía la Duquesa de Petra. O algo así. --Había recibido instrucciones de utilizar ese nombre para tranquilizar al príncipe. Parecía que daba algún resultado.- Mira -explicó-, te van a secuestrar. Es por tu propio bien, créeme -observo que el muchacho rubio se apartaba de la puerta.

-¿Quién eres? -preguntó.

-Una amiga tuya, si me permites serlo.

-¿A dónde van a llevarme?

-Harás un viaje. Pero regresarás.

-¿Qué dijo mi madre?

-Tu madre no lo sabe. No lo sabe nadie, excepto tú y la Duquesa de Petra, y los pocos que están
ayudándola.

Let pensaba. Se dirigió hacia la cama, se sentó, apretó el talón contra el travesaño de madera. Hubo un pequeño "click". No ocurrió nada más.

-¿Por qué no abren la puerta? -preguntó.

-Está cerrada con llave -dijo Alter. De pronto miró el reloj que estaba junto a la cama del príncipe y regresó a la ventana. La luz de la araña hacía brillar las conchillas de su collar. Let apoyó suavemente la mano sobre un pilar de la cama y apretó con fuerza el pulgar contra una de las piedras granates que servían de incrustación al delfín coronado. No ocurrió nada, con excepción de
un "click".

Alter se asomó a la ventana justo cuando en la soga aparecía un atado de ropas. Lo hizo entrar de un tirón, lo desató y esparció las ropas mientras la soga desaparecía nuevamente de la ventana.

-Toma -dijo-. Ponte esto -eran harapos. Se los tiró.

Finalmente, Let se quitó el piyama y se puso el traje.

-Ahora mira dentro del bolsillo.

El muchacho lo hizo y sacó un manojo de llaves.

-Con aquéllas puedes abrir la puerta -dijo Alter-. Vamos.

Let se detuvo, luego se dirigió a la puerta. Antes de poner la llave, se inclinó y miró a través del ojo de la cerradura.

-Eh -dijo, mirando nuevamente a la muchacha-, ven aquí. ¿Ves algo?

Alter atravesó la habitación, se inclinó y miró. Como único movimiento Let se apoyó contra uno de los paneles de la pared, que produjo un ligero "click". No ocurrió nada más.

-No veo nada -dijo Alter-. Abre la puerta.

Let encontró la llave adecuada, la puso en la cerradura y la puerta se abrió.

-Está bien, chicos -dijo el guardia que estaba del otro lado de la puerta (usaba un uniforme talle diecisiete) -, vengan conmigo -tomó a Let firmemente por un brazo y a Alter por el otro y los hizo marchar por la sala-. Te aconsejo que te quedes quieto -le dijo a Let mientras daban vuelta al último rincón.

Tres minutos después estaban afuera del castillo. Mientras pasaba junto a otro hombre uniformado en la cabina de los centinelas, el guardia dijo:

-Más chiquilines estúpidos tratando de entrar al palacio.

-Qué noche -dijo el guardia y se rascó la cabeza-. ¿También una chica?

-Eso parece -dijo el guardia que escoltaba a Alter y al príncipe-. Los llevo a que les saquen una
fotografía.

-Seguro -respondió el guardia y saludó.

Los dos chicos fueron conducidos en dirección al calabozo. Antes de llegar allí, los hicieron doblar en una calle lateral. Entonces el guardia desapareció de pronto. Un muchacho de cabello negro y ojos verdes se acercaba en dirección a ellos.

-¿Este es el príncipe? - preguntó Tel.

-Huu, huu -dijo Alter.

-¿Quién eres tú? -preguntó Let-. ¿A dónde me llevan?

-Mi nombre es Tel. Soy hijo de un pescador.

-Mi nombre es Alter -se presentó a sí misma Alter.

-Es acróbata -añadió Tel.

-Yo soy el príncipe -dijo Let - . De verdad. Soy el Príncipe Let. No lo olviden.

Los otros dos miraban al joven rubio con harapos como los de ellos. De pronto se rieron. El príncipe frunció el ceño.

-¿A dónde me llevan? -preguntó nuevamente.

-Te llevamos a donde puedas conseguir algo bueno para comer y dormir -respondió Alter-. Vamos.

-Si me hacen daño, mi madre los mandará a las minas.

-Nadie va a hacerte daño, tonto -dijo Tel-. Vamos, ¿tú también eres un mali?

-¿Un qué? -preguntó Let.

-Eso es lo que somos nosotros, agitadores -dijo Tel-. Eso significa que no nos gusta donde hemos estado, donde estamos y donde vamos a estar. Y tú, ¿qué piensas?

-Yo... -el príncipe parecía confundido-. No sé de qué están hablando. -Hizo un guiño a las torres oscuras que se alzaban amenazando la noche.- No sé.

-Bien, de todos modos, vamos -dijo Tel.

Avanzaron por las calles.

CAPITULO SEIS

La Duquesa de Petra dijo:

-Ahora tu primera orden directa será...

El verde de las alas de los escarabajos; el rojo del carbunclo pulido... una red de fuego de plata; luz y humo. Se alejaban de su vista.

Ahora un solo sol, el rojo, el más grande, besaba el horizonte. La arena era carmesí. El lago echaba llamas. Y junto al lago (o era dentro del lago) bajo las nubes que recorrían como franjas el cielo desconocido, estaba... la ciudad.

Las cosas que se desplazaban hacia allí, volvían; la las formas se unían a las formas, atrapaban la luz del sol, luego se unían con otras formas, oscurecían.

Una brisa cálida cargada de ozono le alzó la solapa hasta la mejilla y la dejó caer. Jon quiso ver qué ocurría junto al lago. Y fracasó; como una mano sin coordinación podría fracasar con las piezas de un reloj.

El Señor de las Llamas.

-¿Allí? -preguntó Jon- ¿Allí adentro?

No. Esa es sólo una ciudad. Una construcción.

-Este lugar -preguntó Jon-, ¿dónde está? ¿Dónde estoy? ¿Por qué siguen trayéndome aquí?

Estás en los alrededores de una ciudad en ruinas, una ciudad extinguida en un mundo separado del tuyo por un universo de distancia. Doce millones de años atrás, este planeta albergaba a la civilización que comenzó a construir esa ciudad. Ahora la civilización está muerta. Pero la ciudad fue hecha de tal forma que sigue construyéndose a sí misma.

- ¿Y ustedes dicen que el Señor de las Llamas no vive allí?

No. Es así. Nadie más utilizó la ciudad, de modo que ahora estamos aquí nosotros.

-¿Ustedes? -dijo Jon-. Bien: ¿entonces por qué no me dicen quiénes son?

Cada vez que hablamos contigo, te decimos algo más. Tu mente debe acostumbrarse a nosotros lentamente. Vives en un mundo limitado, circunscrito, aislado, y si penetráramos en tu conciencia de una sola vez, estarías demasiado dispuesto a echarnos como una fantasía psicótica. Vamos a ti, te dejamos, permitimos que nos olvides un poco y nuevamente vamos a ti. En tu mundo tenemos tres agentes, tú y dos más. Ahora que se han puesto en contacto entre ustedes, tienen algo para retener en tu propio mundo; pero podemos decirte más.

Jon contemplaba la fabulosa creación que tomaba forma entre las dunas a la luz del crepúsculo, mientras ellos le hablaban.

Somos visitantes de otro universo. No tenemos hogar. Fue destruido por una guerra librada en una escala que ni siquiera podrías concebir. Ahora habitamos silenciosamente en tu universo, permaneciendo únicamente en las ciudades abandonadas esparcidas por tus mundos. Podemos atravesar las distancias entre estrellas o galaxias, ignorando cuestiones temporales. Normalmente no molestamos a ninguna especie viviente, excepto para observar.

Pero recientemente -recientemente para nuestros patrones aunque el tiempo real es más largo que lo que tu mundo es viejo- en este segmento del continuo ha entrado otra fuerza viva. Ha evolucionado en forma similar a la nuestra. Ambos podemos tocar las percepciones de las formas de vida en mundos diversos; esto implica bastante más trabajo y energía que viajar de un lado al otro del universo, porque debemos convertir nuestra propia visión, en la cual ni el tiempo ni el espacio tienen mucha importancia junto a la mira miniaturizada de las formas vivas que existen a menudo durante menos de un siglo, donde un objeto detrás de una pared es un objeto invisible, donde las experiencias de un individuo pueden crear emociones e ideas desconocidas para la mente y el corazón de otro. Pero entre nosotros hay diferencias. La nueva criatura es más joven que nosotros por ciclos de tiempo insignificantes para ustedes. Tenemos un cerebro de tres lóbulos y podemos alterar hasta tres mentes de una sola vez. La nueva criatura sólo puede tener un agente en un mundo. Nunca nos metemos con la estructura básica de ninguna civilización. Sin embargo esta criatura no vacilará en

destruir completamente a un mundo introduciendo factores técnicos, filosóficos y psicológicos con resonancias destructivas que conmuevan y separen mundos. Estamos
dispuestos a conducir vuestras mentes, a guiarlos, a aconsejarlos; pero les cambiaríamos los cuerpos antes de cambiarles la mente, sólo para evitarles la muerte como hicimos con la radiación. De este modo la batalla se ganará o se perderá dentro del marco de tu propia civilización.

-¿Batalla...?

Sí. También estamos preparándonos para una guerra, pero con el Señor de las Llamas, a quien acabamos de describirte. Y el Señor de las Llamas ha buscado refugio en Toromon.

-¿Quieren decir -dijo Jon- que eso es lo que hay más allá de la barrera de radiación? ¿Que eso es con lo que Toromon está en guerra? ¿Cómo podemos luchar con algo tan poderoso como lo que has descrito?

El Señor de las Llamas está en Toromon. Espera en el límite de la barrera de radiación, del otro lado de Telphar.

-Pero eso es más allá de donde pueden ir los humanos.

El Señor de las llamas tiene los mismos recursos que nosotros para hacer inmunes a la radiación a su agente y a los protegidos de su agente. El está en tu mundo y debemos expulsarlo. Pero no podemos hacerlo sin tu ayuda. Tú y nuestros otros dos agentes deben arrinconarlo y ubicarse en un lugar donde puedan percibirlo de una vez. Nosotros haremos el resto; pero lo que tú no puedes percibir, nosotros no podemos ejecutar. Podremos protegerte de la radiación a ti y a cualquier otro amigo que necesites tener contigo; con el trabajo que han hecho en materia de transmisión tu propia
tecnología está a una década del descubrimiento. Pero no podemos protegerlos del peligro humano, o de la violencia o de cualquier otra clase de muerte natural.

-Pero los enemigos del otro lado de la barrera...

Tenemos nuestro enemigo en Toromon. Tú tienes a los tuyos. Pero hasta que nos ayudes a expulsar a los nuestros, no serás capaz de enfrentar a los propios. Y eso es lo que te retiene, Jon Koshar, te mantiene prisionero y te niega la libertad.

Sin entender, miró nuevamente a la estructura junto al lago. Junto al agua se movían figuras que llevaban listones y carretillas cargadas de maderos. Una grúa amurallaba a una estructura con forma de esqueleto, en tanto que en la cima una figura indicaba al conductor de la grúa.

-La ciudad -dijo Jon.

Sí. Todavía está construyéndose.

-Pero veo... -entrecerró los ojos para ver las figuras con nitidez. Seguían difusas.

La ciudad responde a las presiones psíquicas de los que están cerca, construyéndose de acuerdo con los planes, métodos y técnicas de cualquier mente que la presione hacia la actividad.

-Pero...

Está respondiéndote a ti. Te estás concentrando en ella. Nosotros estamos concentrándonos en ti y en Toromon.

-Oh -dijo Jon-. Un lugar como éste debe resultarles muy... agradable.

Sí, cuando podemos pasear por él, ayudando con nuestra mente a su formación y desarrollo. Pero ahora la perturbación del Señor de las Llamas debilita nuestra atención. Recuerda, tú y los otros dos agentes tendrán que hacer frente al Señor de las Llamas en el límite de la barrera.

-Pero las fuerzas que están atrás...

Puedes usar los métodos que desees para llevar a cabo nuestros propósitos y los tuyos.

La silueta de la ciudad se recortaba contra el cielo púrpura, cambiaba, crecía y cambiaba. El humo caía sobre los ojos de Jon; la arena se desprendía de sus botas con un destello. La plata cedía lugar al rojo, el verde...

Jon parpadeó. La duquesa retrocedió un paso. La alfombra verde, las paredes ricamente ornamentadas con paneles de madera, el escritorio con tapa de vidrio; nuevamente estaba en un salón de la casa de su padre.

Finalmente Jon preguntó.

- ¿Ahora qué se supone que tengo que hacer? Y explícalo con mucho cuidado.

-Iba a decir -dijo la duquesa-, que tenías que buscar al príncipe, que está retenido en una posada de la Olla del Diablo para llevarlo junto a la gente del bosque. Quiero que permanezca allí hasta que termine esta ridícula guerra. Ellos viven una vida diferente de la de cualquier otra gente de este imperio. Le darán algo que será capaz de usar. Ya te dije que cuando era más joven pasé un tiempo allí. No puedo explicar exactamente qué es, pero es una cierta rudeza, una cierta fuerza. Quizá no se la den, pero si él la tiene dentro de sí mismo, ellos la harán aparecer.

-¿Y qué pasa con... el Señor de las Llamas?

-Yo no... ¿tienes alguna idea, Jon?

-Bueno, suponiendo que llegamos a la barrera de radiación, suponiendo que encontramos contra quien estamos luchando, suponiendo que encontramos quien, lleva al Señor de las Llamas, y suponiendo que nosotros tres podemos llegar a él de una vez... suponiendo todo eso, no hay problema. Ya que voy a acompañar al príncipe, iré al bosque, y estaré lo más cerca posible de la barrera de radiación. Trataré de pasar, de ver cuál es la situación y luego ustedes dos pueden venir. ¿De acuerdo?

-Está bien.

-Por lo menos, me pondrá más cerca del Señor de las Llamas... y de mi libertad.

-¿Cómo, no estás libre ahora, Jon Koshar? -preguntó la duquesa.

En vez de responder, él dijo:

-Dame la dirección de la posada en la Olla del Diablo.

Mientras bajaba a la sala, con la dirección, Jon aceleró el paso. Su cerebro llevaba un cerebro ajeno que ya lo había salvado una vez de la muerte. ¿Cómo podría liberarse de la... obligación? Esa no era la palabra.

Al doblar la esquina oyó un voz:

-Y ahora por favor explícamelo. No es cosa de todos los días que me llamen para declarar la guerra. Creo que lo hice con bastante elocuencia. Ahora dime por qué.

Jon recordó el juego de acústica que, de niño, le permitía permanecer en ese lugar y escuchar la con versación de su hermana y de sus amigas ni bien entraban en la casa.

-Es vuestro hermano -llegó la otra voz-. Ha sido secuestrado.

- ¿Ha sido qué? -preguntó el rey-. ¿Y por qué? ¿Y por quién?

-No sabemos -respondió el oficial-. Pero el Concejo pensó que era mejor que vos declararais la guerra.

-Oh -dijo el rey-, es por eso que dije esas pocas palabras allí adentro. ¿Qué dice mi madre?

-No sería de buena educación repetirlo, señor. Estaba encerrada en su habitación y muy ofendida.

-Seguro -dijo Uske-. De modo que el enemigo se ha infiltrado y ha capturado a mi tonto hermano, ¿no es cierto?

-Bueno -dijo la voz-, no pueden estar seguros. Pero con los aviones de esta mañana, pensaron que era lo mejor.

-Oh, bien -dijo el rey. Se oían pasos. Luego silencio.

Al doblar por un pasillo, Jon vio que el cuarto de vestir estaba entreabierto. Abrió la puerta, sacó una magnífica esclavina con capucha y se envolvió con ella, tapándose con la capucha hasta los ojos. Llegó al vestíbulo y pasó junto al guardia de la puerta.

En las afueras de la Olla del Diablo, Rara, la mujer con la marca de nacimiento a un costado de la cara, daba golpecitos con un bastón mientras extendía una taza diminuta. Con anteojos oscuros, recorría las calles de un extremo al otro.

-Dinero para una pobre ciega -lloriqueaba. Cuando oyó el sonido metálico de una moneda dentro de la taza, asintió, sonrió y dijo-: Bienvenido al Nuevo Mundo. Buena suerte en la Isla de la Oportunidad.

El hombre que le había dado la moneda dio un paso y luego regresó.

-Eh, -le dijo a Rara-, ¿si eres ciega cómo sabes que soy nuevo aquí?

-Los desconocidos son generosos -explicó Rara-, en tanto que los que viven aquí son demasiados fríos.

-Mira -dijo el hombre-, me dijeron que tuviera cuidado con mendigos ciegos que no son ciegos. Mi primo me advirtió antes que viniera...

-¡No ciegos! -gritó Rara- ¿No ciegos? ¿Y porqué conseguí mi licencia aquí mismo, que me permite pedir en áreas específicas a causa de la falta de vista? Si insiste con esto, me eré obligada a mostrársela. -Se alejó con un ¡uff¡ y marchó en otra dirección. El hombre se rascó la cabeza, luego se fue.

Pocos momentos después, un hombre completamente envuelto en una capa gris con capucha dio vuelta a la esquina y se detuvo frente a la mujer.

-¿Dinero para la ciega?

- ¿Puedes usar esto? -dijo el hombre. Sacó de la capa una chaqueta de brocado, cubierta con un fino trabajo de metal.

-Por supuesto -dijo Rara con suavidad. Luego tosió-... Eh... ¿Qué es?

-Es una chaqueta -dijo Jon. Está bien hecha. Quizá puedas venderla.

-Oh, gracias. Gracias, señor.

Pocas cuadras después, un muchacho andrajoso llamado Kino se sintió sorprendido cuando el hombre de la capa gris le dio una camisa de seda. Frente a una puerta, dos cuadras más adelante, fueron abandonadas un par de botas con la puntera abierta y discos dorados, robadas de esa puerta exactamente cuarenta segundos después por una peluquera que regresaba a su casa en la Olla del Diablo. Le faltaba el dedo meñique de la mano

izquierda. En una ocasión la figura envuelta en la capa se detuvo en una callejuela bajo una soga para colgar ropa. Arrojó al aire una pelota gris, que se enganchó en la soga, se desplegó y pudo ser identificada como un par de pantalones. Una cuadra después las prendas de menor importancia eran arrojadas sin ninguna ceremonia a través de una ventana abierta. Cuando Jon doblaba otra esquina vio nuevamente a la figura que entraba agazapada en una puerta de la calle en penumbras. Uno de los rollizos neanderthales -en la ciudad había algunos- había estado siguiéndolo.

La cuadra siguiente Jon caminó lentamente, protegiéndose en las sombras. El ratero (Se llama Jeof; recordarlo) se le encaramó por detrás, dio un tirón a la capa, la desgarró y dio un salto hacia adelante.

Pero allí no había nadie. El rollizo Jeof permaneció allí durante un momento, la esclavina colgando de la mano, mirando con ojos entrecerrados al lugar donde debería haber habido un hombre. Entonces algo le golpeó el estómago. Mientras se adelantaba a los tumbos, bajo la luz de la calle, se formó ante él una figura humana transparente. Entonces le plantó otra vez en la quijada el puño bastante sustancial y se inclinó hacia adelante, hacia atrás y cayó.

Jon arrastró al neanderthal a una callejuela lateral, apagándose completamente mientras lo hacía. Luego tomó las ropas de Jeof, que eran harapientas, hediondas y demasiado chicas. A los zapatos los dejó. Se rodeó los hombros con la capa y se cubrió la cabeza con la capucha.

Durante las seis cuadras siguientes se encontró perdido porque no había letreros en las calles. Cuando encontró uno, se dio cuenta de que estaba sólo a una cuadra de distancia de la posada.

Al llegar al edificio de piedra, escuchó un ruido sordo proveniente de una estrecha callecita lateral. Un momento después la voz de una muchacha decía suavemente:

-Bien. Así. Es mejor que hagas exactamente lo que te digo o te romperás los brazos y las piernas y la espalda.

Se acercó al edificio y espió en dirección a la callecita.

Con el blanco cabello suelto, Alter estaba de pie mirando hacia el techo,

-Así está bien, Tel -gritó-. Listo.

Algo cayó del techo, rebotó a sus pies sobre la tierra y rodó, ileso: el muchacho de pelo negro se pasó los dedos por el cabello.

-Huu -dijo. Sacudió la cabeza- Huu.

-¿Estás bien? -preguntó Alter-. No te desgarraste nada, ¿verdad?

-No -dijo él-. Estoy bien. Creo. Sí, todo está en su lugar -miró nuevamente hacia el techo, dos pisos arriba.

-Su turno, Alteza -llamó Alter.

-Es alto -respondió una voz infantil desde el techo.

-Apúrate -dijo Alter, con voz autoritaria-. Cuando cuente tres. Y recuerda, rodillas arriba, mentón abajo y salta rápidamente. ¡Uno, dos ,tres!

Pasó el tiempo de una inspiración, entonces el bulto cayó, rodó, rebotó bruscamente y se resolvió en otro muchacho, esta vez rubio y más frágil que el primero.

-Eh, chicos -dijo Jon.

Se volvieron.

Jon miró al muchacho más bajo. La débil estructura, menos sustancial incluso que la adorable cabellera blanca de Alter, era definitivamente de la familia real.

-¿Qué están haciendo aquí afuera? -preguntó Jon-. Especialmente tú, príncipe.

Los tres chicos saltaron.

Parecía que podrían haber chocado contra algo, pero después que bajaron del techo Jon no podía suponer contra qué habrían chocado.

Entonces dijo:

-Me envía la Duquesa de Petra. ¿Cómo hicieron ese salto?

Su Alteza fue el único en relajarse apreciablemente.

-¿Y están seguros de que pueden estar afuera?

-Se supone que tenemos que estar en el piso de arriba -dijo Tel-. Pero él -señaló al príncipe harapiento- se puso inquieto y nosotros comenzamos a hablarle de los trucos, y entonces subimos al techo, y Alter dijo que podía hacernos bajar.

-¿Puedes hacerlos subir otra vez? -preguntó Jon.

-Seguro -dijo Alter-. Todo lo que hacemos es escalar…

Jon levantó la mano.

-Un minuto -dijo-. Entraremos y hablaremos con el dueño. No se preocupen. Nadie se enojará.

-¿Quiere decir hablar con Geryn? -dijo Alter.

-Creo que así se llama.

Empezaron a salir de la callejuela.

-Díganme -dijo Jon-, ¿qué clase de persona es Geryn?

-Es un viejo extraño. Habla solo todo el tiempo. Pero es inteligente -dijo Alter.

Charlas consigo mismo, reflexionó Jon, y asintió. Cuando llegaron a la puerta de la posada, Jon se quitó la esclavina y entró a la luz. Unos pocos que estaban en la barra se volvieron y cuando vieron a los niños se miraron entre ellos en forma interrogante.

-Probablemente Geryn está arriba -dijo Alter.

Fueron al segundo piso. Jon dejó que los chicos se adelantaran mientras pasaban por las sombras de la sala. Recién los alcanzó cuando Alter abrió la puerta que estaba al final y una luz brillante proveniente de la habitación de Geryn cayó plenamente sobre ellos.

-¿Qué es esto? -protestó Geryn. Y luego-: ¿Qué es esto?, rápido. -Cuando entraron dio un giro completo en la silla que estaba junto al escritorio de madera rústica. Arkor, el gigante, estaba de pie junto a la ventana. Los ojos de Geryn se agitaban impacientes. Finalmente dijo:- ¿Por qué están aquí afuera? ¿Y quién es él? ¿Qué quieren?

-Vengo de parte de la Duquesa de Petra -dijo Jon-. He venido para llevar a Let a la gente del bosque.

-Sí -dijo el viejo-. Sí -entonces se le torció la cara mientras trataba de recordar algo. Sacudió la cabeza-. Sí -de pronto se puso en pie-. ¡Bien, adelante! Ya he hecho mi parte, les digo. ¡La he hecho! Cada minuto que pasa en mi casa pone en peligro a mis pensionistas, a mis amigos. ¡Llévenselo, vamos!

El gigante se apartó de la ventana.

-Voy a ir con ustedes. Mi nombre es Arkor.

Jon frunció el ceño. Por primera vez había registrado la altura de la figura de las cicatrices.

-¿Por qué...? -comenzó.

-Vamos a una parte del país que es la mía -dijo Arkor-. Sé como llegar allí. Puedo hacerlos entrar. Geryn dice que es parte del plan.

Jon sintió apretarse un nudo de resentimiento. Esos planes, los de la duquesa, los de Geryn, incluso los planes de los seres triples que lo habitaban; lo atrapaban. Libertad. La palabra aparecía y desaparecía en su mente como una sombra.

-Ya que sabes cómo llegar allí -dijo-, ¿cuándo vamos?

-Por la mañana -dijo Arkor.

-Alter, llévalo a una habitación. Sácalo de aquí. Rápido. Vamos -se alejaron de la habitación y Alter los apuró a través de la sala.

Jon estaba pensando. Después de dejar a Let entre la gente del bosque, iba a ir más adelante. Sí, continuaría, trataría de atravesar la barrera de radiación. Pero tenían que pasar los tres si querían que resultara algo bueno. Entonces, ¿por qué no iba Geryn en vez de enviar al gigante? Si iba Geryn, entonces habría dos personas cerca del Señor de las Llamas. Pero Geryn era viejo. Quizá la duquesa podría traerlo con ella cuando viniera. Mentalmente aplastó los pensamientos con un puño. No pienses. No pienses. El pensar te limita la mente y nunca podrás ser... Se detuvo. Entonces los recuerdos se agitaron en la mente, aquellos cinco años de hambre.

Esa noche durmió mal. La mañana lo encontró con los ojos abiertos; por la ventana entraban navajas de luz. Era temprano. Hacía sólo un minuto que estaba en pie cuando alguien golpeó a la puerta. Se abrió y Arkor condujo a la enana figura del príncipe dentro de la habitación de Jon, luego se volvió y se fue.

-Dice que lo encontremos abajo en cinco minutos -dijo Let.

-Seguro -dijo Jon. Terminó de abotonarse la camisa andrajosa que le había robado al ratero la noche anterior mientras observaba al muchacho que estaba junto a la puerta-. Supongo que no estás acostumbrado a esta clase de ropa -dijo-. En una oportunidad yo tampoco lo estaba. Muy pronto comienzan a ser necesarias.

-¿Humm? -dijo Let. Luego-: Oh.

-¿Pasa algo?

-¿Quién es usted?
J
on pensó durante un momento.

-Bien -dijo-. Un amigo de tu hermano. Un conocido. Se supone que debo llevarte al bosque.

-¿Por qué?

-Allí estarás a salvo.

-¿No podemos ir al mar en cambio?

-Mi turno para un "¿Por qué?" -preguntó Jon.

-Porque anoche Tel me habló sobre el mar. Dijo que era divertido. Dijo que había rocas de todos colores. Y en la mañana, dijo, uno puede ver aparecer el sol como una ampolla ardiente sobre el agua. También me habló de los botes. Me gustaría trabajar en un bote. De verdad. En casa no me permiten hacer nada. Madre dice que podría hacerme daño. ¿Tendré ocasión de trabajar en algún lugar?

-Tal vez -dijo Jon.

-Tel tiene algunas buenas historias sobre pescadores. ¿Usted conoce alguna?

-No sé -dijo Jon-. Nunca intenté contar ninguna. Vamos. Es mejor que nos pongamos en marcha.

-Me gustan las historias -dijo Let. Luego se entristeció-. Simplemente estoy tratando de ser amistoso.

-Yo puedo contarte una historia - Jon rió-. Se refiere a la prisión de una mina. ¿Sabes algo de la prisión que está más allá del bosque?

-¿Algo? -dijo Let.

-Bien, había una vez tres prisioneros en las minas -se pusieron en marcha-. Hacía tiempo que estaban allí y querían salir. Uno era... bueno, se parecía a mí, digamos. El otro era rengo...

-Y el tercero era gordinflón o algo así -interrumpió Let-. Conozco esa historia.

-¿La conoces? -preguntó Jon.

-Seguro -dijo Let.

-Entonces sigue contándola -Jon estaba sorprendido.

Let se la contó. Estaban afuera esperando a Arkor cuando el muchacho terminó.

-Ve -dijo Let-. Le dije que la conocía.

-Sí -dijo Jon tranquilamente. Permanecía en calma-. ¿Dices que los otros dos... no lo lograron?

-Así es -dijo Let-. Los guardias los trajeron de regreso y tiraron los cuerpos al barro, de modo que...

-Cállate -dijo Jon.

-¿Eh? -preguntó Let.

Permaneció en silencio unos instantes.

-¿Quién te contó... esa historia?

-Petra -respondió Let-. Ella me la contó. Es una buena historia, ¿eh?

-Sí -dijo Jon-. Yo soy el que escapó.

-¿Quiere decir...? -el muchacho hizo una pausa-. ¿Quiere decir que ocurrió realmente?

En tanto Arkor se acercaba a la puerta de1 la posada y salía, la luz matutina templaba la calle desierta.

-Está bien -dijo-. Nos vamos.

CAPITULO SIETE

El servicio informativo de la ciudad de Toron consistía en un sistema público de transmisión oral al
mismo tiempo que en varios canales de televisión, cuyas grabaciones podían reproducirse todas las veces que fuera necesario.

Entre las villas del continente había una brigada bastante eficaz de hombres y mujeres que transmitían las noticias oralmente de establecimiento en establecimiento. Esa mañana todos anunciaban:

¡PRINCIPE SECUESTRADO!
¡EL REY DECLARA LA GUERRA!

En la sede militar las directivas se emitían por duplicado y volvían por triplicado. A las ocho y cuarenta, el sector de comunicaciones 27B quedó irremediablemente enmarañado. Esto dio como resultado el envío de un cargamento con material para construir barracas prefabricadas a un puerto de la ciudad distante sesenta y dos millas del destino pretendido.

En ese momento, Let, Jon y Arkor estaban subiendo al yate privado de la Duquesa de Petra, que estaba esperándolos al final de la bahía. Más tarde, mientras la isla de Toron se deslizaba a través del agua, Let le informó a Jon, que tenía la espalda apoyada contra la barandilla, que en los muelles había muchísima agitación.

-No es siempre así -le dijo Jon, recordando las mañanas en que iba con su padre al desembarcadero-. Están revisando las cargas. Pero no sé por qué hay más movimiento que de costumbre.

Un grupo de directivas militares, rápida y eficazmente despachadas, eran los ofrecimientos de contratos, esencialmente de alimento para el ejército. Dos distribuidores de pescado importado, que no tenían oportunidad de recibir

contratos, enviaron una propuesta acompañada por una carta que explicaba (con estadísticas fraudulentas) cuánto más barato sería utilizar pescado importado en lugar del de los acuarios. Luego comisionaron a un grupo de rufianes para entrar por la fuerza en la casa del secretario personal del viejo Koshar que todavía estaba durmiendo, inmediatamente después de la fiesta que había organizado la noche anterior. (Hasta este momento había aparecido en la historia sólo como una mano en el borde de la puerta de una cabina de depósito, con un anillo ancho de bronce con una piedra irregular de vidrio azul.) Los rufianes lo ataron a una silla, lo golpearon en el estómago, en la cabeza y en la boca hasta que la barba enmarañada se llenó de sangre; y él les había dado la información que querían... información que les permitía hundir a tres embarcaciones de la Flota de Carga Koshar que justo en ese momento llegaba al muelle.

El yate privado de la duquesa se puso en contacto con un vapor cargado de tetrón que regresaba del continente y Let, Jon y Arkor cambiaron de barco. El salir del yate descalzos y en harapos les daba una apariencia rara. Pero en el nuevo barco, entre esos pasajeros que regresaban a ver a sus familiares, se perdieron rápidamente.

En Toron, el piloto del bote que transportaba a los trabajadores desde la ciudad a los acuarios encontró en el lavatorio una bomba, torpemente construida pero inconfundible. La desactivaron. No hubo accidentes. Pero una autoridad, el Vice Supervisor T'jones de la Empresa de Alimentos Sintéticos Koshar (un nombre que no es necesario que recuerde; lo mataron tres días después en un disturbio callejero) apretó la mandíbula (sin afeitar; lo habían llamado a la oficina una media hora antes por los botes de carga hundidos), hizo un movimiento de asentimiento con la cabeza y dio él mismo algunas directivas no oficiales. Veinte minutos más tarde el gobierno dio oficialmente a los Acuarios de Koshar el contrato para proveer de pescado al ejército. Las dos propuestas rivales, los importadores, habían dejado de existir unos doce minutos antes. Se les había negado espacio para almacenamiento y todo el depósito había sido arrojado a las calles para que se pudriera (unas siete toneladas de pescado helado) porque los camiones de refrigeración habían sido todos alquilados en Rahsok Refrigeraciones, y nadie había pensado en deletrear Rahsok de atrás para adelante.

En la sede militar, el Mayor Tomar y el Capitán Ciernen habían sido apartados de su tarea actual de
llevar a cabo la evacuación de los últimos cuatro pisos de un edificio de oficinas adyacente para acomodar a los nuevos grupos de ingenieros, matemáticos y físicos que el ejército acababa de reclutar. Aparentemente, habían estallado disturbios en las calles que rodeaban a los Edificios de Refrigeraciones Rahsok. Los depósitos estaban a unas pocas cuadras de distancia de la frontera oficial de la Olla del Diablo.

Llegaron allí diez minutos después de recibir el informe.

-¿Qué diablos está pasando? -preguntó Ciernen desde el Escuadrón de Abastecimiento de la ciudad. Detrás de la línea de hombres uniformados, la gente se empujaba y gritaba-. ¿Qué es este olor asqueroso? -era un neo-

neanderthal que medía sólo un cuarto de pulgada más que la altura mínima para ser militar.

-Pescado, señor -les dijo el Jefe del Escuadrón-. Hay toneladas en todas las calles. La gente está tratando de hacerlo desaparecer.

-Bien que lo hagan -dijo Ciernen-. Limpiarán las calles y quizá sirva de algo.

-Usted no entiende -explicó la cabeza del escuadrón-. Ha sido envenenado. Justo antes de que lo arrojaran a las calles, lo empaparon con baldes de barbitúricos. Ya se han llevado media tonelada de desperdicios.

Ciernen se volvió.

-Mayor Tomar -dijo-. Regrese a los cuarteles y disponga personalmente que se difunda un aviso por toda la ciudad anunciando lo del pescado envenenado. Llame al Servicio Médico, encuentre el antídoto y transmita la información por toda la ciudad.

Tomar regresó a los cuarteles, llamó al Servicio Médico, encontró el antídoto, que era costoso, complicado y largo, y preparó el aviso:

> ¡ADVERTENCIA!: Cualquier ciudadano que haya consumido pescado de la calle en el área de Rahsok Refrigeraciones está en peligro inmediato de envenenamiento. Al pescado se le ha puesto barbitúrico. No puede consumirse otro pescado que no proceda directamente de Synthetics Markets. ¡ADVIÉRTALO A SUS VECINOS!.
>
> Si ha comido pescado, vaya directamente al edificio del Servicio Médico (seguía la dirección). Síntomas de envenenamiento con barbitúrico: intensos calambres unas dos horas después de la ingestión, seguidos de náuseas, fiebre y dificultades para tragar. En condiciones normales la muerte sobreviene veinte minutos después del primer acceso de calambres. Ciertos alimentos con alto contenido de calcio prolongan los espasmos en un máximo de hora y media (alimentos tales como LECHE, CASCARA DE HUEVO MOLIDA). El Servicio Médico está alerta. Allí recibirá inyecciones de silicato de calcio y de ácido atrópico que pueden contrarrestar el efecto del veneno hasta los últimos cinco o diez minutos.

Tomar personalmente envió las directivas a través del Centro de Comunicaciones 27B, en carácter de emergencia. Diez minutos después recibió una respuesta por video del Ingeniero de Comunicaciones diciendo que 27B había estado ligado durante toda la mañana. En realidad, así lo habían estado 26B y 25B. Además, dijo el ingeniero, los únicos Sectores abiertos disponibles eran 34A hasta el 42A, ninguno de los cuales tenía acceso a las líneas de la ciudad.

No obstante, Tomar hizo una copia por triplicado del aviso y lo envió a través de los sectores 40A, 41A y 42A. Media hora después llamó el secretario del Ingeniero de Comunicaciones y dijo:

-Mayor Tomar, lamento haber recibido recién su mensaje, pero acabo de llegar de mi hora de descanso. A causa de los cables ligados, hemos recibido instrucciones de permitir que sólo personas autorizadas tengan acceso a los Sectores disponibles.

-Bueno, ¿quién diablos está autorizado? -gritó Tomar-. Si no soluciona esto y rápido por la tarde media ciudad estará muerta.

El secretario hizo una pausa. Luego dijo:

-Lo siento, señor, pero... bueno, mire. Le daré directamente el mensaje al Ingeniero en Comunicaciones cuando regrese.

-¿Y cuándo regresa? -preguntó Tomar.

-Yo... yo no sé.

-¿Quién está autorizado?

-Sólo miembros del Concejo, señor, y sólo aquellos directamente relacionados con la causa de la guerra.

-Ya veo -dijo Tomar y apagó el transmisor. Acababa de despachar siete copias del anuncio con una nota explicatoria a siete de los catorce miembros del Concejo en el ministerio cuando el Ingeniero en Comunicaciones llamó otra vez:

-Mayor, ¿qué es todo ese asunto de un pescado podrido?

-Mire, hay siete toneladas de desperdicio por todas las calles.

-¿Y envenenadas dice usted?

-Exactamente. Por favor haga que este mensaje se transmita a toda la ciudad tan rápido como sea posible. Es cuestión de vida o muerte.

-Solamente estamos autorizados para que se transmitan los mensajes de guerra. Pero creo que esto tiene prioridad. Oh, esto explica algunos de los mensajes que estamos recibiendo. Creo que hasta hay uno para usted.

-¿Y bien? -dijo Tomar tras una pausa.

-No estoy autorizado a entregarlo, señor.

-¿Por qué no?

-Usted no está autorizado, señor.

-Mire, maldita sea, búsquelo ya mismo y léamelo.

-Bueno,,, eh... aquí está, señor. Es del jefe del Escuadrón de la Ciudad.

El mensaje era, en breve, que veintitrés hombres, el Capitán Clemen entre ellos, habían sido atacados y muertos por un grupo de dos mil quinientos residentes hambrientos de la Olla del Diablo, la mayor parte de ellos inmigrantes del continente.

Finalmente fue posible sacar de las calles tonelada y media de pescado y deshacerse de ella. Pero en la ciudad había cinco toneladas y media. El Ingeniero en Comunicaciones también agregó que mientras ellos estaban hablando, había llegado un memorando según el cual los sectores 34A a 42A estaban ahora fuera de servicio, pero que el mayor tendría que intentar nuevamente con el 27B, podría estar arreglado.

La segunda tanda de trabajadores estaba llegando a los acuarios. En el inmenso edificio flotante, vastas hileras de tubos de plástico trasparente, de noventa centímetros de diámetro, se veían entretejidas con las bombas para extraer tetrón. Los vibradores cortaban los tubos en secciones de seis metros y las plataformas enhebraban la estructura de seis pisos, todo inundado por un rojo intenso que provenía de las varillas de fósforo que sobresalían de las bombas. La luz del extremo azul del espectro molestaba a los peces, que tenían que estar siempre visibles para ser trasladados o para controlar alguna deformación o enfermedad. En los tubos trasparentes, los peces flotaban en un estado semejante al de la suspensión, vibraban suavemente, se mantenían a una temperatura constante de 89 grados, eran alimentados, engordados, clasificados de acuerdo con la edad, tamaño, especies; luego se los mataba. La segunda tanda de trabajadores entró en el acuario para relevar a la primera.

Habían transcurrido unas dos horas, cuando un hombre sudoroso, ayudante de las tareas de alimentación, fue a la enfermería quejándose de un malestar general. La postración por el calor era frecuente en el acuario.

El médico dijo que se recostara un momento. Cinco minutos después comenzaron los calambres. Quizá se le hubiera prestado la atención adecuada si unos minutos antes una mujer no se hubiera caído de una de las aceras, rompiéndose el cráneo y una de las arterias plásticas, seis pisos más abajo.

Los trabajadores se reunieron junto al cuerpo bajo la luz roja, al final de un tubo dentado. En la masa informe, los peces, gordos y de piel carmín, agitaban las branquias débilmente.

Los compañeros de trabajo de la mujer dijeron que ella se había quejado de que no se sentía bien cuando de pronto comenzó con convulsiones mientras cruzaba una de las plataformas. Cuando el médico regresó a la enfermería, el operario había comenzado a tener fiebre y la enfermera informó que las nauseas eran violentas. Luego murió.

En las dos horas siguientes, de las dos mil doscientas ochenta personas que trabajaban en los acuarios, trescientas ochenta y siete fueron atacadas de calambres y murieron. La única excepción fue un excéntrico entusiasta de la cultura física que siempre tomaba medio litro de leche con el almuerzo; duró lo suficiente como para ser llevado en la balsa al Servicio Médico de Toron.

Murió seis minutos después de su ingreso, una hora y diecisiete minutos después del acceso de calambres. Ese fue el primer caso realmente recibido por el Servicio Médico. Recién fue en el decimosexto caso cuando llegaron al diagnóstico final de envenenamiento con barbitúrico. Entonces alguien recordó la investigación de la mañana proveniente de la sede del ejército referida al antídoto.

-De alguna manera -dijo el doctor Wental-, la sustancia ha entrado en algunos alimentos. Puede estar difundida por toda la ciudad. -Luego se sentó ante su escritorio y redactó una advertencia a los ciudadanos de Toron que contenía una descripción de los efectos del envenenamiento por barbitúrico, antídoto e instrucciones para acercarse al edificio del Servicio Médico, junto con un comentario sobre los alimentos con alta proporción de calcio.- Envíe esto al Ministerio de Guerra y hágalo conocer por cualquier fuente posible de comunicación, y rápido -le dijo a su secretario.

Cuando el Asistente del Ingeniero en Comunicaciones (El I.C. había dejado de trabajar a las tres) recibió el mensaje, ni siquiera se molestó en ver de quién era. Lo hizo una pelota, disgustado, lo arrojó en un cesto de basura y murmuró algo acerca de mensajes no autorizados. Si esa noche el ordenanza se hubiera molestado en contar, hubiera descubierto que había treinta y seis copias de las directivas del Mayor Tomar en distintos cestos de basura del ministerio.

Sólo una fracción de las víctimas del barbitúrico lograron llegar al Servicio Médico, pero los médicos estaban ocupados. No era más que un incidente extraordinario, y entre los gritos de los pacientes acalambrados, no se le prestó mucha atención. Casi al comienzo de la avalancha de pacientes dos hombres ganaron la entrada de la sala de recepción especial y lograron echar una mirada a todas las mujeres que llegaban. Una de las pacientes atropellada por ellos era una muchacha particularmente llamativa, de unos dieciséis años, con un pelo blanco nieve y un cuerpo fuerte y pequeño ahora anudado por los calambres. El sudor le cubría la frente, los párpados, y a través del cuello del vestido abierto se podía ver que usaba un collar de conchillas ensartadas en cuero.

-Es ella -dijo uno de los hombres. El otro asintió, luego se dirigió al médico que estaba poniendo las inyecciones y le susurró algo.

-Por supuesto que no -dijo el médico con indignación y con voz clara-. Los pacientes necesitan por lo menos cuarenta y ocho horas de descanso y minuciosa observación después de la inyección de antídoto. Su resistencia es extremadamente baja y las complicaciones...

El hombre le dijo algo más al médico y le mostró un grupo de credenciales. El médico se detuvo, dejó al paciente que estaba examinando y fue hasta la cama de la muchacha nueva. Rápidamente le dio dos inyecciones e hizo una anotación debajo del nombre: Alter Ronid.

Luego le dijo a los hombres:

-Quiero que sepan que objeto esto totalmente y que...

-Está bien, doctor -dijo el primer hombre. Entonces el segundo arrebató a Alter de la camilla y la sacó del hospital.

La Reina Madre tenía su propia sala de recibo. Estaba sentada en el alto asiento mirando fotografías. Dos de ellas, en color, mostraban la recámara del heredero de la corona. En una fotografía el príncipe estaba sentado en la cama con los pantalones piyamas y el talón contra un costado de la cama; de pie junto a la ventana había una muchacha de pelo blanco con un collar de cuero con conchillas enhebradas. La otra mostraba al príncipe todavía sentado en la cama, esta vez con la mano sobre el pilar del delfín. La muchacha acababa de volverse hacia la ventana.

La tercera fotografía, que por el retoque parecía haber sido tomada a través del ojo de una cerradura y mostraba lo que parecía un inmenso agrandamiento de una pupila humana: apenas discernible a través del iris se veían los senderos y puntos diminutos del tejido de una retina. Sobre el amplio brazo del trono de la Reina Madre había una carpeta con un nombre: ALTER RON1D.

En la carpeta había un certificado de nacimiento, una clara fotografía del mismo tejido de retina, un contrato según el cual un circo viajero podía utilizar los servicios de un grupo de niños acróbatas durante la temporada, un diploma de la escuela elemental, copias de recibos que cubrían un período de tres años de instrucción física, una copia de la cuenta de un médico por la corrección de una cadera dislocada y dos constancias de cambio de dirección. Además había varias tarjetas que remitían a los archivos de Aline Ronid (madre, muerta) y de Rara Ronid (tía materna, tutor legal).

La reina puso las fotografías sobre la carpeta y se volvió hacia los guardias. Cuatro de ellos estaban contra la pared. Levantó el pesado cetro y dijo:

-Háganla pasar -se tocó los rodetes de cabello blanco a ambos lados de la cabeza, inspiró profundamente y se enderezó en el trono, mientras las puertas se abrían del otro lado de la habitación.

En el medio de la habitación se habían levantado dos bloques, de aproximadamente un metro y medio de alto y separados por unos treinta centímetros.

Alter tropezó una vez, pero un guardia la sostuvo. La condujeron entre los bloques, que le llegaban justo debajo de los hombros, le hicieron extender los brazos y los sujetaron con tiras de cuero a la altura de los bíceps y muñecas.

-No es más que una precaución. -La reina sonrió-. Queremos ayudarte -bajó los peldaños del trono mientras la varilla enjoyada se acunaba en el codo-. Sabemos algo de ti. Sabemos que tú sabes algo que si me lo dices me hará sentir mucho mejor. Hace poco he estado muy descompuesta. ¿Lo sabías?

Alter parpadeó y trató de no perder el equilibrio. Los bloques eran justo media pulgada más bajos que la altura apropiada: Alter no podía estar totalmente erguida ni aflojarse.

-Sabemos que estás cansada y después de la experiencia con el barbitúrico... no te sientes bien, ¿verdad? -preguntó la reina, acercándose.

Alter sacudió la cabeza.

-¿Adonde llevaron a mi hijo? -preguntó la reina.

Alter cerró los ojos, luego los abrió y sacudió la cabeza.

-Tenemos pruebas -dijo la reina- ¿te gustaría mirar? -le mostró al Alter las fotografías-. Mi hijo tomó estas fotografías de ustedes dos. Son muy claras, ¿no te parece? -guardó nuevamente las fotografías en el bolsillo acolchado de su traje-. ¿No vas a decírmelo?

-No sé nada -dijo Alter.

-Veamos, entonces. Esta habitación tiene tantas cámaras como un centurión tiene huevos. Hay docenas de perillas escondidas. La alarmas que están conectadas a ellas no funcionaron, pero las cámaras sí.

Alter sacudió nuevamente la cabeza.

-No tienes que tener miedo -dijo la reina-. Sabemos que estás cansada y queremos que regreses al hospital lo antes posible. Bien. ¿Qué le ocurrió a mi hijo, el príncipe?

Silencio.

-Eres una muchacha muy dulce. Eres acróbata, ¿no?

Alter tragó y después tosió.

La reina sonrió en forma enigmática.

-Realmente, no tienes que tener miedo de responderme. Eres acróbata, ¿no es cierto?

Alter asintió.

La reina extendió una mano y tomó entre los dedos el collar de cuero triple con las conchillas ensartadas.

-Es una hermosa joya -la levantó del pecho de Alter-. El cuerpo de un acróbata tiene que ser como una joya fina, fina y fuerte, algo exquisito. Debes estar muy orgullosa de él -nuevamente hizo una pausa e inclinó hacia un lado la cabeza-. Sólo estoy tratando de que te sientas cómoda, querida, de conversar un poco -sonriendo, terminó de sacar el collar que rodeaba el cuello de Alter-. Esto también es exquisito...

De pronto se oyó el ruido del collar contra el piso y el tintineo de las conchillas sobre el mosaico.

Los ojos de Alter siguieron la caída del collar.

-Oh -dijo la reina-. Lo siento terriblemente. Sería una vergüenza romper algo así -la reina se recogió la falda con una mano hasta mostrar el zapato. Luego adelantó el pie hasta que la punta levantada estuvo sobre el collar-. ¿Vas a decirme dónde está mi hijo?

Hubo siete, ocho, diez segundos de silencio.

-Muy bien -dijo la reina, y dejó caer el pie. Los gritos de Alter cubrieron el crujido de las conchillas. Porque la reina había dejado caer también, sobre la muñeca atada de Alter, el cetro, en toda la extensión de su arco. Lo dejó caer nuevamente. La habitación se llenó de gritos y con el ruido del cetro enjoyado al golpear sobre la superficie del bloque. Luego la reina aplastó la articulación del codo de Alter.

Cuando hubo algo parecido al silencio la reina preguntó :

- ¿Dónde está mi hijo?

Por un largo rato Alter no dijo nada; no podía hacerlo. Lo que les dijo no fue de mucha utilidad cuando tuvieron ocasión de comprobarlo.

-¿Al penal de las minas?

-Para qué serviría ella en una mina. -La reina volvió a su trono.- Llévenla al Servicio Médico. Siempre la tendremos a mano si la necesitamos. Obviamente está trabajando para alguien más. Quizás el enemigo - súbitamente la Reina Madre balanceó el cetro por encima de la cabeza. Sobre el cabello cayeron gotas-. ¡Ahh! ¡Sáquenla de aquí! ¡Sáquenla!

Inconsciente, Alter fue llevada al edificio del Servicio Médico envuelta en una manta gris.

- ¿Otro caso de envenenamiento con pescado? -preguntó el empleado.

El hombre asintió. El médico, que estaba allí cuando sacaron a Alter del hospital, había estado trabajando incesantemente durante seis horas. Cuando desenvolvió la manta, reconoció a la muchacha. Cuando terminó de desenvolverla, la respiración se hizo más fuerte y lanzó un silbido.

-Lleven a esta muchacha a cirugía de emergencia -dijo a la enfermera-. ¡Rápido!

En la Olla del Diablo, Tel acababa de recuperarse de una diarrea que lo había tenido sin comer durante todo el día. Hambriento, andaba hurgando en el frío armario de la cocina de la posada. En el cajón encontró restos de

pescado al horno de modo que tomó un cuchillo afilado que estaba sobre la pileta y cortó un pedazo. Entonces se abrió la puerta y entró la cocinera. Tenía cerca de setenta años y una cicatriz roja alrededor del cuello rugoso. Tel había cortado una rebanada de cebolla y la estaba poniendo sobre el pescado cuando la mujer se adelantó corriendo y de un golpe le hizo caer toda la comida.

-¡Huu! -dijo Tel y saltó, aunque no se había hecho daño.

- ¿Estás loco? -preguntó la mujer-. ¿Quieres que te saquen de aquí como a todos los demás?

Cuando Rara entró en la cocina Tel parecía confundido.

-¡Caramba! -exclamó-. ¿Dónde están todos? Estoy muerta de hambre. Empecé a vender ese tónico casero que inventé ayer y, alrededor del mediodía, todo el mundo estaba comprándolo. Querían algo para los calambres y creo que mi Super Tónico Acuoso es tan bueno como cualquier otra cosa. Ni siquiera pude venir a comer. ¿Hay algún tipo de epidemia? Eh, tiene buen aspecto -y fue hacia el pescado.

La vieja sirvienta le arrebató la bandeja y la llevó al tacho de la basura.

-Está envenenado, ¿no entienden? -raspó el plato-. Resultó ser el pescado lo que está causando todo esto. Todos los que lo han comido han sido llevados al Servicio Médico por los calambres. Muchos han muerto, lo descubrí yo y la mujer que vive en la cuadra de enfrente. Nosotras se lo compramos a la misma mujer esta mañana y no puede ser otra cosa. Yo no lo comí, pero lo serví en el almuerzo.

-Bueno, sigo hambriento -dijo Tel.

-¿Podemos comer un poco de queso y frutas? -preguntó Rara.

-Supongo que eso es seguro -dijo la mujer.

-¿A quién llevaron? -preguntó Tel mientras miraba nuevamente en el armario.

-Oh, cierto, tú estuviste todo el día arriba, descompuesto -y les contó.

Más o menos a la misma hora, un observador en un avión de inspección descubrió un bote cargado con un armamento, a unas sesenta millas del único lugar que podía recibir esa clase de carga. En realidad, él había enviado una orden corrigiendo un error tipográfico referido... sí, debe ser, el mismo bote. Lo había enviado esa mañana a través del Sector de Comunicaciones 27B. Estaban cerca de la orilla, uno de los pocos lugares donde el inmenso bosque le había ganado terreno al agua. Un puerto diminuto, usado para embarcar a familias de inmigrantes que venían a unirse a la gente de la ciudad, era la única civilización evidente entre el mar verde humo por un lado y el verde intenso de las copas de los árboles por el

otro. El observador también notó que estaba por llegar al dique un pequeño vapor con una carga de tetrón. Pero el barco con el armamento... Pidió al piloto que se pusiera en contacto.

El piloto sacudía la cabeza, sin fuerzas.

El co-piloto estaba recostado contra el asiento, con la boca abierta y los ojos cerrados. "No me siento demasiado..." comenzó a decir el piloto inclinándose distraídamente hacia adelante y arrugó una hoja de estaño que había dejado sobre el panel de control, en la cual, pocas horas antes, había estado un sandwich de filet que había compartido con el co-piloto.

De pronto el piloto se cayó del asiento y con el golpe la palanca de control se inclinó hacia la izquierda. Se apretó el estómago mientras el avión se salía de nivel. En la torre de observación, el observador fue arrojado de su asiento y el micrófono se le cayó de la mano.

El co-piloto se despertó, eructó, apretó la palanca del control, que no estaba en el lugar acostumbrado, falló. Cuarenta y un segundos después, el avión se estrellaba en un muelle a unos tres mil metros de la amarradura del vapor cargado de tetrón.

CAPÍTULO OCHO

Allí estaba rugiendo en el aire. Let gritó y atravesó el muelle corriendo. Luego sombras. Luego agua. Se resbalaba en las tablas por la oscilación de la balaustrada. Luego truenos. Luego gritos. Algo se estaba rompiendo.

Lo sacaron Jon y Arkor. Tuvieron que saltar de la borda con el príncipe inconsciente, nadar, trepar y llevarlo. En el muelle había sirenas cuando lo apoyaron sobre las hojas secas del claro del bosque.

-Lo dejaremos aquí -dijo Arkor.

-¿Aquí? ¿Estás seguro? -preguntó Jon.

-Ellos vendrán a buscarlo. Tu debes seguir -dijo suavemente-. Ahora dejaremos al príncipe y tu puedes contarme tu plan.

-¿Mi plan...? -dijo Jon. Se alejaron a través de los árboles.

Las hojas secas hacían cosquillas en una mejilla, una brisa enfriaba la otra. Algo lo tocó en un costado y él estiró los brazos, apretó con fuerza los párpados y se enroscó en la confortable oscuridad. Dormitaba en el pequeño parque que había detrás del palacio. Pronto entraría para cenar. El olor de las hojas era más fresco que nunca... Algo lo tocó nuevamente en un costado.

Abrió los ojos y mordió un grito. Porque no estaba en el parque, no iba a entrar para cenar y parado junto a él había un gigante desconocido.

El hombre del bosque tocó nuevamente al muchacho con el pie.

De pronto el muchacho intentó escaparse, se detuvo, se lanzó agazapado por el claro. Antes de que oyera hablar al gigante una brisa sacudió las hojas como dedos admonitorios. Luego el gigante hizo silencio. Después habló otra vez.

La palabra que el muchacho oyó en ambas ocasiones fue "... Quorl..."

Cuando habló por tercera vez, simplemente se señaló a sí mismo y repitió: "Quorl".

Luego señaló al muchacho y sonrió. El muchacho estaba en silencio.

Nuevamente el gigante se golpeó el pecho con la mano dijo: "Quorl". Otra vez extendió las manos
hacia el muchacho, esperando un nombre. No lo oyó. Finalmente se encogió de hombros y le indicó al muchacho que se acercara.

Éste se levantó lentamente y lo siguió. Pronto estaban caminando vigorosamente a través del bosque.

Mientras caminaban, el muchacho recordaba: la sombra del avión fuera de control sobre ellos, el avión golpeando en el agua, el agua transformándose en una montaña de agua como vidrio astillado precipitándose hacia ellos a través del mar. Y recordaba el fuego. Y algo que se rompía...

¿No había comenzado en su habitación del palacio cuando apretó la microbotonera oculta con el talón? Las cámaras probablemente funcionaban, pero no había ni campanas, ni sirenas ni corridas de guardias. Había continuado cuando apretó el segundo botón que estaba en el pilar de la cama con el delfín con incrustaciones. Casi se partió con pánico metálico cuando tuvo que ubicar a la muchacha para la fotografía de retina. No había pasado nada. Se lo habían llevado y su madre permanecía tranquilamente en su habitación. Lo que se suponía que debía ocurrir se alejaba más y más de lo que en realidad ocurría. ¿Cómo podía ser que alguien secuestrara al príncipe?

El trato dado por el muchacho que le había hablado del mar y la muchacha que le había enseñado a caer le daba más coherencia. Si se secuestraba al príncipe, sin duda sus carceleros no iban a contarle historias de amaneceres y puestas de sol en el mar ni enseñarle a hacer cosas imposibles con el cuerpo.

Él estaba seguro de que la muchacha había tenido intención de que se matara cuando le enseñó a saltar desde el techo. Pero él tenía que hacer lo que le decían. Siempre era así. (En ese momento seguía al gigante a través del follaje oscuro porque el gigante le había dicho que lo hiciera.) Cuando se arrojó desde el techo y saltó a tierra como un resorte, el impacto había dado una nueva vuelta al engranaje y él sintió que los hilos se separaban.

Si se hubiera quedado allí, si hubiera hablado más con el muchacho y la chica, hubiera podido aflojar la tensión, devolver a la trama de la realidad la forma de la expectativa. Pero entonces el hombre de cabello negro y el gigante de las cicatrices habían venido para llevárselo. Había hecho un último esfuerzo volitivo para reunir "ser" y "suponer", le había contado al hombre la historia de los prisioneros de las minas, había conectado cosas que recordaba de su pasado inmediato, una historia de "suponer" realmente buena. Pero el hombre se había vuelto contra él y le había dicho que "suponer" no era "suponer" en absoluto, sino "ser". Por aquí saltaba un hilo, por allá saltaba otro.

(Había un rugido en el aire sobre la cubierta del bote. Había gritado. Luego sombras. Luego agua. Resbalaba y la balaustrada oscilaba. Luego truenos. Luego gritos, sus gritos: ¡No puedo morir! ¿No tengo que morir! Algo se rompió en dos.)

Las hojas se estremecían, toda la tierra temblaba bajo sus piernas cansadas, vacilantes. Mientras caminaban por el bosque desapareció el último filamento, como una hebra de vidrio bajo un soplete. Lo último en desaparecer, como el extremo desdibujado de la orilla, era el recuerdo de alguien, de algún lugar, rogándole no olvidar algo, no olvidarlo a pesar de cualquier cosa... pero qué era, no estaba seguro.

Quorl, con el muchacho junto a él, avanzaba por un sendero recto a través del bosque. Ahora el terreno ascendía. Por todas partes surgían peñascos cubiertos de moho. En una oportunidad Quorl se detuvo de golpe; un brazo se cruzó delante del muchacho para evitar que siguiera avanzando.

Unos metros antes el follaje se separaba para dar lugar a dos mujeres enormes. Todo era idéntico en ellas, los ojos azul oscuro, las narices chatas, mejillas salientes. Mellizas, descubrió el muchacho. Las dos mujeres tenían el trío de cicatrices que le recorrían el lado izquierdo de la cara. No prestaron atención alguna ni a Quorl ni al muchacho sino que desaparecieron nuevamente entre los
árboles. En el momento en que se fueron, Quorl siguió caminando.

Pasaron junto a uno o dos más hombres altos, pero como con Quorl, no había cicatrices ni sorpresa en el encuentro. En una ocasión se encontraron con un grupo de criaturas rollizas con cejas espesas, todavía más bajas que el muchacho.

Cuando los pequeños descubrieron a Quorl, pareció como si estuvieran a punto de hablar. Pero se interrumpieron porque el muchacho estaba allí. Quorl les sonrió y uno lo saludó con la mano. Nuevamente no había nada de la rigidez que había enfriado el primer encuentro con las mujeres.

Mucho más adelante llegaron a un pequeño acantilado que daba a un valle y a otra montaña. Cerca de un grueso tronco había una pila de ramitas y leña menuda. El muchacho observó que Quorl se arrodillaba y retiraba la leña. El muchacho se agachó para ver mejor.

Los dedos marrones y grandes, con uñas de bronce, descubrieron con suavidad una jaula hecha con palillos atados con vides secas. Algo chilló en la jaula y el muchacho saltó.

Con un único movimiento Quorl abrió la puerta de la trampa e introdujo la mano. El chillido prolongado se convirtió de pronto en un grito. Luego se hizo silencio. Quorl sacó un animal peludo, del tipo de la comadreja y se lo entregó al muchacho.

El pellejo era suave como pluma, todavía tibio. La cabeza colgaba desmañada por donde había sido roto el cuello. El muchacho miró nuevamente las manos del gigante.

Venas deterioradas amarraban a filamentos derechos. El vello crecía hasta el borde de los nudillos estriados. Ahora los dedos colocaban nuevamente las ramas en la trampa. El gigante y el muchacho atravesaron el claro y Quorl dejó al descubierto una nueva trampa. Cuando la mano entró en la trampa y el nudo de músculos saltó sobre el antebrazo marrón oscuro (¡cuuiifloa!) el muchacho apartó la vista y miró hacia el otro lado del valle.

El cielo era gris humo hasta el horizonte, donde una franja anaranjada señalaba el ocaso. El disco de cobre colgaba bajo en la hondonada púrpura de la montaña. Un abanico lavanda se desplegó sobre el naranja, luego blanco, verde pálido... El gris no era realmente gris, era gris azulado. Comenzó a contar colores y llegó a doce (no a mil). El último era un dorado pálido que rozaba los bordes de las pocas nubes bajas que se apretaban cerca del sol.

Una mano sobre el hombro hizo que el muchacho se volviera. Quorl le entregó el segundo animal y regresaron al bosque. Más adelante, hicieron un pequeño fuego y cuerearon y cuartearon a los animales con la navaja estilo cimitarra que usaba Quorl. Se sentaron bajo la menguante luz con la carne ensartada en horquillas, haciéndola girar sobre las llamas. El muchacho observaba las fibras púrpuras, que se ponían brillosas por el jugo, se oscurecían, se encrespaban, se ponían marrones. Cuando la carne estuvo hecha, Quorl sacó de su faltriquera un trozo de piel doblado y lo roció con un polvo blanco. Luego pasó la envoltura de cuero al muchacho.

El muchacho echó un poco del polvo blanco sobre la palma, lo probó. Sal.

Cuando terminaron de comer, el bosque estaba más frío y en calma. El fuego hacía que el follaje que lo rodeaba se dispersara como centelleantes tejas en medio de la oscuridad. Quorl estaba limpiando el último hueso diminuto con los dientes cuando se oyó un ruido. Se volvieron.

A la izquierda se rompió otra rama.

-Tloto -llamó Quorl con voz áspera.

Se acercó más, el muchacho pudo oír que se movía. Entonces vio una sombra alta en el borde de la zona de luz.

Con disgusto (pero sin miedo, vio el muchacho) Quorl levantó un palo y lo arrojó. La sombra se escabulló con un ligero maullido.

-Vete, Tloto -dijo Quorl-. Vete.

Pero en cambio Tloto se adelantó.

Quizá había nacido de padres humanos, pero llamarle humano ahora...

Estaba desnudo hasta los huesos, era pelado, blanco como un caracol. No tenía ojos, ni orejas, sólo una boca sin labios y fosas nasales colgantes. Se acercó al fuego y gimió.

Entonces el muchacho vio que tenía los dos pies torcidos. Sólo dos dedos de cada mano no estaban ni deformados ni paralíticos. Las extendió hacia la pila de huesos de Quorl, con el mismo maullido.

Con un súbito golpe, Quorl apartó la garra parapléjica. Tloto retrocedió, se acercó al muchacho, se adelantó, contrayendo y dilatando los tajos de las fosas nasales.

El muchacho había comido todo cuanto podía y aún le quedaba un cuarto de carne. No mide más que una cabeza más que yo, pensó. Si es de esta raza de gigantes, quizá todavía sea un chico. Tal vez tenga mi edad. Miró la cara inexpresiva. No sabe lo que está pasando, pensó el muchacho. No sabe qué es lo que va a ocurrir.

Quizá fue sólo el sonido de la palabra en su cabeza lo que gatillo el pánico (¿o era algo que le oprimió el pecho?) De todos modos, tomó la carne sin terminar y se la ofreció a Tloto.

La garra se adelantó, arrebató la comida, retrocedió. El muchacho trató de esbozar una sonrisa. Pero Tloto no podía ver, así que no tenía importancia. Volvió hacia el lugar del fuego y cuando alzó nuevamente la vista Tloto se había ido.

Mientras Quorl cubría los carbones con basura, le hablaba al muchacho de Tloto y de algunos conceptos filosóficos. El muchacho escuchó con cuidado y por lo menos entendió que Tloto no merecía que se preocupara por él. Pero el diálogo se había convertido en algo indiferente para el príncipe. No había nada en el mundo lo suficientemente conocido como para que pudiera comentarlo. No extrañaba las estatuas y las ventanas giratorias del palacio.

Arranque a alguien de un lugar; arrójelo a otro. Los elementos de un lugar definen al otro. Pero a veces el impacto de la transición es tan grande que la definición no comienza. Let había abandonado las palabras. Escuchaba al gigante, atentamente, pero no en busca de sentido. Examinaba el tono y la calidad de voz, de la misma manera que observaba la cara del gigante, de la misma manera que observaba el cuerpo inmenso, los hombros, los brazos o las rodillas, que se movían mientras hablaba. Estaba tratando de elegir, a la luz del fuego, las huellas de emoción que podía relatar a sus desolados catorce años. Encontró algunas. Luego otras más.

Se tendieron junto al saco de rescoldo, una costra ardiente en la oscuridad, y durmieron.

Cuando la mano del gigante le sacudió el hombro, estaba todavía oscuro. Esta vez el muchacho no saltó. Parpadeó contra la noche y puso los pies debajo del cuerpo. Había refrescado y el viento le cepillaba el cuello y le peinaba el cabello. Entonces un sonido agudo se alzó por encima de los árboles y se perdió. Quorl tomó al muchacho del brazo y se pusieron en marcha a través de la oscuridad.

Desde la izquierda se filtraba una luz ¿Era la mañana? No. El muchacho vio que era la luna que estaba alta. La luz se puso blanca, luego plateada. Finalmente llegaron a un acantilado, detrás del cual estaba el mar oscuro. Astillas de roca salpicaban las peñas de más abajo. A quince metros, (todavía treinta metros sobre el nivel del agua) había una superficie plana de roca. La luna estaba lo bastante alta como para iluminar toda la mesada lítica así como el templo que estaba en el límite.

Frente al templo estaba de pie un hombre alto vestido de negro que soplaba un cuerno. El lamento se diluía hacia lo alto sobre el mar y el bosque. Alrededor de la mesada se estaba reuniendo gente. Algunos venían en pareja, algunos con chicos, pero la mayoría eran hombres y mujeres solos. Había allí sólo gente alta.

El muchacho comenzó a bajar, pero Quorl lo hizo retroceder. Esperaron. Por algunos ruidos, el muchacho se dio cuenta de que había otros observando desde las alturas. Unos pocos neanderthales miraban desde las rocas, pero abajo no había nadie. Sobre el agua, las olas comenzaron a relucir con imágenes fragmentadas de luna. El cielo estaba punteado de estrellas.

Ahora un grupo de gente era conducido desde el templo hasta la plataforma. La mayoría eran niños altos. Habían un anciano cuya barba se sacudía por la brisa. Había una mujer de majestuosa apariencia. Todos estaban atados, todos estaban casi desnudos, y todos con excepción de las mujeres se movían inquietos y miraban nerviosamente a su alrededor.

El sacerdote vestido de negro desapareció dentro del templo y salió otra vez con algo que a la distancia le pareció al muchacho un cepillo de espalda. El sacerdote lo levantó a la luz de la luna y en el semicírculo de gente se alzó y se aquietó un murmullo. El muchacho vio que el mango tenía tres dientes que sobresalían bajo los luminosos rayos de luna.

El sacerdote se dirigió a la primera niña y le tomó un costado de la cabeza. Rápidamente hizo correr el triple filo por el costado izquierdo de la cara. La niña emitió un sonido indefinible, pero lo ahogó el susurro de la multitud. Hizo lo mismo con otro niño, que comenzó a gritar, y con otro. Cuando el filo le abrió la mejilla la mujer permaneció completamente quieta y sin vacilar. El anciano tenía miedo. El muchacho llegó a esa conclusión porque lo vio gemir y echarse atrás.

Un hombre y una mujer salieron del semicírculo y se lo entregaron al sacerdote. Mientras el filo rastrillaba el costado de la cara, el sollozo senil se convirtió en un alarido. Por un momento el muchacho pensó en los animales atrapados. El anciano se alejó tambaleante de sus captores y nadie le prestó mayor atención. El sacerdote se llevó nuevamente el cuerno a los labios y, el sonido agudo, brillante inundó las piedras.

Luego, como había llegado, la gente desapareció entre los árboles. Quorl tocó el hombro del muchacho y ellos también se internaron en el bosque. El muchacho alzó la vista y miró los ojos amarillos de Quorl, confundido. Pero no había explicación. En una ocasión vio que una figura blanca se lanzaba hacia su izquierda como una saeta de luna a través de un hombro desnudo. Tloto
estaba siguiéndolos.

El muchacho pasaba los días aprendiendo. Quorl le enseñó a quitarles las entrañas a los animales para hacer cordones. Había que estirarlos durante un tiempo y luego engrasarlos con trozos de cebo. Una vez aprendido esto se convirtió en su trabajo; así como cambiar el cebo en las trampas, así como cortar las ramas grandes de sauce para hacer jergones para dormir; así como separar la leña según el tamaño de los troncos; así como mantener unidas las ramas mientras Quorl las sujetaba para hacerse un toldo que los protegiera, la noche que llovió.

Cuando Quorl descubrió a qué le prestaba atención el muchacho, dejó de usar tantas palabras. Lo dejó hacer con tan sólo unos pocos nombres para tipos de trampas, de árboles, para indicar el nombre de los lugares en el bosque, el nombre de los animales. El muchacho aprendió a comprender. Seguía sin hablar una sola palabra.

Pero ahora que Quorl usaba menos palabras, podía darle al muchacho más de lo que él necesitaba.

-Allí hay un puercoespín -solía decir Quorl señalándolo.

Entonces el muchacho seguía rápidamente el dedo con los ojos y luego retiraba la vista, parpadeando en silenciosa comprensión.

Esa noche caminaban a través del bosque y Quorl dijo:

-Eres tan ruidoso como un tapir para caminar.- El muchacho había estado desplazándose sobre hojas secas. Obedientemente, apoyó los pies descalzos donde las hojas estaban húmedas y no crujían.

A veces el muchacho caminaba solo por el borde de la corriente. En una ocasión lo persiguió un cerdo salvaje y tuvo que treparse a un árbol. El cerdo intentó trepar detrás de él y entonces se sentó en la horquilla de una rama, mirando desde arriba la boca chillona, la cara llena de verrugas. Podía ver a cada una de las cerdas subir y bajar mientras el hueso de la quijada se movía bajo la piel. Tenía un colmillo roto.

Entonces escuchó una especie de maullido a su izquierda. Miró y vio que la figura babosa de Tloto se dirigía hacia su árbol. Una súbita urgencia lo impulsó más cerca de las palabras (¡Vete! ¡Aléjate!) de lo que lo había estado desde su llegada al bosque. Pero Tloto no podía ver. Tloto no podía escuchar. Apretó las manos hasta que la corteza le hizo arder las palmas.

De pronto el animal se apartó del árbol y arremetió contra Tloto. Instantáneamente el hombre babosa se volvió y desapareció.

El muchacho se dejó caer del árbol y corrió detrás del sonido del cerdo pisoteando la maleza. Seis metros más adelante, después de haberse lanzado entre el espeso follaje, irrumpió en un claro y se detuvo.

En la mitad del claro, el cerdo estaba luchando a medias por encima del terreno, a medias por debajo. Pero no era el terreno. Era un estercolero cubierto por hojas flotantes. El cerdo se hundía rápidamente.

Entonces el muchacho vio a Tloto del otro lado del claro, agitando las fosas nasales, moviendo la cabeza ciega de un lado a otro. De alguna manera el hombrecillo había logrado que el animal cayera en el estercolero. No estaba seguro, pero debía de haber sido eso lo que había ocurrido.

La urgencia que lo invadía ahora llegó muy rápido como para ser detenida. Tenía demasiado que ver con el reconocimiento de la suerte y la imposibilidad de toda la situación. El muchacho rió.

Él mismo se sorprendió con su risa y después de unos pocos segundos se detuvo. Luego se volvió. Quorl estaba parado detrás de él.

(Cuiiiiii… Cuiiiiiiaaaaaaa! Luego un murmullo, luego nada.)

Quorl también sonreía, con una sonrisa confundida.

- ¿Por qué te reías?

El muchacho miró hacia atrás. Tloto y el cerdo se habían ido.

Quorl condujo al muchacho de regreso a su terreno.

Mientras bordeaban la corriente Quorl vio las pisadas del muchacho en la tierra blanda y frunció el ceño.

-Dejar huellas en la tierra húmeda es peligroso. Los animales salvajes vienen a beber y pueden olerte, y te seguirán, para comer. Como ese cerdo que te perseguía, ¿Qué hubiera pasado si no se hubiera metido en la ciénaga? Si tienes que dejar huellas, déjalas sobre el polvo seco. Pero es mejor no dejarlas en ninguna parte.

El muchacho escuchó y recordó. Pero esa noche, apartó de su comida un gran trozo de carne. Cuando Tloto se acercó al círculo de fuego, Quorl se encogió de hombros desesperanzado y tiró un guijarro a la sombra que retrocedía.

-Es inútil -dijo Quorl-. No desperdicies la comida con él. Oh, supongo que todos somos histosentientes.

El muchacho sintió que en su interior algo se ponía en funcionamiento, una pregunta. Pero no se permitiría mover la lengua. Entonces rió. Quorl parecía azorado. El muchacho rió nuevamente. Entonces Quorl también rió.

-Aprenderás. Finalmente aprenderás. -Entonces el gigante se puso serio.- Sabes, este es el primer sonido histosentiente que te he escuchado desde que viniste aquí.

El muchacho frunció el ceño y el gigante repitió la frase. El rostro del muchacho mostró qué palabra lo desconcertaba.

El gigante pensó un minuto.

-Tú, yo, incluso Tloto, somos histosentientes. Los árboles, las rocas, los animales, ellos no lo son. Pero tu risa, eso es un sonido histosentiente; y esto quiere decir saber dónde has estado, dónde estás y dónde vas a estar. También quiere decir saber apreciarlo.

El muchacho miró hacia los árboles por donde había desaparecido Tloto.

-¿Todavía te estás preguntando por Tloto? Yo podría decirte de qué manera el vivir aquí, tan cerca de la barrera de radiación, obligó a algunas de nuestras tribus milenarias a adelantarse a la cadena humana de evolución, mientras otras tribus eran obligadas a retroceder, en ambos casos hasta un punto donde pudieran mantener cierta estabilidad genética. Pero Tloto -hay muy pocos como Tloto hoy día- es un tiro errante arrojado del espectro humano. Cuando veo que los hijos de los neanderthales lo molestan, los hago detenerse. Por los mismos motivos, me gustaría que tú dejaras de darle tu afecto. Puede dañarlo tanto como que le arrojen una piedra o una rama -hizo una pausa-. Pero tú no quieres estas palabras ahora.

El muchacho reflexionó. ¿Histosentiente? Desde algún lugar antes del cambio llegó a él otra palabra, se detuvo por la asociación de la rima, luego por las definiciones. Por un momento trató de poner una detrás de la otra, de comprender cuál debía ir primero. El proceso de definición estaba comenzando. Finalmente se durmió.

Ahora se reía muchísimo. La supervivencia estaba todo lo cerca de la rutina que lo permitía el bosque. Observaba a Quorl cuando se encontraba con otra gente del bosque. A menudo había palabras, a menudo, con la amistad y los buenos sentimientos, el muchacho podía sentirse cómodo. Pero si había alguien con cicatrices, Quorl se quedaba helado.

En una ocasión el muchacho fue hasta el templo que estaba sobre la plataforma de roca. La piedra estaba cavada. El sol estaba alto. Las cuevas representaban criaturas que hubieran podido ser humanas, pero se veían deformadas, distorsionadas, algunas casi irreconocibles. Cuando levantó la

vista, vio que el sacerdote había abandonado el templo y lo estaba observando. El sacerdote lo observó hasta que el muchacho retrocedió y se perdió entre los árboles.

Ahora intentaba escalar la montaña. Era difícil porque las corrientes de primavera habían hinchado e inundado las rocas y a menudo el terreno cedía bajo sus pies. Finalmente se detuvo ante un fragmento sobresaliente que se proyectaba por encima de las rocas y árboles. Se enjugó el sudor del mentón, se paró sobre la piedra y miró la ladera de la montaña. Estaba a gran altura.

Permaneció de pie, con una mano apoyada contra el tronco podrido de un árbol cercano, respirando profundamente y mirando al cielo con los ojos entrecerrados. (En tres o cuatro oportunidades Quorl y él habían ido de caza: un paseo los había llevado hasta el límite de una pradera desierta en la cual había restos de una granja violentamente deteriorada. No había gente. Otro paseo los había llevado al borde de la jungla, más allá de la cual la tierra era gris y agrietada, y entre montones de helechos serpenteantes se veía hilera tras hilera de chozas vacilantes. La mayor parte de la gente que vivía allí tenía cicatrices y pasaba la mayor parte del tiempo en grupos más grandes.) El muchacho se preguntaba si desde allí podría ver la pradera desierta o las hileras de chozas. Un río, una serpiente de luz, se arrollaban a través del valle en dirección al mar. El cielo era muy azul.

Primero lo escuchó y luego lo sintió. Se echó hacia atrás en busca de terreno más firme pero no lo suficientemente rápido. La roca se inclinó, se aflojó, estaba cayéndose. (Penetró en su recuerdo como una espada flamígera a través de una tela de lona: “...rodillas arriba, mentón abajo, rueda rápido" había dicho la muchacha hacía largo tiempo.) Hasta el sostén siguiente había tal vez seis metros.

Tres ramas le interrumpieron la caída y golpeó contra el suelo rodando como un huso. Algo más, la roca o un leño podrido golpeó un momento después contra el suelo donde él había estado. Se incorporó bien rápido, estirando la mano para sostenerse de la montaña que se despeñaba junto a él. Entonces golpeó algo duro; algo le devolvió el golpe e inicio el viaje en una nube de dolor.

Mucho tiempo después sacudió la cabeza, abrió los ojos y acomodó las mandíbulas. Pero el dolor era en la pierna, de modo que no le sirvió acomodar la mandíbula. Movió la cara en medio de migajas de basura. Le dolía todo el costado izquierdo del cuerpo; el dolor provenía de músculos tensionados hasta el agotamiento pero que no pueden distenderse.

Trató de arrastrarse, pero se aplastó contra la tierra, comiendo basura. Casi se desgarra la pierna. Tenía que estar tranquilo, en calma, descubrir exactamente qué estaba pasando. No podía destrozarse como el gato salvaje que había caído en la trampa de resortes y que se había desangrado después de hacerse pedazos con los dientes las dos patas traseras.

Pero cada movimiento que hacía, cada pensamiento, era un haz verde oscuro de dolor. Se incorporó y miró hacia atrás. Luego se echó otra vez y cerró los

ojos. Tenía un leño del grosor de su cuerpo, atravesado sobre la pierna. Trató de sacárselo de encima, pero sólo consiguió que la corteza le hiciera arder la palma y finalmente perdió el conocimiento por el esfuerzo.

Cuando se despertó, el dolor estaba muy lejos. La atmósfera era más oscura. No, no estaba totalmente despierto. Estaba soñando con algo, algo suave, un pequeño jardín con sombras que se agitaban en el límite de su visión, alegre y fresco, un pequeño jardín detrás de...

Súbitamente, muy súbitamente le golpeó la verdad de lo que estaba ocurriendo, el lento fluir de los pensamientos, la respiración, tal vez incluso el corazón. Entonces se encontró luchando otra vez, luchando con tanta fuerza que si hubiera tenido aún esa fuerza se habría arrancado él mismo la pierna, pensando, mientras luchaba, en el gato salvaje, sin importarle si él era menos que la bestia, peleando sólo para deshacerse del dolor, descubriendo que la sangre había comenzado a manar nuevamente por debajo del leño, apenas unas gotas...

Entonces las sombras lo cubrieron, a él, a los sueños, y el olvido total le nubló los ojos.

Tloto tuvo que arrastrar a Quorl hasta la mitad de la montaña antes de que el gigante comprendiera. Cuando lo hizo, comenzó a correr. Quorl escontró al muchacho justo antes del atardecer. Respiraba entrecortadamente, con los puños apretados y los ojos cerrados. La sangre que manchaba el terreno estaba seca.

Las manos grandes, marrones, agarraron el leño y comenzaron a moverlo. El muchacho dejó escapar entre los dientes un sonido agudo.

Las manos, con sus nudos y nervaduras, alzaron el leño; el sonido agudo se convirtió en un aullido. Los pies del gigante luchaban contra la suciedad, resbalaban en ella, y las manos que habían roto cuellos diminutos y que habían atado ramitas con cuerdas de entraña, dieron un tirón; el aullido se convirtió en un alarido. Luego otro alarido. Y otro.

El leño, al aflojarse, desgarró unos centímetros la pierna del muchacho. Quorl lo observó y lo ayudó a levantarse.

Este es el mejor sueño, pensó el muchacho desde ese lugar oscuro en el cual se había alejado del dolor, porque Quorl está aquí. Ahora las manos lo levantaban, estaba cerca, tibio, de alguna manera a salvo. Tenía la mejilla contra el vigoroso músculo del hombro y podía además oler a Quorl. Entonces dejó de gritar y volvió la cabeza para que el dolor se fuera. Pero no se iba. No se iba. Entonces el muchacho lloró.

Las primeras lágrimas después de todo ese dolor le llenaron los ojos de sal y lloró hasta quedarse dormido.

Al día siguiente Quorí tenía un remedio ("Del sacerdote", dijo) que aliviaba el dolor y favorecía la curación. También le hizo un par de muletas de madera.

A pesar de que el músculo y los ligamentos habían sido destrozados y la piel desgarrada, no tenía huesos rotos.

Esa noche lloviznó y comieron bajo el toldo. Tloto no se acercó, y esta vez fue Quorl quien guardó algo de carne y no dejó de mirar entre los árboles húmedos.

Quorl le había contado al muchacho de qué manera lo había guiado Tloto; cuando terminaron de comer, Quorl tomó la carne y se alejó bajo la llovizna.

El muchacho se tendió para dormir. Pensaba que la carne era una recompensa para Tloto. Esa noche Quorl había estado mucho más grave que de costumbre. Lo último que se preguntó antes que el sueño le llenara los ojos y los oídos fue de qué manera Tloto, ciego, sordo, había logrado saber dónde estaba.Cuando se despertó había dejado de llover. El aire estaba helado y húmedo. Quorl no había regresado.

Otra vez llegaba el sonido del cuerno. El muchacho se incorporó y titubeó por el agudo dolor en la pierna. A la izquierda, la luna desaparecía entre los árboles. El sonido llegó por tercera vez, distante, claro y marino. El muchacho tomó las muletas y se puso de pie con dificultad. Contó hasta diez, esperando que Quorl regresara súbitamente y fuera con él.

Finalmente respiró hondo y comenzó a avanzar a los saltitos. La luna hizo que los últimos metros fueran fáciles. Llegó a un punto desde el cual podía ver la piedra a través de las hojas húmedas.

El cielo estaba cubierto por el rocío; la luna era una perla indistinta en la bruma. El mar estaba opaco. La gente ya estaba reunida. El muchacho miró al sacerdote, luego al círculo de gente. ¡Uno de ellos era Quorl!

Se inclinó hacia adelante todo lo que pudo. El sacerdote sopló nuevamente el cuerno y los prisioneros salieron del templo: primero tres muchachos, luego una chica mayor, luego un hombre. El siguiente... ¡Tloto! Mármol blanco bajo la luna opacada, los pies torcidos de Tloto tropezaban sobre la piedra. La cabeza ciega se movía de izquierda a derecha con desconcierto.

Cuando el sacerdote alzó el cuchillo de tres puntas, las manos del muchacho apretaron las muletas. El sacerdote pasó de un prisionero a otro. Tloto se estremeció y el muchacho tragó una bocanada de aire mientras el cuchillo corría; sintió que su propia carne se desgarraba bajo el filo. Entonces el murmullo se extinguió, se liberó a los prisioneros y la gente se alejó en fila en dirección al bosque.

El muchacho esperó para ver qué camino tomaba Quorl antes de empezar su marcha entre los arbustos tan rápido como se lo permitían las muletas. En el sendero había mucha gente que venía desde el templo de roca. ¡Allí estaba Quorl!

Cuando lo alcanzó, el gigante lo vio y disminuyó la velocidad. Con todo mantenía los ojos amarillos apartados. Finalmente dijo:

-Tú no entiendes. Tuve que agarrarlo. Tenía que entregarlo para que lo marcaran. Pero tú no entiendes. Pero tú no entiendes. -El muchacho apenas miraba por donde iban. Observaba al gigante fijamente.

-Tú no entiendes -dijo Quorl nuevamente. Entonces miró al muchacho y permaneció un momento en silencio-. No, no entiendes -repitió-. Vamos. -Se apartaron del sendero principal, avanzando más lentamente.- Es una costumbre, una costumbre importante. Sí, ya sé que le hizo daño. Ya sé que tenía miedo. Pero tenía que ser. Tloto es uno de esos que conocen el pensamiento de los demás. -Quorl hizo silencio durante un momento.- Déjame que intente decirte por qué tuve que hacer daño a tu amigo. Sí, yo sé que ahora es tu amigo. Pero una vez te dije que Tloto es histosentiente. Estaba equivocado. Tloto es más que eso. Él, y otros que están marcados, esa gente se las arregla para saber cosas. Así fue cómo Tloto sobrevivió. Así fue como supo dónde estabas, en qué momento te lastimaste. Conoce el interior de tu mente. Muchos de ellos nacen así, a veces cada año, entre la gente alta. Tan pronto como los descubrimos, los marcamos. Muchos tratan de ocultarlo. Algunos tienen éxito durante mucho tiempo. ¿Puedes entender? ;Puedes? Cuando Tloto me mostró dónde estabas, supo que yo sabría, que sería apresado y marcado. ¿Entiendes? -Hizo nuevamente una pausa y miró al muchacho. Los ojos todavía mostraban dolorida confusión.- Tú quieres saber por qué. Yo... nosotros. Hace mucho tiempo, cuando los descubríamos los matábamos. Tenemos un espectro del amor más amplio que el tuyo. La marca les recuerda que son diferentes y sin embargo iguales a nosotros. Tal vez no sea así. No duele demasiado y ayuda. De todos modos, ya no los matamos más. Sabemos que son importantes... -de pronto, luego de habérselo dicho todo al muchacho, a Quorl le pareció equivocado, incorrecto. Entonces le dio al muchacho aquello para lo cual había sido enviado al bosque, lo que la duquesa había descubierto y que consideraba necesario-. Estaba equivocado -dijo Quorl-. Lo siento. Mañana le hablaré al sacerdote.

Caminaron hasta que la aurora iluminó el cielo por detrás de los árboles. En una ocasión Quorl miró y dijo:

-Quiero mostrarte algo. Estamos muy cerca y el tiempo es apropiado.

Caminaron pocos minutos más hasta que Quorl señaló un muro de hojas y dijo:

-Por allí.

Mientras se abrían paso a través del follaje chorreante, una luz brillante les barnizaba la cara. Estaban sobre un pequeño acantilado que daba a la montaña. Una niebla color oro pálido, el mismo oro que el muchacho había visto en el atardecer, recorría todo el cielo. El centro echaba llamas por el sol brumoso y por debajo de ellos, en medio de la niebla, se veían algunos vestigios de agua, del color de la llama sobre una hoja de estaño, sin límites ni contornos.

-Ese es un lago que corre entre esta montaña y la siguiente -djjo Quorl señalando el agua-. ¿Ves lo que están haciendo? No, hay demasiada niebla. Pero mira el lago.

-Yo pensé... -la lengua del muchacho, más floja por la risa y el llanto, finalmente se alzaba contra la palabra-... yo pensé que era el mar.

Quorl sonrió.

Detrás de ellos apareció la figura agazapada de Tloto. Las gotas que caían de las hojas húmedas le quemaban el cuello y la espalda, por encima de la sangre que se estaba secando. Movió la cara sin expresión de izquierda a derecha bajo la luz dorada y, a pesar de todo su conocimiento, no pudo comunicar dolor alguno.

CAPÍTULO NUEVE

Clea Koshar había estado instalada en su despacho de gobierno durante tres días. El cuaderno en el cual había estado haciendo su propio trabajo sobre funciones trigonométricas inversas hacía exactamente tres minutos que estaba guardado en su escritorio cuando hizo su primer descubrimiento, que le dio un lugar permanente en la historia de las Guerras de Toromon como primer héroe militar. De pronto golpeó con el puño en la computadora, arrojó el lápiz al aire, murmuró "¿Qué diablos es esto?" y disco para hablar con el ministerio de guerra.

Le llevó diez minutos encontrar a Tomar. La cabeza pelirroja del joven apareció en el visor del aparato. La reconoció y sonrió:

-Hola.

-Hola -dijo ella-. Acabo de extraer esas cifras que nos enviaron ustedes sobre datos desde la barrera de radiación, y todas esas lecturas viejas de la época en que Telphar fue destruida. Tomar, ni siquiera tuve que alimentar a la computadora. Simplemente las miré, ¡La radiación fue creada artificialmente! Su incremento es totalmente invariable. Al menos en la segunda derivada. El modelo de acumulación es tal que no podía haber más de dos generadores simples, o uno complejo...

-Más despacio -dijo Tomar-. ¿Qué quieres decir con generadores?

-La barrera de radiación o al menos la mayor parte de ella, se mantiene artificialmente. Y no hay más de dos generadores, y posiblemente sólo uno, manteniéndola.

- ¿Cómo generas la radiación? -preguntó Tomar.

-No sé -dijo Clea-. Pero alguien ha estado haciéndolo.

-No quiero voltearte de un golpe, genio, pero ¿cómo fue que nadie lo descubrió?

-Simplemente creo que nadie pensó que era una posibilidad, o pensó en ello gratuitamente tomando la segunda derivada, o no se molestó en mirar los datos antes de entrarlos en la computadora. En veinte minutos puedo calcularte la ubicación.

-Hazlo -dijo él-, y yo daré la información a quien sea que deba dársela. Sabes que esta es la primera información de importancia que obtenemos de ese escándalo de reglas de cálculo de allí arriba. Tendría que haber pensado que muy probablemente vendría de ti. Si podemos usarla, gracias.

Clea le tiró un beso mientras la cara de Tomar desaparecía con un guiño. Entonces sacó nuevamente el anotador. Diez minutos después el visor la

llamó con un chasquido. Se volvió hacia él y trató de conseguir la comunicación, pero no pudo. Buscó dentro del escritorio y sacó un equipo de bolsillo pequeño y ya estaba por atacar el estuche del filtrador de frecuencia cuando el chasquido se hizo más fuerte y ella escuchó una voz. Dejó el destornillador otra vez sobre el escritorio. En la pantalla apareció y desapareció una cara. El rostro tenía cabello oscuro, con un aire familiar. Pero se fue antes que Clea pudiera asegurarse.

Señales cruzadas de otra línea, pensó. Quizás un corto circuito en el mecanismo de discado. Echó un vistazo a su anotador y levanto nuevamente el lápiz en el momento en que la figura aparecía otra vez en la pantalla. Esta vez era clara y se movía. El aire familiar, Clea no se dio cuenta, era el aire familiar de su cara en la de un hombre.

-Hola -dijo-. Hola, hola. ¿Clea?

-Quién es? -preguntó ella.

-Clea, soy Jon.

Se sentó muy quieta, tratando de poner nuevamente dos mitades juntas (como en el bosque, un príncipe había sentido que las mismas cosas se desgarraban). Clea tuvo éxito.

-Se supone que tú estás... muerto. Quiero decir que pensé que lo estabas. ¿Dónde estás, Jon?

-Clea -dijo él-. Clea... tengo que hablar contigo.

Hubo un silencio de cinco segundos.

-Jon, Jon, ¿cómo estás?

-Bien -dijo él-. De verdad. Ya no estoy más en la cárcel. Hace tiempo que estoy afuera y he hecho muchas cosas. Pero, Clea, necesito tu ayuda.

-Por supuesto -dijo ella-. Dime cómo puedo ayudarte. ¿Qué quieres que haga?

- ¿Quieres saber dónde estoy? -dijo él-. ¿Qué he estado haciendo? Estoy en Telphar y estoy tratando de detener la guerra.

-¿En Telphar?

-Hay algo detrás de la barrera de radiación. Estoy a punto de atravesarla y ver qué se puede hacer. Pero necesito alguna ayuda de los míos. He estado monitorizando llamados telefónicos en Toron. Aquí hay un equipo espantoso más o menos mío, si es que puedo descubrir cómo usarlo. Y aquí encontré un amigo que sabe más de lo que yo creía de este asunto. He escuchado por casualidad algunos llamados a reunión por circuito cerrado, y estoy hablando contigo por el mismo método. Ya sé que cuentas con los favores del mayor Tomar y sé que es uno de los pocos que se merecen confianza en toda

esa mezcolanza de militares. Clea, más allá de la Ciudad Muerta hay algo hostil a Toromon, pero una guerra no es la respuesta. Lo que está provocando la guerra es la inquietud que hay en Toromon. Y la guerra no va a remediarlo. La emigración, la cuestión alimentos, el excesivo número de hombres reclutables, la deflación: eso es lo que está causando tu guerra. Si eso puede detenerse, entonces aquí pueden tratarse las cosas rápida y pacíficamente. Allí en Toron ni siquiera saben quién es el enemigo. No permitirían que ustedes lo supieran aunque ellos mismos lo supieran.

-¿Tú lo sabes? -preguntó Clea.

Jon hizo nuevamente una pausa. Luego dijo:

-Cualquier cosa que sea, la guerra no va a exorcizarla.

-¿Tú puedes? -preguntó Clea.

Jon hizo una nueva pausa.

-Sí, no puedo decirte cómo; pero digamos que lo que les está causando problemas es mucho más simple que lo que nos está causando problemas a nosotros en Toromon.

-Jon -preguntó Clea de pronto-, ¿qué es lo que pasa en Telphar? Sabes que si puedo te ayudaré, pero dime.

La cara reflejada en el visor era serena. Luego inspiró profundamente.

-Clea, parece una tumba al aire libre. La ciudad es muy diferente de Toron. Fue planeada, todas las calles son regulares, no hay Olla del Diablo, no podría haber una jamás. Las carreteras construidas sobre nivel serpentean entre edificios más altos. Ahora estoy en el Palacio de las Estrellas. Era un edificio magnífico -la cara miraba a derecha e izquierda-. Todavía lo es. Tiene laboratorios sorprendentes, salas de conferencia plateadas con cielorrasos que reproducen las estrellas. La planta eléctrica todavía funciona. En la mayor parte de las casas puedes entrar directamente y prender una luz. Sin embargo, la mitad de las cañerías de la ciudad están destruidas. Pero en el palacio todavía funciona todo. Debe de haber sido un hermoso lugar para vivir. Cuando se hicieron evacuaciones por el incremento de la radiación hubo algo de pillaje por parte de los soldados...

-La radiación... -comenzó Clea.

Jon rió.

-Oh, eso no nos molesta. Es demasiado complicado para explicarlo ahora, pero no nos molesta.

-No me refiero a eso -dijo Clea-. Supuse que si estabas libre, obviamente no te molestaba. Pero Jon, y esto no es propaganda del gobierno, porque yo misma hice el descubrimiento; lo que está más allá de la barrera fue lo que causó el incremento de la radiación que destruyó Telphar. En algún lugar

cerca de Telphar hay un proyector que provoca el incremento, y todavía está funcionando. Esto no ha sido dado a conocer a la gente, pero si quieres detener tu guerra nunca lo hagas si el gobierno puede culpar al enemigo de la destrucción de Telphar. Eso es todo cuanto necesitan.

-Clea, todavía no terminé de hablarte de Telphar. Te dije que la electricidad todavía funciona. Bueno, al entrar en la mayoría de las casas prendes la luz y encuentras un par de cadáveres de sesenta años en el suelo. En los caminos, puedes encontrar un accidente cada treinta metros. Hay casi diez mil cuerpos en el Estadio de las Estrellas. No es muy bonito. Arkor y yo somos los dos únicos seres humanos que tenemos una idea de lo que significó realmente la destrucción de Telphar. Y todavía creemos que estamos en lo cierto.

-Jon, yo no puedo retener una información...

-No, no -dijo Jon-. No te lo pediría. Por otra parte, oí tu último llamado telefónico. De modo que ya está. Quiero que hagas dos cosas por mí. Una tiene que ver con papá. La otra es entregar un mensaje. Escuché que hay un llamado a conferencia entre el Primer Ministro Chargilly algunos de los miembros del Concejo. Están por pedirle a papá una inmensa suma de dinero para financiar la primera ofensiva de esta guerra. Trata de convencerlo que hará más daño que bien. Mira, Clea, te has formado una mente matemática. Muéstrale cómo funcionan todas estas cosas. Aunque no lo pretenda, él es casi tan responsable de todo esto como cualquier otro individuo. Trata de que evite que la producción inunde a la ciudad. Y no por la salud de Toromon, mira bien, muy bien a sus supervisores, que van a hacer caer la isla al mar con todas sus intrigas y objetivos cruzados. Todo lo que puedo hacer es ponerte en la buena senda, Clea, y tendrás que empezar a partir de allí. Ahora el
mensaje. El único circuito que no puedo interrumpir es el sistema del Palacio Real. Simplemente puedo escuchar sin que me escuchen. Tengo un mensaje para la Duquesa de Petra. Dile que vaya a Telphar dentro de las próximas cuarenta y ocho horas utilizando la cinta de paso. Dile que hay dos chiquillos a los que les debe un favor. Y dile que le debe cuatro o cinco favores a la niña. ¡Ella se dará cuenta de quiénes son!

Clea garabateaba el mensaje.

-¿La cinta de paso todavía funciona? -preguntó.

-Funcionaba cuando escapé de prisión -dijo Jon-. No veo por qué no puede funcionar ahora.

-¿La usaste? -dijo Clea-. ¡Eso significa que estabas en Toron!

-Es verdad. Y también estuve en tu fiesta.

-Entonces... -hizo una pausa. Luego se rió-. Estoy tan contenta, Jon, estoy tan contenta de que
fueras tú después de todo.

-Vamos, hermanita, hablame de ti -dijo Jon-. ¿Qué ha estado pasando en el mundo real? Hace mucho que estoy alejado de él. Aquí en Telphar no me siento mucho más cerca. Ahora mismo estoy dando vueltas con mi traje de nacimiento. Cuando veníamos para aquí nos metimos en una situación confusa y tuve que abandonar las ropas para evitar que me tomaran prisionero. También te explicaré esto más tarde. ¿Y qué me dices de ti?

-Oh, no hay nada para contar. Pero a ti creo que hay. Me gradué, con honores. Crecí, me comprometí con Tomar ¿Lo sabías? Papá lo aprueba y vamos a casarnos tan pronto termine la guerra. Estoy trabajando en un proyecto para definir funciones sub-trigonométricas inversas. En este momento esas son las cosas más importantes en mi vida. Se supone que estoy trabajando para la causa de la guerra, pero con excepción de esta tarde, no he hecho mucho.

-Bien, -dijo Jon-. Está dentro de lo correcto.

- ¿Y tú? ¿Y las ropas? -Clea sonrió en el visor y él le devolvió la sonrisa.

-Bueno... no, no podrías creerlo. Al menos si te lo contara de esa manera. Arkor, el amigo que está conmigo, es uno de los habitantes del bosque. Dejó el bosque para pasar un tiempo en Toron, que fue donde lo conocí. Aparentemente logró acumular una sorprendente reserva de información sobre toda clase de cosas, electrónica, lenguaje, incluso música. Uno podría decir que puede leer la mente. Y aquí estamos, en el bosque, a través de la prisión de las minas y en Telphar.

-Jon, ¿cómo son las minas? Siempre me pregunté cómo papá podría usar el tetrón sabiendo que tú eras azotado para conseguirlo.

-Alguna noche tú y yo nos pondremos borrachos y yo te contaré cómo son las minas -dijo Jon-. Pero recién entonces. Cuando estés tratando de convencer a papá, saca como tema ese de las minas y yo.

-No te preocupes -dijo ella-. Lo haré.

-De todos modos -continuó Jon-, teníamos que atravesar el bosque sin ser vistos y con todas esas hojas estaba bastante oscuro. Arkor pudo hacerlo porque él era del bosque y nadie podía detenerlo. Pero como ellos me habían visto, tuve que hacer la mayor parte del camino desnudo como un pajarito.

Clea frunció el ceño.

-No entiendo. ¿Estás seguro de qué estas bien?

-Por supuesto que estoy bien -Jon rió-. Realmente todavía no puedo explicártelo, nada más. Estoy tan feliz de verte otra vez, de poder hablar contigo. Hermanita, he deseado ser libre durante tanto tiempo, verte a ti y a papá otra vez... está todo bien con excepción del lloriqueo.

Las lágrimas se alzaron en su interior como una ola y le inundaron los ojos, y luego una desbordó y cayó por el lado derecho de la nariz de Clea.

-Ya ves lo que estás haciendo -dijo. Y se rieron una vez más-. Verte otra vez, Jon, es tan... hermoso.

-Te quiero, hermanita -dijo Jon-. Gracias y hasta dentro de un rato.

-Transmitiré tu mensaje. Hasta luego -el teléfono hizo un guiño y se oscureció y ella permaneció allí preguntándose si la tensión tal vez no era demasiada. Pero no lo era, y tenía mensajes para transmitir.

CAPITULO DIEZ

En las dos horas siguientes murieron dos personas, a millas de distancia.

-No sea tonto -decía Rara en la posada de la Olla del Diablo-. Soy una enfermera perfecta. ¿Quiere ver mi licencia?

El canoso Geryn estaba sentado muy derecho en su silla junto a la ventana. El azul se filtraba como un líquido por los cristales.

-¿Por qué lo hice? -dijo-. Estaba equivocado. Yo... yo quiero a mi país.

Rara sacó la manta del respaldo de la silla y envolvió con ella los hombros temblorosos.

-¿De qué está hablando? -dijo, pero la marca de nacimiento era de color púrpura oscuro por la preocupación.

Geryn se quitó la manta de los hombros y sacudió la mano sobre la mesa donde yacían las viejas noticias:

¡PRÍNCIPE SECUESTRADO!
¡EL REY DECLARA LA GUERRA!

Los hombros de Geryn comenzaron a temblar violentamente.

-Siéntese otra vez -dijo Rara.

Geryn permanecía de pie.

-Siéntese -repitió Rara-. Siéntese. Usted no está bien, ¡siéntese!

Geryn se sentó con el cuerpo rígido. Se volvió hacia Rara.

-¿Yo provoqué una guerra? Traté de detenerla. Era todo cuanto deseaba. Habría ocurrido si...

-Siéntese -dijo Rara-. Si va a hablar con alguien, hable conmigo. Puedo responderle. Geryn, usted no provocó una guerra.

Geryn se puso súbitamente de pie una vez más, dio unos pasos tambaleantes, golpeó con la palma de la mano sobre la mesa y comenzó a toser.

-Por amor de Dios -gritó Rara, tratando de hacer sentar al anciano-, ¿va a sentarse y tranquilizarse de una vez? ¡No está bien! No está para nada bien. -Desde arriba de la casa llegaba el golpeteo débil de las hélices de un helicóptero.

Geryn volvió a su silla. De pronto se reclinó, echó la cabeza hacia atrás. La nuez se le marcaba en lo alto del cuello. Rara se acercó de un salto y trató de levantarle la cabeza.

-Cielo querido -suspiraba-. Basta. Basta o se hará daño.

Geryn alzó nuevamente la cabeza.

-Una guerra -dijo-. Ellos hicieron que yo la empezara...

-Nadie le hizo hacer nada -dijo Rara-. Y usted no inició la guerra.

-¿Está segura? -preguntó Geryn-. No, no puede estar segura. Nadie puede. Nadie...

-Por favor trate de tranquilizarse -repitió Rara, acomodando la manta.

Geryn se tranquilizó. Le recorrió todo el cuerpo, empezando por las manos. Los hombros cedieron un poco, la cabeza cayó hacia adelante, el estómago se aflojó, se doblegó la espalda. Ese frágil puñado de músculos que había atrapado la vida dentro del cuerpo tensionado durante setenta años, sacudiéndose en el pecho, eso también se tranquilizó. Luego se detuvo. Geryn resbaló al piso.

La caída del cuerpo también arrastró a Rara. Sin darse cuenta de que estaba muerto, Rara trataba de subirlo otra vez a la silla cuando el sonido de las hélices del helicóptero se hizo más alto.

Alzó la vista y vio que la ventana se oscurecía con una sombra de metal.

-¡Dios mío! -exclamó. Entonces el vidrio se hizo añicos.

Gritó, rodeó la mesa y atravesó corriendo la puerta, a la que cerró de un golpe.

Por encima de la flexible rampa de metal que se enganchaba en el quicio de la ventana dos hombres
entraron en la habitación. Espada flamígera en mano, se dirigieron al cuerpo contraído, lo levantaron y lo llevaron hasta la ventana. Las bandas del brazo mostraban la insignia real de los guardias del palacio.

Tel corría calle abajo porque alguien iba siguiéndolo. Dobló por una callecita lateral y se deslizó volando por unos escalones de piedra. Oyó un helicóptero sobre su cabeza.

El corazón le latía en el pecho como explosiones, como el mar, como su océano. En una ocasión había mirado a través de una grieta de unos quince centímetros, entre agua cristalina y la cima de una cueva normalmente sumergida y había visto estrellas de mar, anaranjadas y húmedas aferradas a la piedra mojada, temblando al ritmo de su respiración. Ahora él estaba atrapado en la cueva de la ciudad, la marea del miedo creciendo hasta dejarlo encerrado. Por encima se oían pasos.

Cerca de allí había una escalera de mano que llevaba a una puerta falsa que lo pondría en la sala de una vivienda. La trepó y subió los peldaños regulares que conducían al techo. Atravesó la superficie de alquitrán, llegó al borde y espió la callejuela de abajo. Dos hombres, que podían haber sido los que lo seguían, se acercaban desde los extremos opuestos de la calle. El cielo se
iba oscureciendo por el atardecer y estaba fresco. Los dos hombres se encontraron y entonces uno señaló el techo.

-Maldito sea -murmuró Tel, retrocedió agachado y se mordió la lengua con sorpresa. Abrió la boca y respiró fuerte, sosteniéndose un costado de la mandíbula. El helicóptero estaba acercándose.

Entonces le cayó encima algo muy liviano. Se olvidó de la lengua mordida y dio unos tirones. Pero era fuerte, le enganchó los pies y cayó hacia adelante. Fue recién cuando lo alzaron del techo que se dio cuenta que estaba atrapado por una red. Lo estaban llevando hacia arriba, en dirección al sonido de las hélices del helicóptero.

Cuando llegó la orden, ni siquiera tuvo tiempo de despedirse de Clea. Otros dos matemáticos del cuerpo habían mostrado adecuada sorpresa ante el descubrimiento de Clea y habían procedido a localizar el generador. El general sucesor, utilizando una estrategia que Tomar no comprendía del todo, decidió que ahora era el momento para un golpe activo.

-Por otra parte -añadió-, si no les damos combate pronto, perderemos (y uso perder en el sentido de "usar mal") esta guerra.

La sombra de la torre de control caía sobre el parabrisas y resbalaba por la cara de Tomar. Se levantó los anteojos de sol y suspiró. Combate activo. ¿Qué diablos iban a combatir? El desorden, la desorganización lo golpearon como una farsa. Aunque después del pescado envenenado, la farsa ya no era divertida.

Los edificios del área de operaciones se desplazaban hacia uno y otro lado. La cinta de paso resplandecía debajo mientras los otros seis aviones de la formación lo seguían atrás. Un momento más tarde la isla era un panal de oscuridad sobre la cresta del mar del crepúsculo.

Las nubes atravesaban como bandas al cielo azul oscuro. Había tres estrellas, las mismas estrellas que había contemplado siendo un muchacho, cuando terminaba su jornada de trabajo de sol a sol. Entre hambruna y hambruna había ocasiones en las que uno podía mirar las estrellas y admirarse, como lo hacía ahora entre momentos de trabajo y trabajo.

Los controles estaban instalados. No había otra cosa que hacer más que esperar pista para elevarse por encima del límite de mundo.

Al final de la cinta de paso había una esfera de cristal transparente, de cuatro metros y medio de diámetro que pendía sobre el escenario de recepción. Una docena de pequeñas unidades de tetrón rodeaban la habitación. Junto a una ventana ornamentada una hilera de cuarenta y nueve prominentes perillas escarlata indicaban "encendido". En la plataforma que estaba por encima del escenario había dos hombres, uno joven y de cabello negro, el otro un gigante moreno con tres cicatrices que le recorrían la mejilla izquierda.

En otra habitación, cadáveres, tiesos y encogidos, yacían sobre terciopelo verde.

Era de noche en el solario del edificio del Servicio Médico. Los pacientes estaban a punto de ser conducidos como rebaños desde sus reposeras y mesas de juego, instaladas debajo del techo de cristal, de regreso a sus salas, cuando una mujer gritó. Entonces se oyó ruido de vidrios rotos. Gritó más gente.

Alter escuchó el rugido de las hélices del helicóptero. La gente corría a su alrededor. De pronto, la multitud de pacientes vestidos con batas irrumpió frente a ella. Se tocó el yeso que le cubría el hombro izquierdo y el brazo. La gente gritaba. Entonces vio.

La cúpula de cristal estaba astillada en el borde y la rampa de metal flexible corría como una cinta desde el helicóptero hasta el borde del solario. Los hombres tenían la insignia de los guardias reales. Alter apretó las mandíbulas y se puso detrás de una enfermera. Tenía un yeso en un brazo y

en el hombro. Los hombres marchaban, espadas flamígeras en alto, entre las reposeras dadas vuelta. Había tres estrellas visibles, advirtió sin darle importancia, a través de la burbuja de la cúpula.

¡Por Dios! ¡Se acercaban a ella!

En el momento en que los guardias la reconocieron, se dio cuenta de que el único modo de escapar era cruzar el piso de metal repentinamente inmenso hasta el hueco de la escalera. Agachó la cabeza, se apartó de la multitud de pacientes y corrió, preguntándose por qué había sido tan tonta de esperar tanto tiempo. El guardia la detuvo y escuchó gritos otra vez.

Cayó sobre el piso duro y sintió que dentro del yeso explotaba de dolor. El guardia trató de levantarla, y con la mano sana Alter le tiró un golpe a la cara. Luego puso la palma derecha y con el dorso lo golpeó en un costado del cuello.

El guardia tambaleó y Alter sintió que ella misma se caía. Entonces alguien le agarró un mechón de pelo y le tiró hacia atrás la cabeza. Al principio cerró los ojos. Luego tuvo que abrirlos. La noche llegaba a ella a través de la cúpula del solano. El extremo astillado del cristal pasó por encima de ella e hizo más frío, y siguió el rugido sordo de las hélices de los helicópteros.

- ¿En servicio?

-Muerto en servicio -repitió Tomar en el micrófono. Abajo, se deslizaba el arco de tierra. La luna blanqueaba los bordes de la oscuridad de variados matices y luego desaparecía por debajo.

-¿En qué está pensando, mayor? -llegó nuevamente la voz desde el aparato.

-No estoy pensando en nada -dijo Tomar-, excepto en esperar. Es curioso. Es casi lo único que se hace en este ejército, esperar. Uno espera para salir y luchar. Y una vez que uno ha salido, entonces empieza a esperar para dar la vuelta y regresar.

-Me pregunto cómo será.

-Unas pocas bombas sobre el generador, luego tendremos que tener un combate activo y todo el mundo estará feliz.

Una risa, mecánica, a través del micrófono.

-Suponga que ellos "activan" en respuesta.

-Si destruyen nuestros aviones como lo hicieron antes, nosotros lo haremos otra vez con la isla.

-Tuve que devolver una taza de café al hangar, mayor. Esperé que hubiera luz para poder ver lo que estábamos haciendo.

-Deje de quejarse.

-Eh, mayor.

-¿Qué?

-He inventado una nueva clase de dados.

-No me diga.

-Lo que tiene que hacer es tomar quince monedas de cien unidades y armar un cuadrado de cuatro por cuatro, dejando un extremo libre. Entonces toma una moneda número dieciseis y apunta al extremo que falta, a cuarenta y cinco grados a un lado o al otro de la diagonal. Resulta que, no interesa cómo lo haga, si se tocan todas las monedas del cuadrado, dos monedas van a volar entre las siete al extremo opuesto. Cada una de ellas tiene un número y los dos números que vuelan son los mismos números que aparecen en el dado. Esto es mejor que los dados comunes porque en algunas combinaciones las posibilidades son mayores. Y hay también cierta cantidad de habilidad implicada. Los chicos lo llaman Erramat, por números erráticos y matrices.

-Algún día le mostraré un juego -dijo Tomar-. Sabe, si usted usara una moneda más pequeña que una de cien unidades para arrojarla al extremo que falta, digamos una de diez unidades, las posibilidades serían mayores, y eso es su erratismo.

-¿Realmente?

-Seguro -dijo Tomar-, mi novia es matemática y me estuvo hablando sobre probabilidad unas semanas atrás. Apuesto a que ella estaría interesada en el juego.

-¿Sabe una cosa, mayor?

-¿Qué?

-Pienso que es el mejor oficial de este maldito ejército.

Tal fue la conversación antes de librarse la primera batalla de la guerra.

Tal fue la conversación que Jon Koshar monitorizó en el laboratorio del Palacio de las Estrellas en Telphar.

-Oh, maldito sea -dijo-. Vamos, Arkor. Será mejor que vayamos. Si la duquesa no llega pronto aquí con Geryn... Mejor no pensar en eso. -Garabateó una nota, la puso frente a uno de los visores y disco el número de alguien que estaba en un puesto frente a la plataforma de recepción de la línea de tránsito.

-Hola -dijo-. Hay instrucciones de seguirnos tan pronto ella llegue aquí. Y es mejor que no se equivoque -bajó los escalones de metal que llevaban a una doble puerta que se abría a un camino.

Allí había dos vehículos mecánicos, ambos con precontroles fijados para destinos similares. Jon y Arkor se treparon en uno, lo pusieron en marcha y el coche arrancó a gran velocidad por la elevada carretera. Luces de mercurio blancas inundaban la franja de cemento mientras atravesaban la ciudad muerta.

El camino se hundía y las casas se hacían más bajas. El horizonte resplandecía. Nubes amarillas se precipitaban en el final de la tarde. Se oía un zumbido de aviones.

Cuando el coche se detuvo en los límites estériles del último suburbio de Telphar, una repentina franja blanca brotó del horizonte.

-Oh, oh, -dijo Jon-. Eso es lo que me temía.

Algo se prendió fuego en el aire, se retorció locamente en el cielo y comenzó a descender en círculos de llama.

- ¡Mayor, mayor! ¿Qué le pasó al D-42?

-Algo lo agarró. ¡Apártense! ¡Apártense todos!

-No podemos ubicarlo. ¿De dónde venía?

-Está bien. Rompan formación. ¡Rompan formación todos, he dicho!

-Mayor, voy a dejar caer una bomba. Quizás a la luz podamos ver de dónde viene. Pensé que usted había dicho "tocado".

-No importa lo que dije. Déjela caer.

-Mayor Tomar. Este es B-6. Hemos sido... (interferencia ininteligible).

Alguien más silba suavemente en el micrófono.

-Rompan formación -dije. Maldito sea, rompan formación.

Por encima del avión aleteaba una hoja de fuego rojo y Jon y Arkor se apartaron nuevamente de los carriles que bordeaban el camino. Otra franja blanca abandonó el horizonte y por un momento, en el resplandor, las sombras sobre el pavimento eran dobles.

El sonido de la explosión llegó un momento más tarde como rocas que saltan tomando la forma de una inmensa fauce de fuego rojo.

Otro sonido los obligó a volverse hacia atrás. Las carreteras iluminadas de Telphar se ensartaban en
las torres de la ciudad como hilos de perlas sobre cuellos de esqueletos. Un coche se acercaba.

El gemido de otro misil llegó al cielo y un momento después un avión desgarraba la noche con su caída. Cuando los motores en llamas funcionaron otra vez el avión se inclinó hacia un lado, tan cerca de sus cabezas que debieron agacharse mientras la nave desaparecía entre las torres de la ciudad: una explosión, el fuego que caía gota a gota sobre un costado del edificio.

-Espero que no sea cerca del Palacio de las Estrellas -dijo una voz junto a Jon-. Nos llevará mucho tiempo regresar si es así.

Jon se volvió. La duquesa se había bajado del coche. La luz roja brilló un momento en su cabellera, luego murió.

-No, no es cerca de allí -dijo Jon-. Me alegro de verlos.

Tel y Alter, todavía con el yeso y la ropa del hospital, se bajaron del coche detrás de la duquesa.

-Bien -dijo Jon-, también trajo a los niños.

-Era mejor que dejarlos otra vez en Toron. Jon, Geryn está muerto. Pregunté qué hacer, pero no recibí ninguna respuesta. Así que, por las dudas, arrastramos el cuerpo con nosotros.

- ¿Pero qué hacemos ahora?

Arkor se rió.

-No es gracioso -dijo Jon.

La duquesa alzó la vista mientras explotaba otro misil.

-Me hubiera gustado que esto no ocurriera. Esto significa una guerra, Jon. Una verdadera e indetenible guerra.

Explotó otro aeroplano, esta vez demasiado cerca, y se escondieron detrás de los coches.

-¡Caramba! -suspiró Alter, que era lo único que podían decir.

Entonces Arkor los llamó:

-Vamos.

-¿Adonde? -preguntó Jon.

-Síganme -repitió Arkor-. Todos.

-¿Qué pasa con Geryn?

-Dejen atrás ese cadáver -les dijo Arkor-. Él no puede ayudar.

-Oye, ¿sabes lo que está ocurriendo? -preguntó Jon.

-Más de lo que supo Geryn -replicó el gigante-. Ahora vamos. -Salieron corriendo por el camino, luego se agacharon para atravesar los carriles y siguieron camino por el terreno rocoso.

-¿Adonde vamos? -susurró Tel.

Jon respondió por encima del hombro.

-Esa es una muy buena pregunta.

El avión se puso de punta y durante siete segundos, mientras las agujas oscilaban, Tomar no supo hacia dónde iba, este u oeste, arriba o abajo. Cuando las agujas se detuvieron, vio que no había sido ninguno de los tres primeros. De pronto la luz verde del detector iluminó la semioscuridad de la cabina. ¡El generador! El generador de radiación estaba exactamente debajo de él. Entonces un resplandor blanco en el parabrisas lo cegó. ¡Oh, maldito sea!

Sintió el sacudón y detrás de él el aire se enfrió rápidamente. Había un barullo endemoniado y la aguja oscilaba tranquilamente... ¡Estaba cayendo!

Por el vidrio se veía la tierra encendida; una pequeña fortaleza en la zona del desastre. En el techo había tres antenas giratorias. ¡Tenía que ser! ¡Tenía que ser!

Le ocurrió en los brazos y dedos, no en la mente. Porque de pronto puso la palanca de control hacia adelante y el avión, que no tenía control, se dio vuelta, y él se encontró mirando derecho hacia abajo, derecho hacia adelante, derecho debajo de él. Y acercándose.

Tienen que haber sido sus brazos, porque su cabeza estaba pensando salvajemente en una ocasión cuando una muchacha con perlas en su cabello negro le había preguntado qué era lo que quería, y él había dicho: "Nada... nada..." y se había dado cuenta de que estaba equivocado porque de pronto deseaba mucho... (la fortaleza apareció y lo golpeó)... Nada.

Tel y la duquesa gritaron. El resto simplemente contuvo la respiración y retrocedió tambaleante.

-Él está allí dentro -dijo Arkor-. Allí es donde está vuestro Señor de las Llamas.

El paisaje resplandeció con la luz invasora de la antorcha. Entonces vieron la fortaleza con las antenas giratorias sobre el techo. Antes que el avión cayera, la oscuridad se abrió en un costado del edificio y emergieron tres figuras que se perdieron corriendo entre las piedras.

CAPITULO ONCE

El verde de las alas de los escarabajos... el rojo del carbunclo pulido... una red de fuego de plata, y a través del humo azul y a la deriva, Jon se lanzó por el cielo.

Luego negrura, intensa y fría. A unos tres metros de distancia el horizonte se veía dentado. Extendió una garra de metal y trepó hábilmente (no torpemente. ¡Hábilmente!) por una grieta, pero lenta, muy lentamente. El cielo estaba clavado de estrellas, aunque el sol era tenue para su cubierta ligera y sensible. Como una vejiga resbaladiza, rodeó el fragmento de roca que giraba entre Marte y Júpiter. Entonces trató de tocar con la mente a una segunda criatura que estaba sobre otra piedra.

Petra, llamó. *¿Dónde está él?*

Su órbita tiene que ubicarla entre nosotros tres dentro de un minuto y medio.

Bien.

Jon, ¿quién es el tercero? Sigo sin entender.

Se les unió otra mente.

¿Todavía no entiendes? Yo era el tercero. Siempre lo fui. Yo fui quien dirigió a Geryn en el plan de secuestro. ¿Qué te hizo pensar que él estaba en contacto con los seres triples?

No sé, dijo Jon. *Algún malentendido*.

Se oyeron risas de niños. Entonces Tel dijo:

Hola a todos; aquí estamos con Arkor.

Shhh, dijo Alter. *El malentendido es culpa mía, Jon. Yo te dije que Geryn hablaba solo, y eso te hizo pensar que era él.*

Prepárense, dijo Petra. *Aquí viene*.

Jon vio, o mejor sintió la proximidad de otro asteroide giratorio, que se acercaba a ellos dando vueltas en medio de la oscuridad. Pero estaba habitado. ¡Sí! ¡El Señor de las Llamas! Los tres arrojaron sus pensamientos a la vorágine del espacio. Allí…

Por encima de él, el rugido de un torrente. Levantó sus ojos compuestos otros seis metros y miró hacia la cima de las cataratas a cuatro millas de altura. Luego inclinó el sifón sobre el borde de la piscina de metano pálido y bebió profundamente. A lo lejos, en un cielo de agua marina, tres soles se atropellaban entre sí y daban poco calor a este planeta, el más alejado de los seis.

Jon dio un golpe con sus deslizadores y comenzó a desplazarse suavemente alejándose de la caída de metano y en dirección a la pendiente de la montaña, casi vertical. Alguien se acercaba, con ojos compuestos rojos y brillantes, agitando una mano a modo de saludo.

-Saludos a la nueva colonia -señaló el ojo compuesto.

Jon respondió al saludo. Pero de pronto reconoció (una sensación en la parte de atrás de sus deslizadores) quién era. ¡El Señor de las Llamas!… Saltó hacia adelante y arrojó las dobles aletas de carne correosa contra su oponente y comenzó a trepar dificultosamente en dirección a las rocas. Jon lo tenía muy cerca pero se preguntaba dónde demonios estaría…

De pronto su ojo compuesto captó una forma grandiosa que debía de ser Arkor bajando las rocas (con Alter y Tel. Sí, definitivamente: porque la criatura dio un salto inesperado entre dos peñascos, voltereta que sólo pudo haberse hecho bajo el control de un acróbata), y un momento después vio que Petra había llegado a la otra orilla del río de metano. Usando los deslizadores como remos, se arrojó a través de la espumosa corriente.

Pensar en él, concentrarse… Allí.

El aire era claro. El desierto estaba en calma y él yacía en la arena tibia, bajo la luz de la luna creciente. Estaba creciendo, incorporando facetas. Dejó que la luz se colara dentro de su cuerpo transparente, disminuyendo las frecuencias cruzadas de polarización. La luz era hermosa, demasiado hermosa… ¡peligrosa! Comenzó a sentir una picazón, a inflamarse en rojo. Su base ardía
con un calor blanco y por debajo de él otra capa de arena se disolvía, se fundía, corría y se convertía en una parte de su cuerpo cristalino.

Apresuró su polarización, su cuerpo se nubló y se enfrió una vez más. A través de él se oía música y su inmensa faceta superior reflejaba las estrellas.

Una vez más disminuyó la polarización y la luz penetró una y otra vez en el interior de su ser. La temperatura subió. Las vibraciones se difundieron por la transparencia de su cuerpo y la música rítmica hizo que las tres partículas de polvo instaladas en su faz coaxial, setecientos treinta años atrás, bailaran. Sintió el reflejo intenso en su centro prismático.

Entonces llegó. Trató de detenerlo. Pero el índice de polarización bajó totalmente. Durante un momento terrorífico de éxtasis la luz de las lunas y de las estrellas lo penetró totalmente. En la noche desierta resonaron acordes tras acordes. Hacia un lado y el otro de su eje, chocando, alterando su sustancia, sacudiéndolo, castigándolo, llegaron las vibraciones. Por un instante fue completamente transparente. Al siguiente era calor blanco. Antes de diluirse, oyó el crujido que comenzaba. Le recorrió el cuerpo recalentado de cuarenta y dos millas de largo. ¡Estaba dividido en dos! Los disturbios del radio sólo cubrían un tercio de la galaxia. Cayeron doce fragmentos. La cuerda estalló nuevamente y el crujido lo azotó en todas direcciones, hasta viviseccionarlo. Ya estaba convertido en casi treinta y seis mil cristales individuales, todos los cuales tenían que crecer nuevamente, treinta y seis mil mentes. Ya no existía más.

¡Jon!, cantó la voz a través del silicato desintegrado.

Por aquí, Petra, tarareó en respuesta (La nota era un perfecto cuarto de tono por debajo de la bemol. ¡Perfecto! ¡No torpe! ¡Perfecto!)

¿Dónde está Arkor?

A su izquierda se oyeron las triples notas de un mi bemol menor (Arkor, Tel y Alter):

Estoy aquí.

Justo en el momento en que se ponían en contacto antes que la música cesara (y una vez más sus pensamientos se convertirían en aislados, individuales y perderían conciencia el uno del otro y de los cientos de otros cristales que yacen sobre el desierto, bajo la perpetua noche clara), justo en ese momento una disonancia estridente los atravesó.

Allí, cantó Petra.

Allí, tarareó Jon.

Allí, llegó la tríada en mi bemol menor. El Señor de las Llamas. Se concentraron y afinaron, los pensamientos contra la disonancia.

Jon dio una vuelta, se quitó la seda de los hombros blancos y se extendió. A través de las columnas azules, el cielo del atardecer era amarillo. Desde el

balcón de abajo llegaba una música, rápida y ligera. Junto a él se oyó una voz:

- ¡Su Majestad! ¡Su Majestad! No deberías estar descansando. Abajo están esperándote. ¡Tltltrle se pondrá furioso si te demoras!

-Qué mi importa -respondió Jon-. ¿Dónde está mi toga?

La mucama partió apresuradamente y regresó con una toga liviana y opaca, tejida con los hilos color negro real. La tela cubrió los hombros de Jon, cayó en pliegues sobre los pechos y llegó hasta los muslos.

-Mi espejo -dijo Jon.

La mucama trajo el espejo y Jon se miró. El rostro de ébano tenía ojos rasgados y separados y pómulos altos. Bajo el material translúcido pugnaban unos senos llenos y firmes, y la esbelta cintura se continuaba en caderas generosas y sensuales. Jon casi da un silbido de admiración ante su imagen.

La mucama deslizó las diminutas zapatillas de plástico claro bajo los pies de Jon, y Jon se puso de pie y se dirigió hacia las escaleras. En la galería, la multitud silbó apreciativamente mientras descendía. En una columna colgaba una jaula donde alborotaba una cacatúa de tres cabezas. Alboroto difícil de lograr: había una banda de catorce tambores con fondo de bronce. (Catorce era el número real.)

Del otro lado de la galería gemían los instrumentos de viento y Jon se detuvo un momento.

-No se preocupe - dijo la mucama-. Estoy atrás de usted.

Jon sintió que el terror crecía.

Eh, llamó mentalmente, *¿eres tú, Petra?*

Como dije, atrás de ti.

A propósito, ¿cómo aparecí con este cuerpo?

No sé, querido, pero estás devastador.

Gracias, dijo proyectando una mirada de desprecio mental. *¿Dónde está Arkor y Compañía?*

La música había cesado. Sólo se oía al ave de tres cabezas.

Allí están.

Los instrumentos de viento chillaron otra vez y, en la entrada de la galería, la gente desapareció de la puerta. Allí estaba Tltltrle. Era alto y moreno, con

una capa en la que había muchos más hilos negros que en la de Jon. Desenvainó una espada y comenzó a avanzar.

-Tú reinado ha concluido, hija del Sol -anunció-. Es época de un nuevo ciclo.

-Muy bien -dijo Jon.

Mientras Tltltrle avanzaba, la multitud que se amontonaba en la galería apretó las manos con terror y retrocedió. Jon permanecía muy erguido.

Mientras Tltltrle se adelantaba, sus hombros se hicieron más estrechos. Se echó para atrás la capucha de su esclavina y una cascada de ébano le cubrió los hombros. Con cada paso, las caderas se ensanchaban y la cintura se hacía más estrecha. Un bulto bien definido de glándulas mamarias empujaba desde debajo de la túnica negra. Cuando Tltltrle llegó al último escalón, levantó su espada.

Piensa en él, dijo Arkor desde la jaula.

Piensa en él, dijo Petra.

Jon vio que la navaja se adelantaba con un destello y luego sintió que se le introducía en el abdomen.

En ella, corrigió.

En ella, respondieron ellos.

Mientras Jon se desplomaba por las escaleras, agonizando , preguntó:

¿Qué diablos es esto?

Estamos habitando una especie muy avanzada de musgo, explicó Arkor, con la calma que sólo un telepata puede exhibir en situaciones confusas. *Cada individuo comienza a funcionar como macho pero eventualmente se convierte en hembra en el momento deseado.*

¿Musgo?, preguntó Jon mientras se golpeaba la cabeza con el último escalón y moría. *Allí...*

La ola vino nuevamente y estalló como un trueno sobre la playa. Retrocedió tambaleándose, justo en el momento en que la espuma se arremolinaba sobre la arena. El cielo era azul-negro. Se llevó los dedos a los labios (siete largos dientes de tenedor unidos por una membrana) y lanzó un gemido a la noche. Levantó el párpado transparente que le cubría los ojos inmensos y luminosos para ver si había algún débil rastro del bote. El rocío de espuma cayó sobre ellos, le hizo arder los bordes y él cerró rápidamente los tres párpados, uno después de otro. Gimió una vez más y una vez más la ola creció ante él.

Abrió los dos párpados opacos y esta vez los vio a lo lejos, a través del rocío de espuma. La vela pentagonal se hinchaba como una ola, azul, húmeda, plena. Se hundía, subía. Levantó nuevamente el párpado transparente esta vez cuando la ola bajaba, y creyó ver figuras sobre la fibrosa red del bote. La vela azul tenía el círculo blanco de un Maestro Pescador. Su progenitor era Maestro Pescador. Sí, era su progenitor que venía a buscarlo.

Estalló una nueva ola y él se agachó bajo la espuma, hundiendo las extremidades de atrás en la playa de guijarros.

Las escotillas de la cubierta se abrieron sobre la orilla impulsadas por el viento y se precipitaron como un enjambre. Uno usaba una cadena alrededor del cuello con el sello del Maestro Pescador.

Otro llevaba un tenedor de siete puntas. Los otros dos eran solamente marineros y usaban cinturones negros de identificación hechos con conchillas de algas marinas.

-Mi descendencia -dijo el que llevaba el sello-. Mis aletas han pagado tu culpa. Pensé que nunca nadaríamos juntos otra vez. -Se agachó y alzó a Jon en sus brazos.

Jon apoyó la cabeza sobre el pecho de su progenitor y observó el agua que caía como cuentas sobre las escalas pentagonales.

-Estaba asustado -dijo Jon.

Su progenitor se rió.

-Yo también estaba asustado. ¿Por qué nadaste tan lejos?

-Quería ver la isla. Pero cuando estaba nadando,vi...

-¿Qué?

Jon bajó los párpados.

Su progenitor sonrió otra vez.

-Tienes sueño. Ven. -Jon se sintió transportado hasta las olas. La espuma que le caía sobre la cara era tibia. Sosegado, aflojó las branquias mientras el agua caía sobre él. Subieron al bote.

El viento impulsó la vela y los tablones calados de la cubierta se inclinaron sobre el mar. Largas nubes pasaron rápidamente por las lunas gemelas como los dientes de una horquilla de pescar con la que los pescadores saludaban a las sagradas estrellas matutinas cuando regresaban de pescar. Jon soñaba con esto mientras el oleaje subía y bajaba. Su progenitor lo había amarrado al bote y por eso flotaba en el extremo de una soga de pocos centímetros. El agua se mecía bajo sus hombros, resbalaba por debajo de la aleta dorsal y le hacía cosquillas. Luego soñó con algo más, con lo que había

visto, primero resplandeciendo bajo el agua, luego surgiendo... De pronto gimió y sacudió la cabeza.

Escuchó a los otros que estaban en el bote, con los pies membranosos que resbalaban sobre los listones húmedos. Abrió los ojos y miró para arriba. Los dos marineros estaban aferrados al palo mayor y señalaban el agua. Su progenitor se había acercado a ellos, sosteniendo un arpón de pesca, y a ellos se les unió el Segundo Pescador.

Jon trepó a cubierta. Su progenitor le rodeó los hombros con un brazo y lo estrechó (*Aquí viene*, dijo Arkor). La otra mano se dirigió al sello de autoridad que le rodeaba el cuello, como si eso le diera alguna especie de protección.

-¡Ya está! -gritó Jon-. ¡Eso es lo que vi! Es por eso que tenia miedo de volver nadando. (*Ya está*, dijo Jon).

Bajo la superficie del agua brillaba trémulamente un disco fosforescente. El Segundo Pescador levantó más arriba su arpón.

- ¿Qué es esto? - preguntó. *(¿Qué es esto esta vez?,* quería saber Petra).

Indistinto, aunque casi del tamaño del bote, fluctuaba a casi tres brazadas de distancia, brillando bajo la superficie.

(*Echaré una mirada*, dijo Petra), El Segundo Pescador se zambulló de pronto y desapareció. Todavía sostenidos de la estructura del bote, Jon y su progenitor se sumergieron para poder ver mejor.

Uno de los párpados de Jon, el transparente, era en realidad una cubierta de tejido que él podía llenar con una solución vitrea cuando estaba sumergido para formar sobre la pupila una lente correctora.

A través del agua vio al Segundo Pescador echando burbujas en dirección a la inmensa, transparente semiesfera que colgaba a lo lejos. El Segundo Pescador se detuvo con un doble revés submarino y se ubicó cerca del objeto. (*Es una grandiosa medusa*, les dijo Petra).

-No pueden imaginarse lo que es -respondió el Segundo Pescador. Luego extendió la horquilla y dio un golpe a la membrana. Los siete dientes se hundieron, salieron.

La medusa se movía, rápida.

Los tentáculos que colgaban de la vejiga estaban enmarañados como hilos. El cuerpo se entumecía y se hinchaba en los costados. Mientras el Segundo Pescador trataba de alejarse nadando lo atraparon dos tentáculos. *(¡Oh!,* dijo Petra. *¡Esas cosas lastiman!)*

El progenitor de Jon estaba sobre cubierta, dando órdenes a los boteros. El barco se hamacaba en dirección a la cosa que ahora había salido a la superficie.

(*Mira, hagamos que esto termine de una vez por todas. Concentrarse*. Ese era Arkor. *Allí...)*

(Desde abajo del agua sintieron que la mente de Petra llegaba a la masa latente: *Allí...)*

(Mientras los tentáculos la atrapaban y ella asestaba el arpón una y otra vez a través de la membrana goteante, Petra sintió que se le unía la mente de Jon: *Allí...)*

El bote atacó de un golpe el costado de la medusa, los tablones destrozaron la membrana y el contenido espeso, urticante, se derramó sobre ellos. Casi se había dado vuelta y los tentáculos colgaban del agua como cuerdas carnosas y húmedas. Uno de los nudos apresó al Segundo Pescador.

Los rostros verdes recibieron la luz del resplandor lechoso.

Súbitamente, el objeto se desprendió de los tablones y se hundió en el agua. La cabeza del Segundo Pescador salió a la superficie como una boya, sacudió la aleta verde que le coronaba el cráneo y rió.

3 a 6, 3 a 6 (la frecuencia de Jon oscilaba entre 3 y 6 mientras se abría paso a través de nubes de gas recalentado), 3 a 6, 3 a 6.

¡7 a 10! (Alguien se acercaba:) 7 a 10, 7 a 10, (estaba más cerca: de pronto:) ¡10 a 16! (Luego:) 3 a 6, 7 a 10, 3 a 6, 7 a 10 (habían pasado uno a través del otro. *Hola*, dijo Petra. *¿Tienes alguna idea de dónde estamos?*)

(La temperatura es en algunos lugares de cerca de tres cuartos de un millón de grados. ¿Alguna idea?)

9 a 27, 9 a 27, 9 a 27 (se acercaba sin ganas y pasó a través de Jon y Petra:) 12 a 35, 10 a 37 (y luego, otra vez) 3 a 6, 7 a 10, 9 a 27, 9 a 27, 9 a 27 (*Estamos a mitad de camino entre la superficie y el centro de una estrella que no es como nuestro sol*, dijo Arkor. *Noten todos los elementos extraños que la rodean*), 9 a 27, 9 a 27, 9 a 27.

7a 10, 7a 10, 7 a 10 (*Siguen transformándose el uno en el otro*, dijo Petra) 7 a 10, 7 a 10, 7 a 10.

3 a 6, 3 a 6, 3 a 6 (*A esta temperatura también tú te transformarías, si fueras atómica*, le dijo Jon) 3 a 6, 3 a 6, 3 a 6.

9 a 27, 9 a 27, 9 a 27 *(¿Dónde está el Señor de las Llamas?* -quiso saber Arkor).

□ a e, □ a 2e, 2□□ a 4e, 4□□ a 8e, 8□□ a 16e, 16□□□a 32e.

(*Hablar de*... comenzó Jon. *Eh, tenemos que hacer algo con este asunto. No sólo es transcendental sino que está creciendo tan rápidamente que eventualmente podría dividir a esta estrella*) 3 a 6, 3 a 6, 3 a 6.

(*De modo que esto es lo que provoca las novas*, dijo Petra) 7 a 10,7 a 10, 7 a 10.

(En la siguiente oscilación, Arkor, actuando como un coeficiente oblicuo, pasó a través del intruso) 36^2 □ a 64e (Arkor salió antes que fuera alcanzada la segunda extremidad. El ciclo de la onda se cerró, tras revertirse extremo sobre extremo) 64^2 □ a 32e (trató de corregirse pero no pudo porque Jon giraba en el extremo divisible más bajo) 64^2 □ a 16/9e (entonces saltó Arkor, el rabo primero, hasta que se resolvió en:) 64^2 □ a 4/3e, 64^2 □ a 4/3e, 64^2 □ a 4/3e (se estremeció, con un alcance que ya no era geométrico).

(*Miren esto*, dijo Petra. A la altura de la cara... Petra le dio un ligero golpecito y cuando el intruso giró sobre sí mismo para agarrarla, ella ya se había ido y el intruso tomó otro camino:)

4/3 □ a 642e, 4/3 □ a 642e, 4/3 □ a 642e.

(*Espero que nadie me haga esto a mí nunca*, dijo Petra. *Miren, esa pobre cosa está contrayéndose*).

4/3 □ a 640e, 4/3 □ a 622 , 4/3 □ a 560 , 4/3 □ a 499.

Por alguna razón el componente e resbaló a 125. Jon extrajo una indolora raíz cúbica tan rápidamente que el intruso osciló sobre ella tres veces antes de que se diera cuenta de lo que había ocurrido:)

4/3□ a 5^3 e, 4/3□ a 5^3 e, 4/3□□ a 5^3 e (Bajo una gravedad elevada -dos o tres millones de veces más que la de la tierra, tal como el interior de una estrella en un ambiente tan enrarecido, existe una diferencia sutil entre 53 y 125, aunque representan al mismo número. Es lo que ocurre con las notas mi y fa, que son técnicamente iguales, pero que un violinista de oído fino distingue al ejecutar. Cuando la raíz perdió exactitud, por lo tanto, la variación se desequilibró la extensión de una onda:) 4/3□ a 5e, 4/3□: a 5e, 4/3□ a 5e...

(*Bueno, concéntrense todos*...)

Durante un momento, la oscilación intrusa se volvió, saltó, trató de escapar, no pudo. Se contrajo en una pequeña pelota de 4/3□e^3 , y desapareció. (*Allí*...)

Jon Koshar sacudió la cabeza, dio unos pasos tambaleantes y cayó de rodillas sobre la arena blanca.
Parpadeó. Alzó la vista. Frente a él había dos sombras.

Entonces vio la ciudad.

Era Telphar, enclavada en un desierto, bajo un doble sol.

Mientras se incorporaba, vio algo a un costado.

Giró la cabeza y vio a una mujer a unos seis metros de distancia. El cabello rojo le caía lacio sobre los hombros en el calor cargado de ozono. Mientras se acercaba, Jon parpadeó. Usaba una falda recta y tenía un anotador bajo el brazo.

-¿Petra? -dijo Jon frunciendo el entrecejo. Era Petra, pero Petra transformada.

-Jon -preguntó ella-, ¿qué te ha ocurrido?

Se miró con desprecio. Tenía puesto un uniforme sucio, de prisionero. ¡Su uniforme de prisionero!

-Arkor -dijo Petra de pronto. (El tono de voz era más alto, menos seguro.)

Se volvieron. Arkor estaba parado en la arena, los pies desnudos abiertos sobre las blancas colinas. Las tres cicatrices que le recorrían la cara brillaban de sangre bajo la luz caliente.

Se acercaron.

-¿Qué pasa? -preguntó Jon.

Arkor se encogió de hombros.

-¿Qué pasó con los chicos? -preguntó Petra.

-Todavía están aquí -dijo Arkor, señalándose la cabeza y sonriendo. Con un dedo tocó las cicatrices abiertas. Cuando lo retiró, vio la sangre y frunció el ceño. Luego miró a la Ciudad. El sol se apoderaba de las torres y se deslizaba como líquido a lo largo de las carreteras entrelazadas.

-Eh -le dijo Jon a Petra (entonces se dio cuenta: era Petra con quince años podados)-, ¿qué es ese anotador?

Petra bajó la vista, sorprendida de encontrarlo en sus manos. Luego se miró el vestido. De pronto lanzó una carcajada y comenzó a hojear las páginas del anotador.

-Es el anotador en el que terminé mi artículo sobre refugios arquitectónicos entre la gente del bosque. En realidad es lo que estaba usando el día en que terminé mi artículo.

-¿Y tú? -le preguntó Jon a Arkor.

Arkor se miró la sangre que tenía en los dedos.

-Mi... marca está sangrando, como la noche en que el sacerdote la hizo. -Hizo una pausa.- Esa fue la noche en la que realmente llegué a ser yo mismo. Ese fue el momento en que me di cuenta cómo era el mundo, la confusión, la estupidez, el miedo. Fue la noche en que decidí dejar el bosque.

-Alzó la vista y miró a Jon,- Ese es el uniforme que usabas cuando escapaste de la prisión.

-Sí -dijo Jon-. Creo que es lo que usaba cuando llegué a ser yo mismo yo también. Ese fue el momento en que la libertad parecía lo más brillante -hizo una pausa-. Iba a encontrarla de cualquier manera. Pero sentía que me había extraviado. Me pregunto si ha ocurrido o no.

-¿Te has encontrado? -preguntó Petra. Echó una mirada rápida a la ciudad-. Creo que cuando terminé este ensayo fue realmente cuando llegué a ser yo misma. Recuerdo que atravesé una serie completa de revelaciones sobre mí, sobre la sociedad, y sobre lo que yo sentía por la sociedad, por ser una aristócrata, más aún, lo que significaba y lo que no significaba. Y supongo que es por eso que ahora estoy aquí. -Miró nuevamente la Ciudad.- Allí está él -señaló con la cabeza-. El
Señor de las Llamas.

-Así es -dijo Jon.

Avanzaron por la arena. Llegaron al lago más rápido de lo que pensaron, ya que el horizonte estaba muy cerca. Las sombras dobles, una pizca más clara una que la otra, yacían como dos pinceladas de tinta sobre la página del desierto.

-¿Pero cómo es que estamos en nuestros cuerpos? -preguntó la duquesa mientras llegaban a la sombra del primer edificio-. No tendríamos que estar habitando las sombras de... -de pronto se oyó un ruido, la sombra se movió. Jon miró la cinta que estaba por encima de ellos y gritó.

Mientras el metal se partía ellos saltaron hacia atrás, y un momento después un trozo de pared se precipitaba sobre la arena donde habían estado antes. Permanecieron quietos unos instantes.

-Maldito sea si está allí -dijo Jon-. Vamos.

Emprendieron otra vez la marcha. Petra sacudió algunos granos de la cubierta del anotador. Desde
debajo del desierto se filtraba un camino que comenzaba a elevarse en dirección a Telphar. Subieron por él y lo siguieron hasta la ciudad alucinada. Delante de ellos las torres eran franjas oscuras sobre el deslumbrante cielo azul.

-Sabes, Petra hizo una buena pregunta -dijo Arkor unos minutos más tarde.

-Sí -dijo Jon-. También he estado pensando en eso. Parece que estamos en nuestros propios cuerpos, sólo que son diferentes. Diferentes como lo eran nuestros cuerpos en los momentos más importantes de nuestras vidas. Tal vez, de alguna manera, hemos venido a un planeta en algún rincón del universo donde tres seres casi idénticos a nosotros, sólo que diferentes en ese sentido, están haciendo, por algún motivo que nunca conoceremos, casi exactamente lo que estamos haciendo nosotros ahora.

-Es posible -dijo Arkor-. Con todas las miríadas de universos posibles, es concebible que uno pueda ser como éste, o como otro.

-¿Incluso hasta el punto de hablar sobre él? -preguntó Petra. Se respondió ella misma-: Sí, supongo que podría ser. Pero diciendo todo esto por motivos que no entendemos y diciendo: "Diciendo todo esto por motivos que no entendemos... -Se estremeció.- Se supone que no tiene que ser así. Me aterra.

Se oyó otro ruido y se quedaron tiesos. Era el sonido grave de otra estructura que se desmoronaba, pero no podían ver nada.

A otros quince metros, cuando el camino se había elevado tres metros del terreno y la primera torre estaba junto a ellos, oyeron nuevamente un crujido. Bajo sus pies, el camino se inclinó hacia un costado.

-¡Miren! -gritó Arkor.

Entonces el camino cayó. Gritaron, treparon con dificultad; alrededor de ellos había trozos de concreto. Habían caído. Por encima de ellos había una extensión dentada de cielo azul entre los bordes restantes del camino.

-¡Me agarró el pie! -gritó Petra.

Arkor estaba junto a ella, tirando con fuerza de la losa de concreto que le había caído encima.

-Espera un segundo -dijo Jon. Tomó una varilla de metal que todavía vibraba entre los ripios e hizo palanca entre la losa y la viga que le apretaba. Usando los restos de una viga, a modo de alzaprima, consiguió levantarla-. Vamos, saca el pie.

Petra dio una vuelta.

-¿El hueso está roto? -preguntó Jon-. Un amigo mío tuvo un accidente así en una mina -dejó caer la losa nuevamente. (Y por un momento se detuvo, pensando, yo sabía qué hacer. No era torpe, sabía...)

Petra se frotó el tobillo.

-No -dijo ella-. Simplemente me enganché el tobillo en esta grieta y la losa cayó encima -se puso de pie, levantando el anotador-. Oh -exclamó-. Duele.

Arkor la sostuvo del brazo.

-¿Puedes caminar?

-Con dificultad -dijo Petra, dando otro paso y apretando los dientes.

-Alter dice que hay que apoyarse en el otro pie y sacudir el que está herido para restablecer la circulación -le dijo Arkor.

Petra hizo rechinar los dientes, sacudió el pie y dio otro paso.

-Un poco mejor -dijo-. Me da miedo. Duele de verdad. Puede ser un cuerpo igual al mío, pero duele, y duele como si fuera mío. -De pronto apartó la vista y observó la ciudad.- Oh, diablos -dijo-. Está allí adentro. Vamos.

Se pusieron nuevamente en marcha, esta vez debajo del camino. Las veredas desiertas y grises, pasaban al costado. Atravesaron una zona comercial. Las estructuras de las vidrieras se abrían en un bostezo que dejaba ver dientes de cristal. En lo alto, dos caminos viraban y se entrecruzaban, formando una cruz esvática negra sobre las nubes blancas.

Luego un repentino alboroto.

Silencio.

Se detuvieron.

Luego un estallido, atronador y prolongado. Les llegó el olor a polvo.

-Él está allí -dijo Arkor.

-Sí -drjo Jon.

-Puedo...

Entonces la ciudad explotó. Jon tuvo un momento de real agonía mientras el pavimento saltaba y recuperó sus poderes mentales mientras un tiesto de concreto le golpeaba la cara (todo el tiempo gritando, No, no, acabo de convertirme en Jon Koshar, se supone que no... como un príncipe perdido había gritado a un universo de distancia) y al mismo tiempo. *Allí...*

Petra tuvo oportunidad de ver rajarse la fachada del edificio que estaba junto a ellos antes que una ráfaga de aire le arrancara el anotador de las manos, y al mismo tiempo hizo fluir sus pensamientos desde los confines óseos de su cráneo. *Allí...*

Y los pensamientos de Arkor (nunca vio la explosión porque parpadeó en ese momento) se desintegraron a través de los párpados a medida que fragmentos de acero los devoraban. *Allí*...

Hacía frío, estaba negro. Por un instante observaron un espectro que se extendía desde las ondas amplias como las estrellas de las novas hasta los huidizos y microscópicos neutrinos. Y todo era negro y completamente frío. Una brisa enrarecida de hidrógeno ionizado (aproximadamente dos partículas por kilómetro cúbico) flotaba sobre medio año luz. En una ocasión, los atropello un haz de pálidos fotones provenientes de un rayo desviado de algún sol agonizante a un trillón de eones.

Luego, silencio, a excepción del canturreo de una sola galaxia, despidiendo eternidades. Quedaron suspendidos, congelados, mirando la nada, arriba, abajo, detrás, contemplando lo que habían visto.

Luego, el verde de las alas de los escarabajos; se desintegraron en la sensación de marejada proveniente de la negrura, giraron en la llama roja y en el color del carbunclo pulido que penetró suavemente en los nervios y en el cerebro; luego, antes del humo azul, ardiendo a través de los axiones disecados por la luz de sus organismos corporizados, los atrapó la maraña del calor y la inminencia eléctrica de una red de fuego de plata.

CAPITULO DOCE

En su dormitorio, Uske dio una vuelta en un murmullo de sedas, abrió un ojo y pensó que había escuchado un ruido.

-Eh, estúpido -chistó alguien.

Uske extendió la mano y prendió la luz. Un opaco resplandor naranja no llegó a iluminar media habitación.

-No te asustes tanto -continuó la voz-. Estás soñando.

-¿Mmm? -Uske se apoyó sobre un codo, parpadeó y se rascó la cabeza.

Se le acercó una sombra, luego se detuvo, desnuda, sin cara, transparente, mitad fuera y mitad dentro de la zona de luz.

-Ves -llegó la voz-. Un producto de tu imaginación.

-Me acuerdo de ti -dijo Uske.

-Correcto -dijo la sombra-. ¿Sabes qué he estado haciendo la última vez que me viste?

-No podría tener menos interés en saberlo -dijo Uske, volviéndose y mirando hacia otro lado.

-He estado tratando de detener la guerra. ¿Me crees?

-Mira, producto de la imaginación, son las tres de la mañana. Lo creeré, pero a ti qué te importa.

-Pienso que he tenido éxito.

-Te doy dos minutos antes de pellizcarme y despertarme -Uske se dio una vuelta para el otro lado.

-Oye, ¿qué crees que hay detrás de la barrera de radiación?

-Pienso muy poco sobre esas cosas, productito. No tiene que ver demasiado conmigo.

-Es algo que no puede hacernos daño de ninguna manera, especialmente ahora que sus... sus generadores han sido destruidos. Toda la artillería provenía de una fuente que ahora está muerta. Mira, Uske, yo soy tu conciencia culpable. ¿No sería divertido ser un rey durante un tiempo y detener la guerra? Tú declaraste la guerra. Ahora declara la paz. Luego comienza a examinar el país y a hacer algo por él.

-Madre jamás lo aceptaría. Tampoco Chargill. Por otra parte, toda esta información es sólo un sueño.

-Exactamente, Uske. Estás soñando lo que realmente deseas. ¿Cómo es?: haz un trato conmigo como tu conciencia culpable y representativa de ti mismo; si este sueño resulta ser correcto, entonces declara la paz. Es lo único lógico. Vamos, ponte de pie por ti mismo, actúa como rey. Para la historia pasarás como el que ha iniciado una guerra. ¿No te gustaría también pasar como el que la ha impedido?

-Tú no entiendes...

-Sí, ya sé. La guerra es un asunto más grande que los deseos de un hombre, aunque sea un rey. Pero si haces que las cosas se inicien con el pie derecho, tendrás a la historia de tu parte.

-Tus dos minutos han sido reducidos a uno; y ya venció.

-Me voy, me voy. Pero piensa en esto, Uske.

Uske apagó la luz y el fantasma desapareció. Unos minutos después Jon se arrastraba por la ventana del laboratorio de la torre, abotonándose la camisa. Arkor sacudió la cabeza, sonriendo.

-Bien -dijo Petra-.Buen trabajo. Espero que sirva de algo.

Por la mañana, Rara se levantó temprano para barrer las escaleras del frente de la posada (ventanas clausuradas, cocina atacada por sorpresa, pero ahora desierta con excepción de ella; y ella tenía la llave): barrió hacia la izquierda, miró hacia la derecha, luego barrió hacia la derecha, miró a la izquierda y dijo:

-Dios mío, no puede estar acá de esta forma. Vamos. En marcha.

-...

-oh, lo siento.

-Por el amor de Dios, mujer, no puede andar alborotando por las escaleras de una casa de pensión
de una mujer honesta. Vamos a reabrir esta semana, tan pronto como hagamos arreglar las ventanas rotas. Los vándalos no dejaron ni una después que murió el viejo dueño. Acabo de conseguir mi licencia, de modo que todo es legal. Tan pronto como tengamos las ventanas, así que en marcha.

-Recién llegué, esta mañana... No nos dijeron a dónde ir, simplemente nos hicieron bajar del barco. Y estaba tan oscuro, y yo estaba cansada... No sabía que la ciudad era tan grande. Estoy buscando a mi hijo... Éramos pescadores. Yo hacía algo de tejido...

-Y tu hijo escapó a la ciudad y tú escapaste detrás de él. Buena suerte en la Nueva Tierra; Bienvenida a la Isla de la Oportunidad. Pero levántate y muévete.

-Pero mi hijo...

-Hay más hijos de pescadores aquí en la Olla del Diablo que los que uno puede figurarse; hijos de pescadores, hijos de granjeros, hijos de herreros, hijos de hijos. Y las madres de todos ellos eran tejedoras o aguateras o criaban pollos. Con todas ellas he hablado una u otra vez. Y no te diré que vayas hasta la lancha donde recogen a los trabajadores de los acuarios y de los jardines hidropónicos. Eso es lo que hace la mayoría de la gente joven cuando llega aquí... si es que pueden conseguir un trabajo. Y no te diré que vayas allí porque hay tanta gente que trabaja allí que podrías buscarlo durante doce días corridos.

-Pero la guerra... Pensé que se habría unido...

-A esa mezcolanza ridícula -interrumpió Rara mientras la mancha de nacimiento se oscurecía-. A mí se me perdió una sobrina que estaba tan cerca de mí como lo está cualquier hija de cualquier madre. Todos los informes dicen que está muerta. De modo que tienes suerte de ni saber dónde está el tuyo. ¡Tienes mucha suerte, me oyes!

La mujer se puso de pie.

- ¿Hablas de las lanchas que van a la fábrica? ¿Por dónde se va?

-Te lo digo, no te molestes en ir. Por ahí, dos cuadras para abajo y a la izquierda cuando te topes con los muelles. No vayas.

-Gracias -decía la mujer mientras iniciaba el camino calle abajo-. Gracias.

Un momento después, Tel daba vuelta a la esquina a la carrera. Pasó rozando a la mujer y corrió hacia la puerta de la posada.

-¡Tel! -chistó Rara-. ¡Tel!

-Hola, Rara -se detuvo, jadeando.

-Entra -dijo ella-. Pasa -pasaron al interior de la galería-. ¿Tel, sabes algo de lo que pasó con Alter? El Servicio Médico me envió un cable. Y luego tú desapareciste. Mi Dios, me siento como una necia y loca al abrir este lugar. Pero si quisiera encontrarme de alguna manera, ¿dónde podría ir si yo no estuviera aquí... Y además, ¿qué voy a hacer? Tengo que comer y...

-Rara -dijo Tel, y lo dijo de modo que Rara dejó de hablar-. Mira, yo sé dónde está Alter. Está a salvo. Por lo que tú conoces, no sabes dónde está, si está viva o muerta. Pero sospechas que no está viva. ¿ Entiendes? Yo voy a unirme a ella, pero tampoco sabes eso. Simplemente vine para controlar algunas cosas.

-Aquí tengo todas sus cosas. En el hospital me dieron las ropas y las pusieron todas en un atado por si teníamos que hacer una huida rápida. Tuvimos que hacerlo una vez cuando estábamos trabajando en un festival; el dueño de pronto se entusiasmó con ella y se convirtió en una peste. Tenía doce años. El tipo era una bestia. Tal vez deberías llevarte...

-Cuanto menos lleve, mejor -dijo Tel. Vio el atado que estaba sobre una mesa junto a la puerta. Encima había una correa de cuero con algunas conchillas todavía adheridas-. Tal vez esto -dijo, levantándola-. ¿En qué estado está la habitación de Geryn?

-Desde que se lo llevaron ha habido pillaje por todos lados -dijo ella-. Han estado aquí todos los mali con sus hermanos. ¿Qué pasa con Geryn, cómo está...?

-Muerto -dijo Tel-. Para lo que vine en realidad fue para quemar sus planos para el secuestro.

-¿Muerto? -pregunto Rara-. Bueno, no me sorprende. ¡Oh, los planos! Yo misma los quemé ni bien regresé a la habitación. Estaban todos sobre la mesa; ¿por qué no se los llevaron a todos en ese mismo momento? Yo jamás...

-¿Quemaste hasta el último pedazo?

-... Y desmenuza las cenizas y me deshice de ellas arrojando a los muelles un puñado por día durante tres días. Hasta la última migaja.

-Entonces creo que no tengo nada que hacer -dijo Tel-. Quizá no me veas ni a mi ni a Alter durante mucho tiempo. Le daré tus cariños.

Rara se inclinó y lo besó en la mejilla.

-Para Alter -dijo. De pronto preguntó-: ¿Tel?

-¿Qué?

-Esa mujer a la que rozaste por la calle cuando venías corriendo...

-¿Sí?

- ¿Nunca la habías visto antes?

-No la miré con mucha atención. No estoy seguro. ¿Por qué?

-No importa -dijo Rara-. Vete de aquí antes de que... Bueno, vete.

-Adiós, Rara -se fue.

No tan alto como las torres del Palacio Real de Toron, el balcón de mosaicos verdes de la habitación de Clea se apoderaba de la brisa como una mujer que se pasea por el mar ornada de esmeraldas. Más allá de las otras casas había agua, de un azul más intenso que el cielo, y serena. Clea se apoyó sobre la barandilla. Sobre la mesa de mármol blanco estaba el anotador, un libro sobre transmisión y su regla de cálculo.

-Clea.

Al oír la voz se volvió y el cabello negro saltó sobre sus hombros bajo el sol de la tarde.

-Gracias por transmitir mis mensajes.

-Eres tú -dijo ella lentamente-. Ahora en persona.

-Ah, ah.

-No sé muy bien qué decir -dijo ella, parpadeando-. Excepto que estoy contenta.

-Tengo algunas malas noticias -dijo él.

-¿Qué quieres decir?

-Muy malas noticias. Te harán daño.

Parecía confundida, la cabeza inclinada hacia un lado.

-Tomar está muerto.

La cabeza se enderezó, las cejas negras se unieron y el labio inferior se apretó contra los dientes hasta que músculos de la mandíbula temblaron. Asintió una vez, rápidamente, y dijo:

-Sí. -Entonces, también rápidamente, lo miró de arriba a abajo. Tenía los ojos cerrados. -Eso... eso duele mucho.

Él esperó un momento y luego dijo:

-Déjame mostrarte algo.

-¿Qué?

-Acércate a la mesa. Aquí. -Apartó un papel plegado que tenía un extraño dibujo en un lado. El
papel se desplegó totalmente; apenas vio el poema que estaba impreso allí. Todo lo que vio fue que su hermana había utilizado los márgenes para hacer anotaciones de matemática. Puso lo libros y la regla de cálculo de Clea sobre el papel y sacó del bolsillo un puñado de monedas. Con quince monedas de cobre de cien unidades hizo un cuadrado de cuatro por cuatro con un ángulo sin ocupar. Entonces tomó una moneda más pequeña y la puso sobre la mesa a unos treinta centímetros del ángulo vacío. -Apunta al espacio vacío -le dijo.

Clea apoyó el dedo índice sobre el disco de plata se quedó quieta, luego le dio un golpecito. El círculo de plata cruzó la mesa de mármol, golpeó en el ángulo y dos piezas de cobre saltaron del lado opuesto del cuadrado. Ella lo miró, interrogante.

-Es un juego de azar, llamado Erramat. Se está haciendo muy popular en el ejército.

-Erra por números erráticos, mat por matriz.

-¿Lo conoces?

-Simplemente lo imaginé.

-Tomar quería que lo conocieras. Decía que podrían interesarte algunos aspectos.

-¿Tomar?

-Cuando yo monitorizaba tus llamados telefónicos escuché por casualidad que le hablaba de esto a otro soldado. Fue antes que él... antes del accidente. Pensó que podría interesarte.

-Oh -dijo Clea. Alejó el círculo de plata de los otros, puso las monedas de cobre desplazadas nuevamente en el cuadrado y dio un nuevo golpecito a la moneda más pequeña. Saltaron dos monedas diferentes-. Maldito sea -dijo Clea suavemente.

-¿Eh? -él alzó la vista. Por el rostro de Clea corrían lágrimas.

-Maldito sea -dijo-. Duele -parpadeó y alzó nuevamente la vista-. Cuéntame de ti. Todavía no me has dicho todo lo que te ha ocurrido. Espera un momento -tomó el anotador, un lápiz e hizo una anotación.

-¿Una idea? -preguntó él.

-La saqué del juego -le dijo Clea-. Algo en lo que no había pensado antes.

Él sonrió.

-Eso resuelve todos tus problemas sobre... ¿qué eran, funciones sub-trigonométricas?

-Funciones sub-trigonométricas inversas -dijo ella-. No, no es tan simple. ¿Pudiste detener tu guerra?

-Traté -dijo él-. No es tan simple

-¿Eres libre?

-Más de lo que era antes.

-Me alegro. ¿Cómo ocurrió?

-Yo solía ser un muchacho cabeza dura, tozudo, algo torpe, que siempre hacía cosas que me traían más problemas que al resto de la gente. Ese era casi mi único criterio para hacer todo. Desafortunadamente, no lo hice muy bien. De modo que ahora, todavía cabeza dura, al menos he recogido cierta habilidad. He tenido que hacer cosas cuyo objetivo principal no era si me hacían daño o no. Simplemente había que hacerlas. Tuve que recorrer un largo camino, ver un montón de cosas y creo que esto amplió mis puntos de vista y me dio algo de espacio para moverme... algo de libertad.

-La infancia y la prisión de una mina no te dan demasiado, verdad.

-No.

-¿Qué pasa con la guerra, Jon?

-Digámoslo de esta manera: en cuanto a lo que hay en la barrera de radiación, no hay necesidad de una guerra. Eso ya está fuera de consideración. Ninguna necesidad. Si esto lo ve y lo entiende la gente que tiene que verlo y entenderlo, bien. Si no, bueno, no es tan simple. Mira, Clea. Vine sólo por pocos minutos. Quiero salir de casa antes que me vea papá.

Sigue hablando con él. Voy a desaparecer por un tiempo, de modo que tendrás que hacerlo. Pero no te molestes en decirle que estoy vivo.

-Jon...

-Quiero decir que quiero hacerlo yo mismo cuando regrese.

Clea bajo la vista un momento y cuando la alzó Jon se estaba yendo de la casa. Empezó a decirle adiós, pero se mordió las palabras.

En cambio, se sentó a la mesa; releyó el poema de Vol Nonik; abrió el anotador; lloró un poquito. Luego comenzó nuevamente a escribir.